



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martin, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sees, Calvo Asensio (D. Gonzalo), Calfamague, Dacarrete, Diaz (José Maria), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echeagaray, Equiz, Ecosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Ferrn Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gavango, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Guinvenza, Guetoro, Incauca, de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gavango, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Guinvenza, Guetoro, Incauca, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgúz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poiré, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sazarminga, Saz Perez, Saz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanroma, Seigas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Julio de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Advertencia.—Revista general, por Hoe.—El concepto de la democracia, por D. Manuel Pedregal.—España y Portugal, por D. Eusebio Asquerino.—Los hijos vengadores en la literatura dramática, por el Marqués de Valmar.—Los señores de Europa y los bárbaros de América, por don Héctor Florencio Varela.—Por qué no se desentaza el tabaco en la Península, por D. Manuel Ortega y Macetty.—La Cerdántico-manía, por D. Antonio M. Duimovich.—Crónica científica, por D. P. Ruiz Alburquerque.—Historia de tres secuestrados, por D. Julián de Zúñiga.—Suelto.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

Tenemos en nuestro poder un excelente trabajo de nuestro distinguido amigo y colaborador el Sr. Duque de Rivas, al que no podemos dar cabida por falta absoluta de espacio. En nuestro próximo número lo insertaremos.

REVISTA GENERAL.

Sucedió lo que era natural que sucediera, dados los antecedentes que se tenían de la cuestion. El célebre debate político, que con tan ostentoso nombre venia anunciándose hacia algun tiempo, se llevó á cabo el día 27, pero su escasa insignificancia es solamente comparable al poco cuidado que inspiró al Gobierno el día antes y á la ninguna preocupacion que le dejó el día siguiente.

En efecto: ¿qué significaba tal debate? Si, como algunos anunciaban, su objeto hubiera sido exponer el programa de la democracia dinástica, hacer la liquidacion de su cuenta corriente al Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, enumerar los cargos que contra él presenta la opinion, anotar todas las partidas que no se han satisfecho, aunque sean mil veces más sagradas que la famosa carga de justicia de doña Isabel, y como resultado de esta liquidacion el Sr. Moret hubiera retirado su benevolencia, que como manto protector del Gobierno há cubierto tantas veces su desnudez para evitar que la mayoría se riera de su jefe, como en la leyenda biblica los ciudadanos de Sem y de Jafet evitan que Cham se ria de su padre; si despues de esto, que efectivamente hubiera sido un acto, y un acto de muchísima trascendencia, el jefe de los belgas hubiera expuesto netamente su programa, franco, sin nebulosidades, sin vacilaciones de ningún género, y al pié del cual pudieran poner sus firmas los disidentes de la mayoría, ese puñado de hombres políticos de talla, expulsados de su partido por el se-

ñor Presidente del Consejo, que ayer abandonaban pujantes y briosos el campo en que ganaron tantas batallas y sufrieron tantas derrotas, y hoy, tristes y cabizbajos vagan de un lado á otro sin saber qué hacer con la bandera del partido constitucional, que se echaron al hombro en un momento de arrebató; si, como resultado de todo esto, fundiense las dos agrupaciones, pequeñas relativamente por su número, pero grandes por su significacion y por la importancia de las declaraciones que hubieran podido hacer, y formaban el tercer partido en cuyo nacimiento confiaban muchos que ya se entretenían en sacar un horóscopo y predecirle el porvenir, si todo esto hubiera sucedido, es innegable que el debate político hubiera sido el más grave acontecimiento parlamentario de la presente legislatura.

Y caso de haberse formado el nuevo partido, las simpatías todas hubieran estado á su favor, porque era un partido compuesto de hombres de buena fé que querían conciliar lo inconciliable, y su propósito era noble. Además, bastaba que invocasen el nombre de la Constitución del 69 para que á ellos volviesen benévolutamente sus miradas todas las fracciones democráticas, llenas de simpatía hácia el propósito, aunque convencidas de su inutilidad, porque hay prejuicios que no se vencen, tradiciones que no se rompen, fatalidades que pesan sobre ciertas familias y ciertas instituciones como la losa de un sepulcro.

Y el acto político que se intentaba no podia tener otra solucion si habia de conservar su seriedad. La ruptura del Sr. Moret con el Gobierno, la separacion definitiva de los disidentes, y como consecuencia de esto la formacion del tercer partido, que arrebataria al actual Gabinete la benevolencia democrática, tal debia ser el programa de aquella sesion, que de haberse realizado así, bien pudiera haberse llamado memorable. Sin embargo, habia en todos los que en política se ocupan algo como el convencimiento de que el acto no responderia, ni con mucho, á la importancia que desde un principio se le quiso dar, y se recordaban aquellos anuncios con que un día

«los montes, de parir dieron señales.»

Y el presentimiento de estos incrédulos se cumplió como si el dón de profecía les animase al expresar sus temores. La sesion del día 27 fué un verdadero parto de los montes, que apuntó con ribetes de fuerza sólo para demostrar su debilidad; algarada política de tan exígua trascendencia, que ni por un momento ahuyentó la sonrisa del rostro compasivo y benévolo á la par del señor presidente del Consejo.

Habló el Sr. Moret, y habló mucho, con la elocuencia que acostumbra. ¿Qué dijo? Que jamás, ni él ni sus amigos, han dicho que pensaban plantear la Constitución de 1869; que no creen bueno abrir un nuevo periodo constituyente, y que estando abiertas las vías legales, por ellas caminarán hasta plantear en las leyes todos los principios de la Constitución de 1869.

Y estas fueron sus declaraciones. El Sr. Sagasta comprendió enseguida todo el partido que podia sacar de ellas. Si el Sr. Moret acepta la Constitución del 76 con el espíritu de la del 69—dijo—y el Sr. Moret contestó afirmativamente,—ni el Sr. Moret ni sus amigos pueden ser la representacion de un tercer partido, sino simplemente una secuela del actual.

En estas afirmaciones de los dos principales contendientes está toda la importancia del debate. Solo falta, para tener de él un cuadro más completo, añadirles lo que el Sr. Aguilera, á nombre del Sr. Martos, que no pudo asistir á la sesion, y en representacion de la democracia, dijo, refiriéndose á la actitud de este partido, que continuará por ahora en la misma conducta de tolerancia con el actual gobierno; pero que como entiende que no ha realizado todas las libertades á que estaba obligado por sus antecedentes, si se formara otro partido más liberal, aquel que representase los principios consignados en la Constitución del 69, obtendria, no sólo su benevolencia, sino todo su apoyo.

Basta lo dicho, para que de ello se deduzca la situacion en que el debate ha dejado al Gobierno y al partido moretista, que en sus primeros pasos por el camino de la vida pública ha dado ya una caída capaz de ponerle á dos pasos de la muerte.

El Gabinete ha visto fundirse ante él la nube que le amenazaba, y que podia constituir un serio peligro para su humilde barquichuela, que corre tormenta en las olas de un mar furioso, al cual ha arrojado imprudentemente, á las primeras brazadas, las defensas que contra él tenia. Si el partido cuya formacion se anunciaba no trae la Constitución del 69, ¿qué necesidades trae á la política? ¿Su espíritu! ¿Y qué significa esta palabra, de que tanto se abusa hace algun tiempo? El espíritu no se manifiesta por sí solo; necesita un cuerpo cuyos órganos obedezcan sus impulsiones; y si el espíritu es gigante y el cuerpo raquítico, el individuo que forman vive poco. Para que la vida subsista, y subsista en buenas condiciones, debe haber una perfecta identidad entre uno y otro. Trasplantada una planta poderosa á una maceta estrecha y sin condiciones, quitada el aire libre que es su vida, y bien pronto la planta, cuyas raíces tropezarán

siempre con las paredes de su prision, morirá marchita y sin perfume, ó bien hará pedazos la maceta. Esto sucedería naturalmente si algun partido de buena fé quisiera hacer la experiencia y elevar el espíritu del 69 al Código del 76. Antes de mucho tiempo, ó los principios inmortales de la revolucion dejarían de animar las leyes del país, ó las restricciones de la reaccion desaparecerían por completo para no ser más que una vana palabra.

Los disidentes tampoco han querido decir su última palabra. Despues de tantas declamaciones que parecían separarles del todo y para siempre del partido constitucional, no se atreven ahora á pronunciar el adiós último. No están ya con el señor Sagasta, al que han privado de su apoyo, pero tampoco están con nadie, ni siquiera consigo mismos. Compréndese que ya que se llevaron la bandera del constitucionalismo la hubieran plantado en alguna parte, cobijándose bajo su sombra y llamando á sí á los liberales que aun crean posible ser ministros de Don Alfonso y no ser conservadores. Pero semejantes á los pájaros, cuyo nido abatió la tormenta y que rondan en torno al árbol desgajado sin atreverse á separarse de él, aunque conociendo la imposibilidad de levantarse nuevamente exhalingo gemidos lastimosos, ellos tambien rondan alrededor del banco azul, retardando en lo posible el momento de la separacion, y quien sabe si sienten ya haber provocado la ruptura que les obliga á buscar en otra parte un puesto de aspirantes al poder.

La situación en que ha quedado el Sr. Moret es más falsa todavía. Aunque absurdo, tenia antes un programa determinado, en el que, á vueltas de muchas sombras destacaba una cumbre luminosa, la Constitución del 69, mágico amuleto que le daba inmensa ventaja sobre Sagasta, y que siempre era una tentativa que hacer, un fin que llevar á cabo. Todos creían que era intentar lo imposible, pero siempre habia alguna gloria en ser derrotado por una buena causa, si se abraza á ella una profunda convicción y no un deseo de medro personal. La única razon de ser del *soi-disant* partido moretista, estaba en la inconsecuencia de los constitucionales. Que el Sr. Sagasta, francamente liberal, hubiera tratado de realizar esa amalgama entre las dos constituciones, y el famoso programa belga no tenia reformas que ofrecer ni conciliaciones que intentar. La falta de Sagasta á los compromisos más seriamente contraídos en la oposicion, dió la fórmula de la vida al partido que venia á hacer en sentido más amplio y liberal. lo que el antiguo revolucionario del 63 no queria hacer. Débil era esta razon de existencia, pero al fin, buena ó mala, era una razon. El Sr. Moret, con una sola afirmacion, la ha destruido, se ha extendido la partida de defuncion más concluyente que puede dar té de la muerte de una agrupacion política. Aceptando la Constitución del 76, el partido belga debe disolverse, no tiene ya doctrinas que den pretexto á su existencia.

Porque esa Constitución que aceptan, la acepta tambien el Sr. Sagasta. Tambien éste quiere llevar á ella el espíritu de la del 69, é ir implantando *poco á poco* las reformas, sin provocar un período constituyente, cuyos inconvenientes reconoce, y cuyas turbaciones no quiere provocar. Partiendo de esta base, no hay reforma que ofrezca el Sr. Moret que no se halle tambien en el programa fusionista. Y si esto es así, ¿á qué viene á la vida pública ese tercer partido que de tal modo se anuncia? ¿Qué nuevas doctrinas, qué nuevas creencias trae? ¿Qué nuevas reformas llevaria al poder? Así como el proceder de la fusion y su conducta en el Gobierno no ha hecho aparecer como inútil la sustitucion de Cánovas por Sagasta, así tambien las declaraciones del debate político hacen aparecer como inútil la sustitucion de Sagasta por Moret.

Triste estado de cosas el que á la sazón atravesamos, en el que, segun se desprende de la historia de estos últimos años, en el período de la restauracion, los partidos liberales sólo pueden alcanzar el poder á fuerza de apostasías! Renegó de sus antecedentes el partido constitucional para conseguir el poder, y reniega de sus promesas para conservarle. Y siguiendo el mismo accidentado camino, renegó ayer el partido belga de las doctrinas que siempre sustentó para entrar en la legalidad, y reniega hoy de las pocas que conservó, creyendo sin duda que este es el único medio de tomar turno en la fuente para llenar su cantarillo. ¡Quién es capaz de saber de qué renegaria mañana en el banco azul!

Agotadas en esta discusion las fuerzas de los padres de la patria, faltos ya de alicientes y sobrados de calor para asistir al Congreso, aunque no escasos de asuntos importantes sobre que legislar, el salon empezó á verse cada vez menos concurrido y cada vez más caluroso. Formando una proposicion inversa, á medida que elevaba el número de sus grados disminuía el de diputados. Varios dias ha tenido que retrasarse la apertura de la sesion por falta de SS. SS. Todo hace suponer que el lunes próximo se celebrará la última sesion. El domingo sale la corte para la Granja.

El Gabinete fusionista vá, pues, á poder dormir tranquilo estas tardes bochornosas que se nos echan encima, sin que el temor á una interpelacion de difícil respuesta le haga despertar sobresaltado. Se acerca el período de interregno, período eminentemente práctico y provechoso al decir de los ministeriales de todos los gobiernos, porque es la época en que estos se dedican á hacer administracion, y así lo publican amigos y ene-

migos, como indicando que el resto del año, su mayor parte, la administracion anda por los suelos sin que se ocupen en ella los que por obligacion no debían desatenderla ni un instante.

La política va á dormir, y mucho tememos que su sueño esté turbado por las pesadillas. Por lo que se ha visto hasta ahora su estado de vigilia no ha dado mucho de sí; veremos ahora si la administracion, encargada de velar y ocupar su puesto, nos deja recuerdos más gratos cuando torne á su somnolencia.

Tal vez á la hora que escribimos estas líneas los buques ingleses habrán roto el fuego contra Alejandria, secundados quizá por la escuadra francesa, cuyo almirante esperaba instrucciones de un momento á otro. Si el almirante inglés lord Seymour no habia enviado ayer su *ultimatum* al Gobierno egipcio, intimándole á que suspendiera todo trabajo de fortificacion y defensa en Alejandria, es porque, segun los últimos partes, aguardaba á que se embarcasen todos los súbditos ingleses residentes en la ciudad. Ya lo habian hecho la mayor parte de ellos, y se esperaba pronto á los demás.

Vanos, pues, han sido los esfuerzos de los comisionados reunidos en Constantinopla, é inútiles sus gestiones para obtener un acuerdo que impidiese llegar al punto extremo á que han llegado. Lo decíamos en nuestra última Revista. La situación de los asuntos interiores de Egipto era sumamente grave. Arabi-Bey se ha hecho el campeón de la causa nacional, y como es natural, el país se ha puesto á su lado por la virtud de esa mágica palabra, independencia, que de tal modo conmueve hasta las más hondas fibras del corazon humano. Contando, como cuenta, con el ejército, ha cubierto con el velo sagrado del patriotismo sus ambiciones, y hoy la causa de Arabi es la causa del Egipto, una causa eminentemente nacional. La destitucion del que hasta aquí era rebelde ministro, y hoy es campeón del Egipto, tributario de la Puerta y sujeto al capricho de las potencias europeas, es hoy algo más que un cambio de Gabinete; significa el triunfo de la influencia extranjera en la antigua region de los Faraones, y esto es más grave, mucho más grave que una simple modificacion ministerial.

Algo borrada por la distancia, preséntase la figura de Arabi mal definida; sus contornos no están bien determinados, y no puede tenerse en Europa una idea de sus verdaderas condiciones, necesarias para aventurar un juicio sobre un porvenir probable, y por lo tanto sobre la solucion de esa crisis laboriosa que puede dar motivo á una conflagracion europea si de resulta; de ella pónese de nuevo sobre el tapete la cuestion de Oriente, esfinge aterradora cuya solucion no quiere intentar ninguna de las grandes naciones europeas. Segun sea un hombre de corazon ó un ambicioso vulgar, un carácter ó un payaso, una figura ó un fantasma, así tambien mantendrá su influencia sobre Egipto y llevará á buen fin la empresa belicosa de que se ha hecho jefe, ó se humillará ante una actitud decididamente ofensiva y abandonará el inmenso poder que con su audacia ha conseguido.

Hasta ahora no puede negarse que su actitud decidida responde perfectamente á la actitud de Inglaterra, que es, de todas las potencias, la que más preparativos hace, por lo mismo que es la que más tiene que perder y ganar en el asunto. La guarnicion de Alejandria ha sido reforzada, ha aumentado las fortificaciones de la ciudad, y las amenazas inglesas no le intimidan. Insiste en mostrarse enemigo de toda ocupacion, y así prescinde del jive como desoye las órdenes del sultan que le llama á Constantinopla. Decidido, como parece, á arriesgarlo todo, no se aparta del puesto de honor que las circunstancias le designan. Se ha empeñado en un juego muy peligroso y en los actuales momentos está jugando su última carta. Es verdad que en la contraria está su vida, pero en la suya está quizás el trono independiente del Egipto.

Los grandes preparativos militares que hace Inglaterra en Malta y la India, preparando tropas de ocupacion que ascienden segun los telegramas, á 25.000 hombres, y los que por su parte lleva á cabo Francia, disponiendo para el embarque á sus soldados de Túnez, son síntomas harto alarmantes para que á nadie se le oculte su inmensa gravedad. Hay que tener muy en cuenta, que la cuestion de Oriente esta allí, esperando una solucion que nunca llega y que puede estallar en cualquier hora y con un pretexto cualquiera. No hay que olvidar tampoco el grave perjuicio que los egipcios pueden hacer á las naciones europeas cerrando á su comercio el canal de Suez, cuya seguridad en algunos despachos alarmantes parece sumamente amenazada. Hay quien cree minadas las obras que le defienden y presenta á Arabi dispuesto á obstruir su paso, caso de una intervencion armada que está dispuesto á rechazar, aun cuando esa intervencion salga de Constantinopla.

Los momentos son críticos para todos; para la Puerta como para Egipto, como para las potencias de Europa que tienen grandes intereses que defender y que los ven en inminente peligro.

Pronto conoceremos la solucion de este problema verdaderamente pavoroso.

..

Indiferentes á las graves cuestiones que frente á Alejandria se debaten, fenianos y nihilistas prosiguen sin descanso su encarnizada lucha contra sus gobiernos respectivos.

La nueva ley de represion, de la que tanto esperaba el honorable M. Gladstone, que creia que el solo anuncio de esta medida contendría á los conspiradores, ha resultado perfectamente inútil. Siguen á la órden del dia los atentados misteriosos, cuyos autores no son nunca habidos. Las calles y plazas de Dublin parecen empedradas de asesinos que en un momento dado salen, no se sabe de dónde, eligen sus víctimas, y se pierden despues en la sombra de donde salieron, llevándose á ella la satisfaccion ó el remordimiento de su crimen. Las personas que se creen amenazadas, van acompañadas siempre de dos soldados y un agente de policía, que llevan órdenes severas y están facultados para rechazar la agresion con la agresion. La seguridad personal no existe. El otro día, en medio de una plaza, fué asesinado un jóven feniano, acusado de traicion.

Lo mismo pasa en Rusia. Ultimamente se ha descubierto una nueva conspiracion, en la que estaban comprometidos los oficiales de marina de la escuadra estacionada delante de Paterkof; el objeto de los conspiradores era asesinar al emperador en esta misma ciudad, sin esperar á las fiestas de la coronacion. Tenian bombas explosivas bastante pequeñas para poder ocultar entre la ropa, y habian logrado ponerse en correspondencia con los nihilistas encerrados en la fortaleza de San Petersburgo, motivo por el cual ha sido preciso cambiar la guarnicion y prender á cuarenta soldados.

El nihilismo, pues, se ostenta cada vez más potente. ¿Vencerá?

Hoe.

EL CONCEPTO DE LA DEMOCRACIA.

RESÚMEN DE LA DISCUSION SOSTENIDA EN LA SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS DEL ATENEO, CURSO DE 1881-1882.

Señores: Los objetos, que más cerca se encuentran de nosotros, son los que, mirados en conjunto, con mayor dificultad se observan.

No hay estudios tan ocasionados á error como los que el hombre hace sobre sí mismo. De igual manera, la determinacion del carácter y condiciones de un acontecimiento histórico, de un período limitado en el trascurso de los tiempos, ó de uno de los agentes, que mayor influencia ejercen en la marcha de la civilizacion, durante una época cualquiera, ofrece grandes inconvenientes á los que fueron autores, ó anduvieron mezclados en el desenvolvimiento de los sucesos mismos, porque los examinan parcialmente; esto es, porque no los ven en su conjunto, no se encuentran á conveniente distancia para descubrir sus leyes generales ó las grandes fuerzas creadoras de las corrientes poderosas que se notan en la historia. Por eso nosotros que vivimos en el seno de una sociedad democrática; que somos autores unos, testigos otros, de cuanto pasa en los actuales tiempos, afectando á todos, en mayor ó menor parte, las consecuencias de los actos, ora sean individuales ó colectivos, que repercuten sobre la masa social, estamos en desventajosa situacion para formar un juicio definitivo sobre el concepto de la democracia.

Es la atmósfera que respiramos, la luz que nos deslumbra con sus fulgores, el ambiente que nos rodea; y sin embargo de que merezca entero crédito nuestro testimonio respecto de los acontecimientos particulares que observamos, no es el caso igual cuando se trata de algo que se cierne sobre nuestras cabezas, ó de una ley que rige los acontecimientos contemporáneos, á la cual obedecemos y en cuyo desarrollo influimos, sin que podamos siempre darnos cuenta de todo el alcance de su accion. En sus líneas generales, conocemos mejor la civilizacion griega, la romana y aún la primitiva de Oriente, que esta civilizacion europea en que vivimos. La Edad Media, que segun algunos tan oscura es, y esto lo dicen aquellos que se preocupan más del estudio de los detalles que del exámen de los principios generales, ofrece ante nuestros ojos un cuadro más completo que esta serie interminable de revoluciones, que llevan en sus entrañas el espíritu de la democracia, tan injustamente combatida por unos como valientemente ensalzada por otros.

En el curso de los debates, pudimos todos observar cuán difícil es precisar el concepto de la democracia. Por eso no es menester que me encomiende á vuestra benevolencia. De antemano me la otorgais. Despues de todo, vuestra es la responsabilidad de que yo me encuentre en este sitio, sin merecerlo, y teneis el deber de ser una vez más benévolos conmigo.

Dió comienzo á las tareas de la seccion el secretario Sr. Henestrosa, con una Memoria brillantemente escrita. Desde un punto de vista, nada favorable por cierto á la democracia, estudió en su desenvolvimiento histórico el tema sometido á discusion, describiendo con elocuente frase, ora los desfallecimientos, ora la caída de las clases populares. Nos presentó en lucha inacabable la democracia con la libertad, preconizando el predominio del catolicismo ó de la Iglesia católica, como solucion á todos los problemas políticos y sociales. El Sr. Henestrosa abogaba ardientemente por la

libertad; mas no por la libertad democrática, sino por la libertad que definen á su manera ciertos escritores católicos, y esa libertad es cosa muy distinta de la consagración de la personalidad humana. Al fijar el Sr. Henestrosa los puntos, que en el orden político habian de ser discutidos con inusitado vigor por oradores elocuentes, expuso con profunda convicción que la democracia y la monarquía son incompatibles. Se declaró decidido partidario del régimen monárquico sin mistificaciones; pero en el régimen monárquico constitucional acariciado por el Sr. Henestrosa, encarnó el principio de libertad que en su paulatina evolución va desnaturalizando las condiciones esenciales de la monarquía, despues de haber socabado en sus fundamentos el principio de la legitimidad.

El incansable adalid de la derecha, Sr. D. Miguel Sanchez, abundó en las mismas ideas expuestas por nuestro digno y simpático secretario. El Ateneo conoce de antiguo la erudición inagotable del Sr. Sanchez, quien puso á contribución sus vastos conocimientos para ilustrar los debates de esta seccion. Cuando, por razones de alta conveniencia, no podía expresar en estilo llano, y *ex-abundantia cordis*, la totalidad de su pensamiento, hacia una peregrinación á China, y allí, encarándose con el hijo del cielo, dirigiéndose al celeste Emperador, le recordaba cómo desconocía su origen, si, pactando con la democracia, introduciendo dentro del palacio mismo á los enemigos de la institución imperial. Con enérgica frase condenó la alianza de la monarquía con la democracia. Pero el Sr. Sanchez, que es católico y no reniega de la libertad; que conoce al Vaticano y suele tratar con dureza excepcional á los neo-católicos, de quienes dice que, aparentando subordinar la política á la religión, convierten la religión y la política en instrumento de mezquinas ambiciones personales; el Sr. Sanchez, que es un liberal-conservador, no tiene tan pobre concepto de la democracia, como pudiera deducirse de las imprecaciones que contra ella lanza, puesto que para enaltecer la Iglesia católica no encontró mérito superior al de llamarla sinceramente democrática. Si el Sr. Sanchez reivindica para la Iglesia católica la gloria de ser verdaderamente democrática, como lo fué allí en sus primeros tiempos, no hay razon para maldecir de la democracia. Permitame el Sr. Sanchez que tenga por una feliz inconsecuencia el favorable juicio que forma del principio democrático, al afirmar que la verdadera democracia está en la Iglesia católica, por más que en esto no ande muy acertado el distinguido orador.

El Sr. Perez del Toro; que con ática trase sabe buscar y encontrar el lado por donde flaquean sus adversarios, se consagró principalmente á demostrar que es imposible la reconciliación de la monarquía con la democracia sin detrimento de aquella. La forma de gobierno tiene virtualidad propia, decía el Sr. Perez del Toro. Y en efecto, no cabe negar que requiere ciertas condiciones toda forma de gobierno, y que la monarquía dejará de ser lo que hasta ahora fué, si en vez de subordinar á sus propios destinos las fuerzas sociales y políticas que la rodean, cede ante la democracia y se convierte en instrumento de los partidos populares. Discurriendo en este sentido, descargaba certeros golpes el Sr. Perez del Toro sobre los actos y tendencias de la democracia-dinástica.

Otro orador de la derecha, experto y probado en estas lides, el Sr. Fuentes, siguió el mismo derrotero, analizando con severa crítica los propósitos de aliar la monarquía con la democracia; propósitos que, á juicio del orador, comprometen la suerte de la única institución permanente, que aun queda en el revuelto mar de las revoluciones modernas. El Sr. Fuentes, sin embargo, ve mayores peligros todavía en la pujanza de la democracia-republicana, y se complacia en recordarnos que, por ahora, constituyen en nuestra patria una esperanza de relativa tranquilidad las divisiones de los republicanos. Además de tener un partido monárquico-democrático, cuenta la democracia en su seno con un partido federal, otro unitario, otro gubernamental, uno que calificó de científico, quedando todavía otro que llamó independiente ó el de los demócratas sueltos, de quienes hizo grandes elogios, por sus merecimientos personales. Algo más pudo añadir el Sr. Fuentes, respecto de la división de la democracia en partidos políticos, que no tienen razon de ser; que se organizan para el gobierno; y que luchan entre sí, cual si tratasen de llegar al poder unos antes que otros, cuando todos ellos (me refiero á la democracia-republicana) necesitan alcanzar juntamente, en union estrecha y sin espíritu de partido, una condicion esencial para vivir; es á saber: la amovilidad de todos los poderes del Estado, mediante el libérrimo ejercicio del sufragio, como expresion de la soberanía nacional. El Sr. Fuentes, como los demás oradores de la derecha, sostuvo que la ciencia política no tiene más fundamento que las verdades cristianas; condenó, como absurda y contradictoria, la proclamación de ciertos derechos *ilegísimos*, y abominó de la democracia, por sus excesos.

Merece que fijemos un momento la atención en la circunstancia de no haber tenido un solo defensor el partido legitimista. No hay quien sostenga entre nosotros el llamado *derecho divino* de los reyes. Hubo escritores, por más que en contrario se diga, que sostuvieron que los reyes eran imagen de Dios sobre la tierra, y que de El recibían

su sagrada autoridad. Tal decía para enseñanza de su hijo, el infante D. Juan Manuel; y trató de probarlo el caballero Filmer, con el intento de dar forma científica á las afirmaciones del autoritario rey de Inglaterra Jacobo I; y el mismo Bossuet puso su incomparable elocuencia al servicio de la autoridad *divina* de los reyes.

No siguieron ese ejemplo los grandes escritores y teólogos españoles, Suarez, Mariana, Luis Molina, Domingo de Soto y otros de merecida reputación. Estos exaltaban el poder del pueblo en frente de la autoridad de los reyes; echaban los fundamentos de la ciencia del derecho político, demostrando que todo poder tiene su origen en la voluntad del pueblo, sin embargo de que la autoridad que todos los poderes ejercen sea de origen divino. Comentaban y amplificaban los principios proclamados por la lumbrera de la Iglesia católica en la Edad-Media, Santo Tomás de Aquino; principios que fueron con cierto desorden sistematizados por uno de sus discípulos en un libro que fué muy celebrado y merecia serlo: me refiero al tratado de *Regimine Principum*, que con error se atribuye por algunos al mismo Santo Tomás. La doctrina contenida en ese libro es la del gran doctor angélico. Entonces los Papas imperaban sobre la conciencia de los pueblos; ponian coto á los excesos del poderoso, unas veces, y disputaban, otras, á la autoridad civil los títulos de su legitimidad, proclamándose única é inapelable la autoridad de la Iglesia de Roma. Por eso exaltaban los grandes escritores católicos el poder de la multitud. Cuando los tiempos cambiaron, y perdió Roma el Imperio sobre la conciencia popular, variaron las doctrinas de los publicistas afectos á Roma. En nuestros tiempos, no une el Pontífice romano su suerte á la suerte de los pueblos; busca la alianza de reyes y emperadores, aunque estos sean usurpadores, como Napoleon, cismáticos ó protestantes, como los de naciones que se distinguen por su rebeldía contra las doctrinas que proclama la Iglesia católica.

Los defensores de la democracia, divididos hasta el extremo de tomar cada uno diverso punto de vista, revelaban en sus propósitos, más bien que en la exposicion de sus respectivas opiniones, el estado de la democracia española. Fué el señor Aguilera el primero en el orden de la discusión, que combatió la Memoria del Sr. Henestrosa. Se descubria en la sinceridad del Sr. Aguilera, que la educación recibida desde sus primeros años en la república Suiza, habia grabado indeleblemente en su espíritu los principios de la democracia. Y el cariñoso recuerdo de sus esclarecidos maestros, algunos de ellos tan célebres como Vinet, le inspiraba tiernísimas frases, empapadas en el más puro espíritu de las doctrinas evangélicas, para ensalzar las instituciones y costumbres del pueblo suizo. No hay para qué añadir que el Sr. Aguilera es un genuino federal.

El Sr. Barrera, orador correcto y preciso, mostró su amor á la libertad y á la forma republicana, declarándose antes que todo contrario á las ideas socialistas y á las tendencias del partido federal español. Nada espera de los conatos de alianza entre la democracia y la monarquía. Lo espera todo de una radical transformación en la forma de gobierno. En el fondo, desarrolló los mismos principios el Sr. Benito, que sostuvo con elocuencia la integridad del derecho. Decía con razon este joven orador de la izquierda, que la democracia es la libertad, y que el derecho no se limita por la ley, sin embargo de que la ley declare cuál es la esfera de acción en que el derecho se mueve. Expuso el concepto de la monarquía, que dista mucho de ser hoy lo que en su origen fué, para determinar con mayor precision el concepto de la democracia y el de la soberanía, que definió como una función social.

El Sr. Galvez Holguin, orador de palabra fácil, de imaginación ardiente y profundamente adicto á la causa democrática, no transige de ningun modo con los partidarios de la monarquía democrática. Ama la libertad, y sin embargo no admite que la libertad sirva para resolver por sí sola los grandes problemas políticos. En el fondo de su argumentación se notaba que atribuía al principio de libertad, tan bastardeado en la práctica, las oscilaciones, las dudas y contrariedades que nacen de las diversas causas y elementos que concurren al desenvolvimiento de los fenómenos sociales y políticos. Fogoso y demócrata convencido el señor Juste, expresó con toda la energía de su carácter las verdades que aprendió leyendo atentamente las crónicas de los reyes de Aragon, su pueblo natal, á cuyas pasadas glorias conserva el acendrado amor que guardan los aragoneses, con espíritu de independencia, á toda institución verdaderamente liberal. El Sr. Morales Diaz combatió el federalismo elocuentemente, pero con dureza. Se esforzó en ahondar la division, harto profunda ya entre las fracciones de la democracia, que viven apartadas y hostilizándose, acaso más por razones históricas que por diferencias esenciales, en cuanto á los principios que profesan. A juicio del Sr. Morales Diaz, lo característico en la democracia consiste en reconocer la soberanía inmanente de la nacion. Breves fueron las consideraciones que expuso el Sr. Torres Muñoz, y es sensible que no haya entrado en más extensas consideraciones sobre el concepto que de la democracia tiene. La democracia, decía, no rechaza instituciones permanentes, sino privilegios de familia; es en el orden político el reconocimiento de la personalidad humana. El

Sr. Zahonero, más atento á la realizacion del progreso que á la manera de conseguir ese fin, mostró tendencias muy socialistas en el fondo, mientras que, por otra parte, fiando en el esfuerzo individual, proclamaba que era altísima la importancia de la economía política en el desenvolvimiento de las sociedades modernas. Burell acentuó más que ningun otro el principio federal. Si por un lado Morales Diaz tendia á separar del contagio federal los elementos gubernamentales de la democracia, por el otro se esforzaba Burell en separar á los federales, más ó menos pactistas, de toda responsabilidad en la política activa de benevolencia y gubernamentalismo.

El joven profesor de farmacia Sr. Carracido, trajo al debate, con su gran competencia científica, el sentido que en estas cuestiones tiene el positivismo inglés. Aceptó el Sr. Carracido, con noble franqueza, toda la responsabilidad de las faltas en que haya podido incurrir la revolucion de 1868, así como gozaba de los grandes beneficios, que á manos llenas habia vertido sobre la sociedad española aquel movimiento político. A juicio del elocuente orador, la democracia es un estado de la sociedad, resultado de la evolución ó del desarrollo de las leyes sociales, que tienen por punto de partida el derecho ingénito de la persona. Comparaba la sociedad con el organismo individual y observaba cómo las leyes de la Biología ejercen su acción sobre el organismo social, adquiriendo mayor perfeccionamiento los poderes, que son órganos esenciales, á medida que van desapareciendo, con las circunstancias á que debieron su origen, los poderes accidentales, que son como órganos adventicios de la sociedad. El Sr. Jameson hizo, á fuer de buen inglés, lo que sus compatriotas, que buscan al leon en las selvas, y no en la conciencia como el alemán, ó en el jardín Zoológico como el francés, segun decía ingeniosamente el orador. Estudiaba el desenvolvimiento de la democracia en su propio país, y notaba que la Reforma habia comunicado vigoroso impulso á la emancipación de la personalidad humana, declarando libre la conciencia. Describió magistralmente la formación de la aristocracia y de la monarquía, cual si estuviese inspirado por el sentido del eminente historiador inglés Freeman. El Sr. Fliedner, menos atento á los progresos de la democracia que á la defensa de los méritos científicos de Lutero, departió con el Sr. Sanchez sobre puntos de erudición teológica, cuyo análisis seria inoportuno en la ocasion presente.

Los mantenedores de la democracia-dinástica Sres. Graell, Gobantes y Serrano Fattigati, sostuvieron con empeño sus doctrinas, en frente de los monárquicos y de los republicanos. El Sr. Graell, dado á los estudios metafísicos y teológicos, pretendia esclarecer con distinciones las dificultades en que veia envuelta su tesis. Sus ideas, respecto de la soberanía, le imponen como una necesidad la institución monárquica, para que haya un superior real y efectivo en las sociedades humanas; mientras que por otra parte la cualidad moral del hombre, su libertad de acción y responsabilidad, que proclaman las excelencias de la democracia, le impulsaban á buscar una conciliación entre instituciones, que en los tiempos presentes no dan muestras de tender á la union y buena inteligencia. El mismo Sr. Graell, reconociendo que hay antagonismo entre la herencia y la responsabilidad en la institución monárquica, se colocaba en posición muy comprometida. El Sr. Gobantes, coincidió fundamentalmente con las doctrinas del Sr. Serrano Fattigati, quien combatía la inmanencia del poder en el pueblo, estableciendo al mismo tiempo una distinción digna de que en ella nos fijemos; es á saber: que la sociedad es fuente de poder, y el individuo, fuente ó fundamento de derecho. Buscaba el Sr. Fattigati la armonía entre lo permanente y lo mudable, entre el ser y la diversidad de estados, entrando en profundas consideraciones, respecto de la necesidad en que estamos de adoptarnos al medio en que vivimos. Acaso no tuvo en cuenta todo el valor de la acción humana; pues sabido es que el hombre modifica con incontrastable poder las condiciones externas.

Invocando autoridades tan respetables como la de Mill, Spencer y Bluntschli, decía que las democracias necesitan un principio de unidad superior, y que la monarquía hereditaria es la más alta expresion de esa unidad en el gobierno popular. Llegaba hasta el extremo de ver tendencias al imperialismo en la República de los Estados Unidos de América, y encontraba en Prusia la más perfecta armonía entre el sufragio universal y la monarquía hereditaria. No consiste en la forma del sufragio, ni es la democracia el gobierno de los más, nos decía el Sr. Serrano Fattigati: es el gobierno de la libre concurrencia, que da por resultado el consorcio entre la monarquía y la democracia. De esta manera discurría el Sr. Serrano Fattigati, abundando en comparaciones con las ciencias naturales, á que rinde fervoroso culto, con provecho para la cultura patria.

Estos fueron los distintos criterios, que predominaron en la discusión, sirviendo no pocas veces de fundamento á las impugnaciones, que se dirigieron contra la democracia, el valor etimológico de esta palabra. Los adversarios de la doctrina democrática se complacian en recordar la definición de Aristóteles, de ese profundo pensador, que nos dejó en su *Politica* un tesoro inagotable de ciencia y observaciones, que hoy son de gran provecho todavía, como lo serán en tiempos posterior-

res Mas no porque Aristóteles viese grandes peligros de perturbacion social en el gobierno de los más, que eran los más pobres, por ser el mayor número, hemos de juzgar que la democracia es en la moderna civilizacion lo que representaba en la civilizacion griega, con una masa considerable de esclavos, con aristocracias prontas á convertirse en oligarquías, y sin una clase media potente y vigorosa, que es el nervio de las modernas sociedades.

No hemos de atender á la etimología de las palabras para determinar lo que hoy valen y significan instituciones, que, no obstante haberse modificado profundamente, conservan antiguas denominaciones. Si hubiéramos de atribuir toda la fuerza de su primitiva significacion al tecnicismo de la ciencia jurídica, diríamos que cuando se reivindica una cosa ante los tribunales, se entabla una verdadera lucha, y que lanza en ristre, acometen uno contra otro, demandante y demandado, para resolver una cuestion que pacíficamente se decide, si bien no diré que siempre, con sujecion á los principios del derecho. Diríase tambien que la finca enagenada en pública subasta, está realmente *sub-hasta*, esto es, bajo la proteccion del guerrero, del hombre poderoso, y subordinada á la ley de la fuerza. No: la etimología de las palabras no es un círculo estrecho dentro del cual haya de encerrarse eternamente su significacion. Por eso adquieren diversas acepciones y mayor amplitud, a medida que las ideas se desenvuelven. Nada hay inmutable bajo la accion del progreso, ó de la evolucion en sus distintas manifestaciones. La democracia hoy tiene una significacion apropiada al estado de nuestra sociedad; no es, como Aristóteles la definia, el gobierno del mayor número, y por tanto de los más pobres. Es algo más, mucho más que la idea de gobierno. Las verdades, que proclama la democracia, arrancan de la esencia de la personalidad humana y envuelven la totalidad del organismo social.

Cuando á la democracia se la juzga por sus extravíos, ó por las violencias que en la historia se reproducen con demasiada frecuencia, y unas veces se la confunde con el jacobinismo y otras con el cesarismo, no se procede con recto criterio. Todas las instituciones emplearon la violencia, ora por efecto de su misma debilidad, ora porque abusaban de su poder contra los débiles.

¿Sería justo condenar en términos absolutos á la Iglesia católica, ó confundir toda supolítica con los excesos de Simon de Monforte, cuando en el mediodia de Francia exterminaba á los albigenses, ó con los horrores de la *Saint Barthelemy*, ó con las matanzas del duque de Alba en los Países Bajos? No, de ninguna manera. Tamaños excesos acusan no pocas veces un vicio ingénito de intolerancia; pero la intolerancia con sus excesos no es la totalidad de la doctrina católica.

De igual manera son dignos de censura y de reprobacion los arrebatos de unos y los crímenes de otros, que, proponiéndose sostener una causa justa, le inferen profunda herida; pero la doctrina que por tales medios se haya tratado de sostener en determinados momentos, no es la violencia, no es el jacobinismo que, como accidente pasajero, desaparece con las circunstancias que le motivaron, quedando lo que es permanente, lo que sobrevive á todos los errores y desvaríos. Con menor razon se intenta confundir la democracia con el cesarismo. En el seno de las democracias se cobijan ambiciosos, que por medio de las más extravagantes exageraciones, sin conciencia y sin respeto al honor, siembran de cadáveres y de ruinas el suelo de la patria, para que en el momento de usurpar el poder se les aclame como salvadores. Esos grandes criminales no son representantes de la democracia; son sus más encarnizados enemigos, en el acto mismo de apoyarse en las masas populares para vencer todas las resistencias, que á su paso encuentran.

El verdadero concepto de la democracia nace del más profundo respeto á la personalidad humana, en su libre desenvolvimiento; de la igualdad de condiciones, y de la soberanía popular, en todo lo relativo al origen y organizacion de los poderes públicos. De ahí el que la vida de la democracia sea tan rica en los organismos sociales, como en los organismos políticos; tan fecunda en resultados, ora se trate de la accion individual, ora de la accion colectiva. La raíz y la esencia de la democracia están en el individuo mismo. La inmutabilidad del pensamiento y su libre expresion; la inviolabilidad de la conciencia humana y la libertad de cultos; el ejercicio libérrimo de nuestras facultades, agigantadas en su accion con los derechos de reunion y asociacion, sin más límite que el de no entorpecer ni aminorar la libre accion y facultades de los demás; y el derecho de no ser perturbado por nadie en el domicilio, que es inviolable y santo, como templo que es de la familia, constituyen la esencia de la democracia. El pensamiento y la conciencia, al exteriorizarse la humana actividad en sus desenvolvimientos, toman en las relaciones de la vida social el nombre y el carácter de derechos individuales, que, si no con precision científica, para dar mayor energía á la frase, se llaman con razon *ilegisables*. En el hecho de proclamarlos, son objeto ya de una declaracion del legislador, y están amparados por una ley.

Pero la significacion del calificativo es distinta; arranca de la Constitucion de los Estados Unidos de América, ó de la enmienda primera

(adicion diríamos mejor) que se hizo á esa Constitucion, en la cual se prohíbe legislar respecto á religion y al ejercicio del culto, limitar la libertad de la palabra ó de la prensa, el derecho de reunirse pacíficamente y el de peticion.

La Constitucion consagraba esos derechos en la forma más solemne, de igual modo que lo hizo nuestra Constitucion de 1869, y no permitia que el poder legislativo limitase ni pusiera obstáculos de ningun género al ejercicio de libertades, que son lo esencial de nuestra existencia moral, fundamento de la tranquilidad pública, y necesarias para el progreso de los pueblos. Este es el sentido que los derechos individuales tienen para la democracia. El carácter de *ilegisables*, en el sentido indicado, de ninguna manera se presta á las bizantinas disquisiciones con que algunos se propusieron, no en los debates de esta seccion, ridiculizarlos en mal hora. En vez de hacer alto en lo superficial y externo de la palabra, se debe penetrar con sinceridad en la esencia de las cosas.

La mayor de las ventajas, que resultan de la proclamacion y ejercicio de los derechos individuales, es la conciencia que el hombre adquiere de su propia dignidad. El sentimiento de que somos libres en el desenvolvimiento de nuestra actividad; la idea que de nosotros mismos tenemos al investigar los fines que hemos de realizar, medios que hemos de poner en accion y manera de conseguir el objeto que nos proponemos, lleva consigo otro sentimiento más alto, otra idea que ennoblece más al hombre: es el sentimiento de la responsabilidad, la idea de que el hombre es un sér moral, que dispone de medios y facultades para realizar el bien sobre la tierra, esforzándose en conseguir su perfeccionamiento en todos los órdenes de la vida. Los ingleses, que tienen frases muy felices para definir los preceptos más adecuados á la práctica de todos los momentos, condensan en dos palabras todo un aspecto de la moral. *Self help*, dice el padre á sus hijos. Ayúdate á tí mismo, cuenta con tu propio esfuerzo, ejercita las facultades que constituyen la más noble parte de tu sér, piensa en realizar por tí mismo la obra que te fué encomendada en el drama eterno de la vida; al efecto, desenvuelve las facultades. no esperes que los demás suplan tu falta de iniciativa, lucha con espíritu levantado, ayúdate y el cielo te ayudará. *Self help*: ésta es la enérgica frase que basta para caracterizar á un gran pueblo.

Pero, si el hombre ha de confiar en su propia accion, si ha de buscar en los resortes íntimos de su actividad el medio de alcanzar los dones más codiciados, para cumplir ese gran deber moral tiene por necesidad un derecho que es primordial: ese derecho consiste en el ejercicio libérrimo de sus facultades intelectuales y morales; en el desenvolvimiento de su actividad; en la aplicacion de todo su sér á la consecucion de los altos destinos de que se considere digno; que todo es alto en el desarrollo de la humana personalidad. La conciencia es tan inviolable en los grandes como en los pequeños; la libertad del pensamiento es en todos igualmente respetable. De este concepto fundamental se deriva otro que en la práctica es de la mayor trascendencia: me refiero á la igualdad de condiciones. Puesto que el hombre tiene una conciencia inviolable, un pensamiento libre, espíritu de iniciativa, múltiples facultades y medios para encarnar en la realidad las concepciones del pensamiento, ¿qué razon habria para que no tuviéramos todos perfecto derecho á la igualdad de condiciones? No es justo que uno exija á los demás la prestacion de medios que todos necesitamos, de que cada cual dispone para la consecucion de sus respectivos fines. La sociedad con sus reciprocos cambios, con el mútuo auxilio y merced á la dependencia en que unos vivimos respecto de los otros, completa las deficiencias del individuo, que es una entidad, social por esencia, y al hombre no se le concibe, como no sea desfigurando su naturaleza, en estado de completo aislamiento. Pero ese mútuo auxilio enlaza perfectamente las necesidades de la sociedad con el derecho individual y el respeto á la más completa libertad de accion. Vive el hombre en sociedad como los árboles que constituyen espeso y dilatado bosque. Por igual se distribuye la luz, y circula el aire, y cae la lluvia entre las ramas del añoso roble y de la flexible haya. Unos árboles crecen más y otros menos; unos son elevados y otros bajos; reina la más completa variedad, en medio de la mayor igualdad de condiciones, prestándose todos recíproco auxilio contra los huracanes y tempestades que en la atmósfera se desatan. Pues algo parecido sucede con el hombre en sociedad, que tiene una individualidad propia, caracteres peculiares, diversidad de medios de accion, contando, sin embargo, todos con iguales condiciones para moverse y ejercitar su actividad. Es tanto mayor la variedad, cuanto es más dilatado el campo de la vida intelectual y moral, y más fecundo en recursos el humano entendimiento, que está servido por una prodigiosa actividad.

El individuo con su diversidad de caracteres y con sus variados medios de accion, no tiene derecho á preeminencias y privilegios, que merman la libertad de los demás. En esta igualdad de condiciones, en este superior principio de armonía, descubria Kant la raíz y la esencia del derecho. La diferencia en los propósitos, en los fines y en el propio esfuerzo, no alcanza á suprimir la igualdad de condiciones. Una cosa es lo individual, lo que en el individuo vive, lo que en él y para él se desar-

rolla; y otra cosa son las condiciones externas, iguales para todos, en que el individuo vive, se mueve, y desarrolla todas sus facultades. Así es que, tan grosero nos parece el error de aquellos que suponen que la igualdad es el rebajamiento de todos á un tipo mínimo, como insostenible es la pretension de los que, confundiendo lo característico y propio de la individualidad con las condiciones externas, mediante las cuales realiza el hombre sus propios fines ó desenvuelve y perfecciona las facultades de que se encuentra dotado, intentan llevar á todas las esferas de la vida el principio de igualdad, con mengua y en detrimento de la accion individual.

Una á una fueron cayendo en el trascurso de los tiempos las instituciones que oprimian y rebajaban la personalidad humana. Algo, no poco, resta todavía que hacer en ese sentido. Pero, señores, el ominoso régimen de las castas, la esclavitud de los tiempos antiguos, la servidumbre de la Edad-Media, el feudalismo, cayeron tras largos y penosísimos esfuerzos de los pueblos, que palmo á palmo conquistaron el terreno bañado en sangre. Quedaban los señores, y los hemos suprimido; los mayorazgos, que tambien fueron abolidos; los cargos patrimoniales, que desfiguraban el derecho hereditario. Hay funciones todavía, la más alta del Estado, que está vinculada en una familia. Sobre este particular nada os diré por ahora. Pero, volviendo los ojos á los tiempos que pasaron, y pensando en la obra realizada por las generaciones que nos precedieron, se ve cuán grandes son los beneficios que debemos á nuestros padres; pues, con haber removido los obstáculos que se oponian al progreso de los pueblos, hicieron por la democracia tanto como nosotros, que nos enorgullecemos de vivir en tiempos verdaderamente democráticos.

De igual manera que al árbol se le conoce por sus frutos, á la democracia se la ha de juzgar por la influencia que ejerce en los destinos de la humanidad. ¿Qué resultados produce el espíritu democrático en la sociedad? ¿Cuáles en el Estado? Cuando el individuo cambia en lo interior de su sér, cuando se modifican sus ideas y sentimientos, todo se transforma en la sociedad. El cristianismo, ejerciendo poderosa accion sobre las creencias individuales, y dando reglas para la vida individual, realizó la más profunda de todas las revoluciones. Esta es la razon tambien de que sea tan radical la trasformacion que experimentan todas las fuerzas activas de la sociedad, al contacto de las ideas democráticas.

En la familia desaparecen las distinciones, crece la atencion, y al ceremonioso trato de los hermanos entre sí, que veian un superior en el primogénito, ó en el que habia de disfrutar la mayor parte, cuando no la totalidad, de los bienes acumulados por una larga serie de generaciones, se sustituye el sentimiento de la igualdad ante el cariño de los padres y la más completa familiaridad. En consonancia con este espíritu de igualdad en el seno de la familia, se modifican por todas partes las leyes y las costumbres respecto de la herencia. Se suprimen las vinculaciones; no hay privilegios ni diferencias, que de la ley dimanen, entre los hijos de un mismo padre, y esta situacion es de trascendentales consecuencias. Tocqueville, que no tiene superior en la perspicacia y agudeza de sus estudios y observaciones sobre la vida de las actuales sociedades democráticas, reconoce que nada hay tan importante en la legislacion de los pueblos, como los principios de igualdad, en todo lo relativo á la distribucion de la herencia, para que se desenvuelva y vigorice el espíritu democrático.

Mucho se criticó la literatura de los pueblos democráticos. Juzgando que era un carácter de la literatura democrática la mediocridad con que apareció en la República norte-americana, durante el primer tercio de este siglo, se tuvo por irremediablemente perdida la cultura literaria, allí en donde asentaba su planta la democracia. Pero los mismos Estados Unidos están dando muestras de que el gusto literario se desarrolla en las sociedades democráticas, si bien con diversas tendencias, y sin tanto amaneramiento como en las sociedades aristocráticas. Sobre todo, la República Suiza, Francia, Italia, Bélgica y la misma Inglaterra, tan dominada hoy por el espíritu de la democracia, proclaman en alta voz que la literatura nada pierde, gana, por el contrario, á medida que se enriquece la vida individual en ideas y sentimientos. Mucho se escribe, mucho hay mediocre, mucho que desaparece con la luz del día en que nació; pero mucho queda, porque es bueno y debe sobrevivir, y al patrimonio que unas edades transmiten á las otras habremos de atenernos para comparar unas épocas con otras épocas, y estimar el valor de cada una de ellas. Verdad es que el aspecto económico de la literatura y de todas las ciencias en general cobró extraordinario desarrollo, pero no es de lamentar que tal discrecion se haya señalado en los modernos tiempos con mayor viveza como para indemnizarnos del abandono en que la parte económica de la investigacion científica habia quedado durante los pasados siglos.

MANUEL PEDREGAL.

(Continuará).

ESPAÑA Y PORTUGAL.

II

Hemos expuesto en nuestro artículo anterior, la historia de la magnífica idea de la *Union peninsular*, habiendo desconcertado los proyectos de mi padre, de Diaz Morales, de los emigrados y de Mendizabal, la prematura muerte del Emperador D. Pedro de Braganza, que arrojó del trono de Portugal á su hermano D. Miguel, representante del execrable absolutismo, y colocó la corona en las sienes de su hija doña María de la Gloria.

Aquel grande hombre renunció dos diademas; la del Brasil, que habia cedido á su hijo, y la de Portugal. Este sublime ejemplo de abnegacion y de desinterés, revela que era digno de que ostentara su frente la doble corona de España y de Portugal.

Antes, como hemos dicho, mi padre y sus compañeros de infortunio en el depósito de Peniche, habian concebido el levantado pensamiento de la confederacion republicana de los dos pueblos.

Murió tambien el marido de doña María, príncipe de Leutchemberg, y este inesperado acontecimiento desvaneció las esperanzas de Mendizabal que mantenía estrechas relaciones con el príncipe consorte de Portugal, á fin de allanar el camino del porvenir, para la realizacion del pensamiento salvador de las dos naciones.

Durante la desastrosa guerra civil, vino á pelear en el campo de la libertad una legion portuguesa, y se estrechó la alianza peninsular. Alentaba los planes futuros de los patriotas amantes de la grandeza nacional, la feliz circunstancia de que tenia hijos varones doña María, despues de su segundo casamiento con D. Fernando de Sajonia-Coburgo.

Las cortes reaccionarias declararon la mayoría de la reina Isabel, y suprimieron el principio de la soberania nacional, que sometia á los Cuerpos colegisladores el matrimonio del monarca, nulo é ilegal sin la aprobacion y el consentimiento de los representantes del país.

Vencido este obstáculo por los que destruyeron la Constitución de 1837, que habian jurado, la reaccion triunfante decidió el casamiento inmediato de la reina con el conde de Trápani, cuya candidatura combatió enérgicamente nuestro ilustre amigo y colaborador de LA AMÉRICA, D. Andrés Borrego, en *El Español*, que entonces dirigia, y fué tan gloriosa su campaña, que desbarató la combinacion proyectada y propuso el doble enlace de la reina con el primogénito de doña María, celebrando sus esponsales hasta que el heredero de Portugal cumpliera los diez y ocho años para solemnizar la boda, y la de la infanta doña María Luisa con el duque de Oporto.

Propagó además esta idea, tan fecunda en inmensos bienes, el general italiano Durando, que habia peleado en las filas del ejército español y en las del ejército lusitano. Este distinguido patriota publicó un notabilísimo folleto en favor del doble enlace, manifestando que apenas hubiese sido consumado, se proclamase la ley sálica, á fin de perpetuar la posesion de la corona en una misma estirpe, mediante la definitiva fusion de ambas dinastías.

Pero España y Portugal estaban destinadas al sacrificio comun, sometida la patria de Hernan Cortés al yugo de Luis Felipe, y la patria de Vasco de Gama al leopardo inglés.

Los matrimonios españoles, así denominados por la diplomacia europea, fueron la obra de María Cristina y del partido moderado.

Portugal sufrió pronto la tiranía reaccionaria del conde de Thomar; pero los partidos liberales se alzaron en armas, no solo contra el Ministerio, sino contra la dinastía. La insurreccion fué formidable: estalló en Oporto, y los Miguelistas, en odio contra la dinastía, cooperaban al éxito de los sublevados, para expulsar del reino á Doña María. La rebelion era tan potente y vigorosa en las provincias del Norte, que amenazaba á la capital; y el Gobierno inglés, que patrocinaba á la monarquía para ejercer omnimoda influencia en el país vecino, por deferencia á los Coburgos de Inglaterra, de Bélgica, y el monarca francés, relacionado con estos soberanos por sus alianzas matrimoniales, solicitaron la intervencion de España, que cometió la insigne debilidad de prestarse á ser el miserable instrumento de aquellas potencias para someter á los portugueses.

Un ejército, á las órdenes de D. Manuel de la Concha, penetró en Portugal, intimó la sumision á los sublevados de Oporto, que solo pedian que el ejército español permaneciese neutral y dejase á los insurrectos marchar sobre Lisboa, no ocultando sus simpatías por la union de las dos naciones despues de expulsar la dinastía.

Se consumó la falta inmensa y la iniquidad patente de la intervencion española para arrebatár la libertad y la independencia de un pueblo hermano, imitando el odioso ejemplo de la Restauracion francesa, que envió al duque de Angulema á España para someterla al despotismo.

Esta intervencion funesta avivó los resentimientos antiguos, y el nombre español se hizo impopular en el reino vecino.

La revolucion de 1854 pudo haber atenuado las asperezas y antipatías existentes, si Espartero y O'Donnell se hubieran concertado para colocar en el trono de España á la dinastía de Braganza, pero

el disentimiento que estalló entre los dos partidos, que coadyuvaban al movimiento revolucionario, hizo estériles las esperanzas concebidas por los patriotas verdaderos que amaban el engrandecimiento peninsular, fundado en libérrimas instituciones.

Los hombres públicos portugueses más esclarecidos no rechazaban un proyecto tan patriótico, y el establecimiento de una regencia, ínterin maduraba el pensamiento regenerador de los dos pueblos hermanos, hubiera producido los resultados apetecidos, pero la monarquía de Doña Isabel, ya desacreditada en la opinion progresista y democrática del país, fué salvada por la ingerencia de D. Evaristo San Miguel en aquel acontecimiento, en que no habia tomado parte; mas San Miguel era diputado por Madrid en la época de los gobiernos moderados de aquella época, siempre vencedor en la contienda electoral, merced á la activa y eficaz cooperacion del comercio y de la industria, que defendian entonces con valor y constancia las ideas del progreso, y empleó la influencia que ejercia, en salvar el gastado cetro de la ex-reina Isabel, sitiada por el pueblo en su palacio.

Las Cortes amnistiaron á la que siempre se habia opuesto á llamar al poder al partido liberal, y ratificaron los derechos de la dinastía.

Así se malogró la ocasion más favorable para unir á dos naciones hermanas, y la conducta observada despues por la union liberal y por el partido moderado violando las constituciones establecidas, anulando la imprenta con sus constantes persecuciones contra la libertad del pensamiento, los destierros, los fusilamientos á la orden del día, la seguridad individual constantemente amenazada y el no gozar de consideracion alguna en el concierto europeo, todas estas circunstancias reunidas hacian nuestro nombre antipático en Portugal, comparando su situacion con la nuestra, donde las leyes eran observadas, sin aplicarse la pena de muerte ni aun para los delitos comunes, considerando con razon que nos aventajaban en cultura y en suavidad de costumbres, y se han aterrado ante la idea de que se turbara el pacífico, natural y progresivo desarrollo de sus instituciones, declarándose hostiles á todo lo que tendiera á hacerles perder su autonomia.

Y las personas imparciales, ilustradas y notables que mostraban predisposicion de ánimo favorable á la union ibérica, cuando han visto que en dos revoluciones, la del 54 como la del 68, nada hemos hecho para realizar esta empresa grandiosa, han dudado de la sinceridad de nuestros sentimientos, y se han alejado cada vez más del camino que nos brindaba espléndidos horizontes de comun progreso.

Faltas tan repetidas han sido causa del enfriamiento de los patriotas lusitanos que aspiraban á elevar á su patria á la grandeza que merece, uniendo los dos pueblos.

La antipatía y aversion del Gobierno de la ex-reina Isabel contra la nacion lusitana, se demostró de una manera extraordinaria cuando don Luis de Braganza celebró su enlace con la princesa Pia de Saboya, hermana del actual rey de Italia.

Se encontraba en la bahía de Lisboa el navío *Isabel II*, que mandaba el respetable jefe de la marina D. Raíael Ramos Izquierdo.

Tuve el honor de visitar al ilustre marino, acompañado del cónsul general de España en Lisboa, mi buen amigo D. Emilio de Olloqui. Despues de admirar el aseo, el orden que reinaba en todas las dependencias del navío, me congratulaba con la patriótica esperanza de ver ondear el pabellon español al día siguiente, que era el del arribo de la princesa de Italia á la hermosa capital del reino lusitano; pero fué tan grande mi sorpresa, como fué intenso mi dolor, al decirme el Sr. Ramos Izquierdo que tenia orden de abandonar al momento el argentino Tajo, en cuyas ondas transparentes refleja sus palacios y sus jardines la encantadora Lisboa. Y así sucedió, en efecto; y mientras contemplaba empavesados y vestidos de gala los numerosos buques que inundaban el soberbio Tajo, ostentando las banderas de Francia, de Italia, de los Estados-Unidos y de Portugal, el pabellon español brillaba por su ausencia.

No es posible describir el profundo sentimiento que oprimió mi alma, lo que formaba triste contraste con el general alborozo de aquel gran pueblo, culto y cortés, que acogia á la que iba á ser su reina con las más cordiales y entusiastas muestras de cariño y de respeto. Millares de barcas circundaban la nave que conducia al puerto á la casi infantil princesa. La inmensa multitud de la ciudad y los que habian llegado de las provincias, poblaban la majestuosa plaza del *Rocio*. Era el mes de Setiembre de 1862, en un día espléndido de sol y de alegría.

Sólo nos encontrábamos en aquella fiesta, tres españoles, los Sres. Vieira y D. Benigno Martínez, mis excelentes amigos. Los tres, á pesar de nuestra natural modestia y de carecer de representacion oficial, creíamos ser por la inspiracion espontánea de nuestras almas, los representantes entusiastas del progreso y de la democracia para participar del regocijo indefinible de un pueblo hermano.

Asistimos á todas sus fiestas, invitados generosamente por aquel Gobierno, y al aceptar la invitacion que recibí, para solemnizar con unos pobres versos tan fausto suceso, consagré una oda al *Tajo*, de la que voy á copiar algunas es-

trofas, para que vean los lectores de LA AMÉRICA el espíritu que la animaba.

«Es un inmenso mar! Ved cual descuella
Al albor matinal, rica en palacios,
La espléndida Lisboa, ciudad bella,
Ornada de zafiros y topacios.

.....
Diosa, cual Vénus de las aguas brotas,
Tu pié besando la onda cortesana,
Te rinden homenaje islas remotas,
Y eres del Tajo la feliz sultana.

.....
Cuna de reyes de ánimo esforzado,
Alfonso, D. Manuel, nobles campeones,
Sueñan en un imperio dilatado,
Y tremolan triunfantes sus pendones.

.....
Camino un tiempo de esplendentes glorias,
Fuiste, sagrado río, á Magallanes,
Que abrió campo á las célebres historias
De invencibles, ardientes capitanes.

.....
Asia, América y Africa y el mundo
Pregonan su valor y exceelsa fama,
La sien ornando con laurel fecundo,
Al héroe, al inmortal Vasco de Gama.

.....
Ataíde, Alburquerque, Almeida y Castro,
Cruzan, armados de la fé divina,
Los vastos mares; de la gloria el astro
Sus victoriosas frentes ilumina.

.....
Y la estrella del noble pensamiento,
Génio sublime, se alza magestuoso,
De Portugal magnífico ornamento,
De las *Lusitadas* el cantor famoso.

.....
De sus láuros, venturas y grandezas
Resonó el eco en la nacion hispana;
¡Y si admira la España sus proezas,
Cómo no ha de quererla si es su hermana!

.....
España y Portugal, triunfos iguales
En ambos hemisferios conquistaron,
Y juntas en combates inmortales
Su sangre y sus tesoros derramaron.

.....
Los huesos de sus hijos confundidos
Cubre la misma tierra infortunada,
Los llama héroes la historia, aunque vencidos
De Alcázar en la trágica jornada.

.....
Entre pueblos idólatras lejanos,
Difundieron la luz del cristianismo;
Los dos tambien, en días más cercanos,
Combatieron el duro despotismo.

.....
¡Ramas de un árbol, de la misma raza,
Cómo, si se confunden en la historia,
Y un territorio mismo los enlaza,
El porvenir no hará comun la gloria!

.....
El poeta henchido de entusiasmo santo,
Quiere cantar á tan glorioso emblema.
¡Ay, si estampara con su débil canto
Una flor de oro en su imperial diadema!»

Estos versos, que formaban parte de una oda más extensa, se publicaron en la corona poética que los más distinguidos escritores portugueses, y algunos italianos, dedicaron al consorcio de D. Luis con Doña María de Saboya.

El presidente del Ministerio portugués, señor Avila, manifestó á mi amigo Vieira, que residia hacia muchos años en Lisboa, que deseaba honrarme con la encomienda de la Cruz de Cristo; pero yo le dí las gracias por tan señalada merced, negándome á aceptarla, fundado en que no habia deseado obtener distincion alguna de esta índole en España, mi país natal.

Otros versos míos vieron la luz pública en los periódicos de Oporto y Lisboa, consagrados al corazon de D. PEDRO, que se guarda en el monasterio de La Lapa, á la bellísima CINTRA y á la MEMORIA DE MI ILUSTRE AMIGO el eminente orador José Estéban Coello de Magallanes.

Terminaba unas estrofas al Miño, escritas en Tuy, con estos versos:

.....
«En la margen opuesta
De dos pueblos unidos
Por vínculos estrechos
De fraternal cariño,
Logró la tiranía
Un tiempo dividirlos,
Mas su union venturosa
Consagrará el destino.

.....
En Lusitania mueres
Y en España has nacido;
Así las dos naciones,
Que son un pueblo mismo,
Con tu cinta de plata
Unes, gracioso Miño.»

Examinando el mapa de España y de Portugal, se observa que representa una extension de tierra cerrada por el mar en cinco partes de su circunferencia, y la sexta parte está formada por la cadena de los Pirineos que la separa de Francia.

Los grandes rios el Duero y el Tajo, así como el Miño y el Guadiana, tienen su curso por los dos pueblos: la línea que los divide, es puramente artificial porque está colocada y dispuesta por la naturaleza para constituir un solo país. Los libros y el mundo civilizado, cuando hablan de esta parte de Europa, la designan con un nombre: la *Península*.

Si la geografía demuestra con innegable evidencia que España y Portugal no deben constituir más que una sola nación, ¿por qué la susceptibilidad de nuestros vecinos se excita hasta el extremo inconcebible de mirar con repugnancia y con hostilidad el proyecto grandioso de unir los dos pueblos?

Es el temor exagerado de perder su nacionalidad, y nosotros que respetamos los nobles sentimientos de independencia y de amor á la patria de que blasonan con justicia, dista mucho de nuestro ánimo levantado, el móvil mezquino de aspirar á que se establezca la unión ibérica, que es nuestro deseo más vivo y más perseverante, en menoscabo de sus derechos sagrados y de sus intereses legítimos.

No queremos el sacrificio de su nacionalidad en ventaja de la nuestra; esto sería tan injusto como insensato; conocemos y apreciamos la digna altivez de una noble raza que ha sabido conquistar lauros gloriosos inmortalizados por su brillante historia, y solo nos limitamos hoy á enunciar el voto más ferviente y más sincero de que se realice de común acuerdo de las dos naciones, su FRATERNAL UNION en los tiempos futuros.

EUSEBIO ASQUERINO.

LOS HIJOS VENGADORES,
EN LA LITERATURA DRAMÁTICA.

ORÉSTES.—EL CID.—HAMLET.

FUENTES DE ESTOS TRES MITOS.

(Continuación.)

VII

¿ES «HAMLET» PERSONAJE HISTÓRICO Ó CREACION MÍTICA DE LA FANTASÍA POPULAR?—RECUERDOS DE DINAMARCA.—CASTILLO DE KRONBORG.—SEPULCRO APÓCRIFO DE HAMLET.—SAXO GRAMMATICUS.—MOLBECH.

Hamlet, no el de Shakspeare, que éste, por su educación, por sus aficiones, por sus ideas, por sus cavilaciones, pertenece de lleno al siglo XVI, sino el de Saxo, fuente única conocida de todos los *Hamlets* literarios antiguos y modernos, carece de carácter histórico claro y determinado. Ni entre los pocos monarcas cuyos nombres han llegado á nosotros al través de las densas nubes de la historia conjetural de Dinamarca, desde Eskild, contemporáneo de Jesucristo y fundador de dinastía, hasta Gorm el Viejo, último rey pagano, ni en el catálogo, verdaderamente histórico, que empieza en Sigurd *Snoogie* (el de los ojos de serpiente), año 794, asoma el nombre de *Hamlet*. Los sabios Zinzow, Etmüller y otros insignes arqueólogos literarios de Alemania y de Dinamarca hacen subir el mito de Hamlet á las más remotas tradiciones teogónicas, legendarias y heroicas de la Germania.

Sin embargo, se halla tan arraigada la tradición mítica en la tierra de Dinamarca, especialmente en Yutlanda, cuna del mito, que es imposible negarle fundamento histórico. No son conocidas las fuentes de donde tomó Saxo Grammaticus su épica relación, entre histórica y leyendaria; pero la circunstancia de pintar un Hamlet debedador de Britania (Inglaterra), cuando allí imperaba un solo rey, que pereció á manos de los invasores, demuestra que el Hamlet de Saxo es posterior al año de 827, término de la Heptarquía sajona. La índole de los hechos que refiere el cronista dinamarqués corresponde á las terribles correrías marítimas de los *vikings* ó reyes de mar escandinavos, que pusieron espanto á la Europa entera (1); y sabios historiadores arqueólogos juzgan fundadamente que las hazañas de Hamlet no han podido verificarse sino á mediados del siglo IX.

Por lo demás, aun subsisten en Dinamarca huellas tenaces de la existencia del misterioso Príncipe. Así se infiere de lo que dice el ilustre Molbech en uno de sus apuntes autógrafos, que tuvo la bondad de franquearnos, y que á continuación traducimos:

«Segun Saxo, Hamlet muere lidiando con el rey de Dinamarca, Vigleto (*Amletus apud Jutiam a Vigleto acie interemptus*), y añade: INSIGNIS EJUS SEPULTURA, ac nomine campus APUD JUTIAM extat. El excelente traductor dinamarqués antiguo de Saxo, A. Vedel (cuyo libro se publicó en 1575), tradujo libremente este pasaje del siguiente modo:

«Den marck udi Jutland, som hand bleff begraffuen udi Kaldis endnu effter hans nastn AMLETS HEDE. (El campo de Yutlanda, donde fué enterrado, tomó de él su nombre, y se llama todavía la *Uanura de Amlet*.)»

«En la parroquia de Verring, diócesis de Aarhus, no lejos de la ciudad de Randers, existe una aldea llamada *Amelhede-Bij*. Antiguos dinamarqueses han creído encontrar en este nombre el *Amlets hede* de Vedel» (1).

«Puede claramente deducirse de todo esto que no hay asidero en la tradición para colocar en Elsenor, como se le antojó hacerlo á Shakspeare, la escena de su drama. No es difícil imaginar, sin embargo, el motivo de esta elección.

(1) De sus excursiones en España contienen relación detallada los interesantes estudios del insigne arabista holandés Mr. Dozy, acerca de la España de la Edad media.

(2) El doctor M. A. Zinzow (*Die Hamletsage*, Halle, 1877) habla también de la aldea llamada *Amelhede*, en Yutlanda.

Para la generalidad del público de Lóndres, en tiempo del poeta no había nombre de pueblo dinamarqués más conocido que Elsenor (*Elsinore*, en Shakspeare.)»

Como tantos otros viajeros, fuimos expresamente á Elsenor para visitar la tumba de Hamlet en el hermoso parque del palacio de Marienlyst, á pocos kilómetros de la ciudad marítima. Primero, en Elsenor, recorrimos el antiguo é imponente castillo de *Kronborg*, que sobre un pequeño promontorio domina el mar y guarda el paso del Sund como gigante centinela.

La majestuosa explanada del castillo nos traía á la imaginación la fantástica del drama de Hamlet, donde aparece la sombra del Rey asesinado. Pura ilusión de nuestra parte, pero ilusión que nos hacía admirar la adivinadora fantasía de Shakspeare, que para tal escena había escogido, sin conocerlo, tan magnífico y adecuado paraje.

De allí pasamos á Marienlyst. Otra shakspeariana ilusión. En un extremo solitario del parque hay, sobre un leve resalte del terreno, un sepulcro de sencillo y primitivo carácter, compuesto de tres piedras rúnicas y rodeado de cuatro frondosos árboles. El pueblo le llama la tumba de Hamlet. ¡Lástima que no sea verdad! Nuestro sabio amigo Molbech nos había advertido que el tal sepulcro era apócrifo, y meramente, como él decía, una decoración de jardín. Había sido allí colocado cuando, en época no muy remota, se edificó, á orillas del Eresund, el palacio Real de recreo *Marienlyst*, en el mismo lugar en que desde la época de Cristiano IV (siglo XVI) había existido un Sitio Real con el nombre de *Lundehave*.

No cabe duda. A pesar de las fantásticas ilusiones que ha hecho nacer el gran poeta británico, no puede vagar la sombra de Hamlet, ni en el castillo de *Kronborg*, ni en el parque de *Marienlyst*. Pertenece á Yutlanda. Allí fué su gloria; allí han quedado los únicos rastros tradicionales de su azarosa vida.

No obstante, no pudimos contemplar sin emoción aquel túnebre simulacro que lleva su nombre, y que, á falta de significación más histórica, tiene siempre la de ser un glorioso homenaje á la memoria del sublime Shakspeare.

Copiamos allí fielmente el sepulcro, y nos complacemos en conservar todavía, después de más de treinta años, su sencilla imagen.

Pasamos, durante nuestra juventud, algunos años en Copenhague (1). Era todavía época de brillante florecimiento para aquella pequeña, pero ilustrada y noble nación. No alcanzamos ya al sublime escultor Thorvaldsen, que tres años antes había fallecido de repente en el teatro Principal de aquella ciudad, quedándose como dormido en una butaca; pero tuvimos la honra de conocer á cinco señalados varones, de alto mérito y claro renombre, que dieron lustre á su patria con sus trabajos literarios, artísticos y científicos: *Bissen*, el más aventajado de los discípulos de Torvaldsen; (*Erssted*, creador de la ciencia electro-magnética y verdadero inventor de la telegrafía eléctrica; *Andersen*, famoso en todas las naciones por sus peregrinos cuentos y relaciones; *Molbech*, uno de los más sabios historiadores y arqueólogos que ha producido Dinamarca; y por último, sobre todos ellos, (*Ehlerschlæger*, amigo de Goethe, poeta lírico y dramático de primer orden, inspirado vulgarizador, en su poema *Los Dioses del Norte*, de la mitología escandinava, y una de las más brillantes glorias de la Europa septentrional.

Como Shakspeare, empezó *Ehlerschlæger* su vida pública por la profesión de actor. Fué después catedrático de Estética, y más adelante, también como Shakspeare, publicó una serie de interesantes dramas fundados en la historia antigua de su país y en las poéticas tradiciones de las sagas populares.

Por aquellos años, cercanos ya al término de su gloriosa vida, escribió un nuevo HAMLET, *tragedia en verso, en cinco actos*. No hay en ella ni imitación ni rivalidad de Shakspeare. Este pintó en *Hamlet* un tipo simbólico del siglo XVI; el poeta dinamarqués pinta el mito épico de la leyenda escandinava. Como él mismo dice en el prólogo de la tragedia, Hamlet «no se presenta en Saxo cual príncipe filósofo y noble, dominado por una misantropía fantástica, sino con la realidad de un manco heroico y de un Rey dinamarqués de los primitivos tiempos.» *Ehlerschlæger* no sigue las huellas de Ducis, que reduce pobremente y transforma el drama de Shakspeare, si bien con acierto y felicidad en el desenlace: trata el asunto á la escandinava, y crea un tipo verdaderamente dinamarqués para añadirlo á *Stokodder*, *Axel* y *Valborg*, *Palnatoke*, *Hakon-Iarl* y otras obras dramáticas, que constituyen lo que él mismo llama su «galería de cuadros históricos y nacionales.»

Como era natural, nos asaltó el deseo de investigar las fuentes que pudo tener á la vista el gran dramaturgo inglés para formar su famoso y extraño drama. Imaginando que en las antiguas sagas históricas podrían hallarse rastros del mito, acudimos al Sr. Molbech, que tanto había estudiado aquel fecundo manantial de tradiciones y leyendas.

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de Valmar, autor de estos apuntes, fué Ministro de España en Dinamarca en los años 1847, 1848 y 1849. No titubeó en adquirir para el Estado la única estatua de Torvaldsen que ha venido á España: el magnífico *Mercurio* que se admira en el Museo Nacional.

das. El sabio arqueólogo literario nos declaró que no se hallaba recuerdo tradicional ni monumento alguno autorizado del mito de Hamlet más antiguo que la preciosa relación de Saxo Grammaticus.

De ella nacieron, directa ó indirectamente, la *Crónica rimada dinamarquesa* (*Danske Rimkronike*), primer libro que se dió á la estampa en Dinamarca (1495), del cual tuvimos el gusto de ver un rarísimo ejemplar en la Biblioteca Real de Copenhague; las sagas islandesas relativas á la leyenda de Hamlet; la famosa novela de Belleforest, que supone muchos (hoy es dudoso) inspiradora del drama de Shakspeare, y los varios dramas que desde el siglo XVI hasta el XIX se han escrito acerca del mito de Hamlet.

La relación de Saxo Grammaticus, escrita en latín claro y relativamente acicalado para el siglo XII, nos cautivó desde luego. Aquel manco animoso, que reprime su audacia heroica y obra cauteloso, prudente y astuto para cumplir un noble designio, hasta que, llegado el momento que buscaba, venga á su padre y castiga á los malvados á la faz del mundo, arrostrando todos los peligros, nos pareció más moral, aun en medio de la bárbara desnudez de tiempos primitivos, y sobre todo más propio para la epopeya y para el drama trágico, que un príncipe filósofo y vacilante, que nunca llega al fin que se propone, y parece que emplea su entendimiento, su astucia, su inacabable acecho y todas las fuerzas de su alma, no para vengar á su padre, sino para resolver un problema.

Con razón dieron á Saxo, como honroso testimonio, el sobrenombre de *gramático* (humanista, erudito.) Era aficionado á primores retóricos, y pocos hay que le igualen en su tiempo como escritor latino.

Cuando se limita á la narración de las tradiciones históricas ó legendarias de su patria, su estilo es conciso y expresivo; cuando hace gala de su cultura literaria y pretende escribir á la manera de los grandes clásicos romanos, no sólo se trasluce la afectación imitativa, sino que además se hace verboso, y contradice el espíritu genuino de los personajes de los tiempos y del libro mismo. Esto es harto visible en el discurso que pone en boca de Amleto después de la catástrofe del palacio de Fengo, siguiendo las huellas de Tito Livio, que es su modelo.

La fama y autoridad de Saxo fueron siempre grandes. El rey Valdemar I le confió mensajes diplomáticos, y acaso á la prestigiosa veneración que inspiraba la ciencia en la Edad Media se deba que fuese enterrado en el panteón Real de la basílica de Roeskild, junto á los soberanos de Dinamarca (1).

Nuestro embajador poeta, el conde de Rebolledo, le cita varias veces en las *Selvas Dánicas* cual certero testimonio histórico. Admiraba su estilo, como puede inferirse de estos versos, referentes al reinado de Valdemar I:

«Florecieron las letras en su tiempo,
De que es testigo el elegante Saxo.»

La relación de Saxo Grammaticus, por la rareza de su libro histórico, no es muy conocida en España. Por esta razón hemos juzgado oportuno dar á luz su traducción castellana.

Algun tiempo antes de nuestra salida de Dinamarca recibimos, con una afectuosa carta del erudito señor Molbech (2), la nota sobre las sagas concernientes á Hamlet, que publicamos en su lugar; dos apuntes, que también publicamos, y una traducción francesa de la mejor de las tres sagas sobre Hamlet, que existen en la Biblioteca de la Universidad de Copenhague. La conservamos entre nuestros papeles literarios, y no la damos ahora á luz por no extender demasiado el presente estudio.

VIII

MORATIN, TRADUCTOR DE Hamlet.—INJUSTICIA Y ERROR DE LA CRÍTICA SEUDO-CLÁSICA CON RESPECTO Á SHAKSPEARE.

¡Cuánto cegaban las preocupaciones de escuela, y cuán hondamente se arraigaban en el entendimiento las falsas verdades estéticas que, con temeridad y soberbia, proclamaban los preceptistas franceses, y en pos de ellos sus imitadores en todas las naciones literarias! Moratin paró su atención en Shakspeare á consecuencia sin duda de la ruidosa impresión que produjo en Francia la famosa traducción de Letourneur. En la polémica allí suscitada entre los *Racinistas*, á cuyo frente se hallaba Voltaire, y los que llegaban á comprender que el teatro libre y vigoroso de Shakspeare abría más ancho campo á la pintura y movimiento de las pasiones, no hay que decir que Moratin estaba por los *Racinistas*.

(1) El verdadero nombre de Saxo, según conjeturas de sabios dinamarqueses, era *Lange*. Nació en la isla de Selanda, hácia mediados del siglo XII. Murió en 1204.

(2) Cedemos á la tentación de publicar aquí esta carta, aunque de carácter íntimo y familiar, y para nosotros benévola en demasía, porque nos complace que sea conocida la sincera y viva simpatía que profesaba á España el ilustre y sabio historiador dinamarqués:

Copenhague, 6 de Noviembre de 1849.

«Monsieur Le Chevalier de Cueto:
Je m'empresse de vous écrire ces mots pour exprimer ma gratitude de ce beau présent qui j'ai en l'honneur de recevoir de votre main (un modeste objet de arte), et pour

Era nuestro insigne poeta cómico hombre de clarísimo ingenio, hablista eminente y filólogo consumado; pero su alma estaba más dispuesta á admirar los aciertos artificiales de la sensatez literaria, que los vuelos de la fantasía y los arranques del genio, que busca sólo en la naturaleza el manantial de su inspiración. El decoro escénico, la armonía simétrica, todos los melindrosos y convencionales preceptos de Boileau, que imaginaba ser fiel intérprete de los principios de Aristóteles, eran á los ojos de Moratin infalibles dogmas que encerraban la llave única de la perfección literaria. ¿Qué habian de parecerle, no las sangrientas catástrofes de Shakspeare (pues las encontraba igualmente en las tragedias griegas), sino la variedad de tonos y de clases sociales en la pintura del tumulto humano, el desprecio de las unidades, el desenfadado con que se dicen unos á otros las más duras verdades, y la amalgama, en un mismo plan, de la risa, de la pasión, de la sublimidad, de la llaneza, de la indiferencia y de las lágrimas?

Con esta prevención de ánimo leyó Moratin al dramaturgo inglés, y ¡cuál sería el atractivo que encontró en las «bellezas admirables» (son sus palabras) del sublime *bárbaro*, cuando se decidió á traducir el *Hamlet*! Parecióle el drama, sin embargo, «un todo extraordinario y monstruoso.»

Reconoce que el autor «expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, y reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía»; pero afirma en seguida que á veces «se olvida Shakspeare de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situación en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí, no hay desacierto en que no tropiece y caiga.»

Moratin sólo en escasa parte tiene razon en esta severa censura. No alcanzó á comprender el espíritu del inmortal poeta, ni era fácil que aceptase la nueva y para él extraña poética, á la par idealista y naturalista, que le ofrecían los antiguos teatros inglés y español. Más robusto y acertado es su fallo acerca del sentido moral de la obra:

«Llega (dice) el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata; amontonando circunstancias inverosímiles, que destruyen toda ilusión, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada, divide el interés, y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.»

La versión está hecha en noble y acrisolado idioma castellano; pero Moratin está, respecto del carácter y de la intención del drama, á mucha distancia del autor inglés. No se decide á hablar el lenguaje franco, desnudo y natural de algunos personajes, en lo que él llama «diálogos groseros», y cae de ese modo, sin advertirlo, en la monótona uniformidad de entonación, que es uno de los más reparables yerros de la escuela pseudo-clásica francesa.

No siempre comprende la ironía, que es una de las cualidades esenciales del carácter del príncipe dinamarqués, y desnaturaliza no poco el drama original. Se descuida también á veces en la significación propia y genuina de las voces inglesas, y así, por ejemplo, llama caballos *bárbaros* á los ca-

vous dire combien je suis touché de votre bonté amicale. Votre départ d'ici m'afflige. Les jours de notre connaissance et de communication d'idées et de sentiments n'ont été que peu, á mon gré; mais ils m'ont donné un vif désir de pouvoir cultiver votre amitié. Je me suis flatté de l'espoir de voir souvent un ami natif de ce pays qui a été l'objet de mon admiration, mon intérêt et mon amour depuis ma jeunesse. (J'avais dix ou douze ans quand je lisais pour la première fois l'œuvre immortelle de Cervantes, ou au moins une ombre de *Don Quixote* dans la traduction de Mademoiselle Riche.)

«Mais tout cela est fini. Vous partez. Nous ne nous verrons jamais plus ici-bas. Je reste immobile dans mon pays, peut-être pour quelques années encore, s'il plaît á Dieu (*); mais je resterai toujours avec un souvenir cher de votre personne, de votre caractère aimable et naturel, et de votre intérêt pour ma patrie et pour le bonheur d'un pays maltraité par quelques grandes puissances, — mais qui toujours (ce qui est á remarquer) depuis des siècles a trouvé dans l'Espagne un état amical et allié.»

«Je vous prie, Monsieur, de vouloir me permettre de vous chercher encore une fois chez vous avant votre départ. Je m'acquitterai alors d'un devoir, en vous communiquant le peu de chose qu'on peut dire en Danemarque sur la personne illustre de *Hamlet* (ou *Amlét*).»

«Agréez, Monsieur le Ministre, l'assurance de ma considération la plus distinguée, et de la sincérité et du sentiment vrai et intime avec lequel je suis votre très-dévoüé.
C. MOLBECH.»

(*) Ocho años despues (Junio de 1857) falleció el ilustre y bondadoso CHRISTIAN MOLBECH. Fué catedrático de historia literaria en la Universidad de Copenhague, é individuo de la Academia de Ciencias de aquella capital. Escribió innumerables obras de historia, crítica, lexicografía, viajes, lingüística, etc., que alcanzaron boga y autoridad. Pueden contarse entre las principales: «Historia de la guerra de los Dánmarcos en 1500; Relaciones y cuadros de la historia de Dinamarca; Documentos relativos á la historia de la lengua y de las letras dinamarquesas; Lecciones sobre la poesía dinamarquesa; Glosario dinamarqués (Danak Glossarium); Cartas escritas en Suecia; Viajes; etc., etc.»

ballos *berberiscos*, que apuesta el rey contra Laertes en el acto quinto.

En donde más resalta lo torcidamente que el clásico Moratin entendía la índole peculiar y el alcance estético del *romántico* Shakspeare, es en la crítica desdichada de las notas á la traducción de *Hamlet*. Pondremos sólo dos ejemplos:

Todos los grandes críticos admiran la habilidad con que el poeta inglés emplea como resorte trágico, la intervención de espectros y seres sobrenaturales, especialmente la aparición, en las primeras escenas de *Hamlet*, del rey asesinado. De esta aparición puede decirse que arranca el drama entero. La inesperada y terrible revelación de ultratumba es la influencia poderosa que turba para siempre el alma meditabunda y pesimista del príncipe, que le hace vivir sin tregua entre los imponentes misterios del otro mundo y las tristes realidades del mundo presente; que le inspira el terror del abismo tenebroso en que puede lanzarle la realización de su venganza, la desconfianza y desvío para con sus semejantes, las acerbas dudas del cielo y de la tierra, el desprecio y la insultante ironía que brotan á cada paso de sus labios; cuanto constituye, en fin, el singular carácter de *Hamlet*. La aparición avasalla su mente y desencadena, por decirlo así, el torrente de pensamientos escépticos y sombríos que habia hecho nacer en su ánimo la audacia germánica de la Universidad de Vitenberg.

Del efecto escénico del espectro no hay que dudar. Lo ha demostrado la experiencia teatral de siglos enteros. El pueblo británico se siente sobrecogido de espanto ante la fatídica y majestuosa visión del Monarca, y esta emoción le dispone maravillosamente á comprender las extrañezas del carácter de *Hamlet*. Verdad es que los seres sobrenaturales que Shakspeare presenta en la escena, no son, como en el vulgo de los escritores que emplean medios mágicos, meras impresiones fantásticas ó facilidades del oficio para entretener y deslumbrar á los espectadores. En Shakspeare, los seres sobrenaturales, como la aparición del rey de Dinamarca, las brujas de *Macbeth*, la sombra de Banquo (presentados siempre con gran tino y sobriedad), son agentes trascendentales que forman parte de la esencia de la trama escénica, dominan el ánimo y están estrechamente ligados con los grandes intereses y con las pasiones del drama.

Moratin toma la sombra que aparece en el castillo de Elsenor como una simple ilusión del drama fantástico, y tan lejos está de concebir que aquella visión es elemento poderoso de tragedia sublime, que se atreve á escribir estas palabras:

«La aparición del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introducción de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo ménos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles.»

Despues de lo anteriormente explicado, son ociosos los comentarios (1).

Podemos señalar, para segundo ejemplo, la nota en que tributa Moratin grandes alabanzas al carácter cómico de Polonio. Dice entre otras cosas:

«El carácter de Polonio (lord chambelan del rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuánto deliró Shakspeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon: dicen también que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y también es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los efectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresión que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchín. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí.»

Nunca, en verdad, se ha presentado con más candorosa desnudez el enfático y artificial sistema doctrinal de los preceptistas pseudo-clásicos. ¿Cómo ha de comprender el teatro de Shakspeare quien así pretende poner coto á la verdad de la naturaleza y desfigurarla, cuando se trata de imitarla! ¡Con que es cierto que el carácter de Polonio es verdadero y consecuente, y que tales tipos de afectación y petulancia abundan en los palacios, y es yerro, sin embargo, introducirlos en la pintura fiel de una corte! ¡Qué ruin limitación daban al concepto del arte los que así pretendían, con pretexto de nobleza y elevación, hacer hablar á todo el mundo en la escena de un lenguaje encopetado y

(1) Hé aquí cuanto difiere de Moratin, acerca de la visión del rey de Dinamarca, el erudito Alejandro Buchner, uno de los críticos de estos tiempos que con más claro discernimiento y mayor copia de datos ha juzgado el mito de *Hamlet*:

«L'exposition de la pièce gagne beaucoup par le mystère tout dramatique qui enveloppe la mort du vieux roi et amène l'apparition de spectre. Cette apparition est conçue et mise á profit avec un art souverain qui ne peut appartenir qu'à Shakspeare. Il n'y a que la statue du Commandeur, dans *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, qui puisse être rapproché de «la Majesté du Danemark enterré» (Acte I, sc. 1); aussi les paroles que Don Juan et Hamlet adressent á ces fantômes terribles, sont-elles parfois identiques.»

elegante, y suprimir tipos verdaderos que, por lo mismo que no son dechados de grandeza moral é intelectual, forman contraste y realzan con él los grandes caracteres y las sublimidades del valor y del entendimiento! Y ¿dónde aprendieron los falsos clásicos esa triste poética, que tan enfadosa uniformidad da al lenguaje y á los personajes, y tanto amengua en las letras el cuadro vario y animado de la vida humana? No, ciertamente, en los verdaderos clásicos de la antigüedad, de quienes con harta presunción se juzgaban continuadores. La tragedia griega era sóbria, elevada y noble; mas no por ello se juzgaba reñida con la sencillez y la naturalidad de la verdad humana; y cuando lo requería el asunto, no se avergonzaba de expresar, á la manera de Homero, íntimas y familiares circunstancias. Una nodriza, en la sublime trilogía *La Orestia*, de Esquilo, refiere sin rebozo pormenores de un niño que exceden en llaneza á la desnudez descriptiva de los *naturalistas* de nuestra época.

Moratin, que no comprendió á *Hamlet*, no formó tampoco cabal concepto de Polonio. Este áulico magnate no es *figura de entremés*, como dice el insigne escritor castellano. Aunque insustancial hablador, tiene más circunspección y cordura de lo que á primera vista parece. Es un taimado egoísta, que esquiva todo cuanto puede comprometerle, y no se desvía nunca de la senda que á su interés conviene. Pedante, porque representa el conceptismo de los *eufuistas*, que estaba de moda en el palacio de Isabel, es tipo fiel del cortesano vulgar, á la vez lisonjero y ensimismado, tipo que cabe en el drama, como todo cuanto es verdadero y pinta una situación de la vida humana. Por otra parte, Polonio no es siempre charlatan palaciego; los consejos que da á su hijo Laertes, cuando éste sale para París, son de índole tan sana, tan discreta y tan caballerosa, que honrarian á cualquier hombre austero, esclavo de su honor y de sus deberes. Gervinus, el gran analizador alemán de Shakspeare, es poco favorable á la importancia intrínseca de Polonio. Pero otros en cambio, y Goethe entre ellos, descubren cierta sagacidad y hábil astucia en su conducta. Como quiera que sea, Polonio representa un vicio y una ridiculez social, y es evidente que, tal como le retrata la obra inglesa, no es, ni puede ser, bufon de entremés.

Hay una disculpa á la ceguedad de Moratin. Su corto alcance crítico con respecto á Shakspeare, fué universal durante siglos. Los literatos de su tiempo acusan al poeta inglés de vanidoso y de plagiarlo, ó hablan de sus obras dramáticas en términos de aprecio que frisan con la indiferencia.

Jorge Green, actor y poeta satírico y dramático, en un libelo titulado *Por dos ochavos de ingenio*, ataca reciamente á Shakspeare y hasta se burla de su nombre, formando con él punzantes equívocos; Marlow, dotado de esto vigoroso, gran helenista, colocado en primera línea por la opinión del público inglés, murió envidioso de la naciente gloria del poeta de Stratford; el erudito Ben Jonson, que sólo era superior á Shakspeare en estudios clásicos, le acusa, con torcida voluntad, de que sabia *poco latin* y ningún griego (*small latin and no greek*), frase con la cual Ben Jonson quería meramente dar á entender la inferioridad del saber de Shakspeare con respecto al suyo, y que, sin embargo, ha contribuido á la errada creencia rutinariamente propagada, de que el sublime dramaturgo era hombre de pocas letras. El escritor que sabe y entiende tan á fondo la historia de su patria; que forma en diez dramas como un gran poema nacional, y que estudia á Plutarco (aunque sea en la traducción francesa de Amyot, ó en la inglesa de Sir Thomas North); que analiza las lucubraciones filosóficas de Montaigne (1); que en *Coriolano* y *Julio César* retrata al pueblo romano con exacto y vigoroso pincel, que nunca llegaron á encontrar los ilustres poetas del neo-clasicismo francés, que tan falsa y enfáticamente lo pintaban; que estudiaba é imitaba á los más célebres escritores italianos, la mayor civilización literaria de su tiempo; que sacaba asuntos para sus dramas de comedias, leyendas y novelas francesas, latinas, italianas y españolas (2); que conocia cuanto se publicaba en Inglaterra: este escritor, decimos, que pasaba su vida engolfado en el estudio de los hechos, de los hombres y de las costumbres de los tiempos antiguos y modernos, esto es, en una atmósfera intelectual, ¿puede con justicia ser motejado de ignorante? Los que no eran más que eruditos y filólogos quedaron á gran distancia de él en la difícil ciencia

(1) En *La Tempesta* (acto I, esc. I) se halla libre y briosamente traducido el famoso pasaje de los *Canibales*, en que Montaigne (*Essais*, lib I, cap. XXX) se burla de la sociedad política y civil, de la *República* de Platon y de los utopistas. Rastros del espíritu y de los pensamientos del filósofo francés se encuentran asimismo en otros dramas de Shakspeare; por ejemplo, en *Hamlet*, sus ideas relativas á la amistad.

(2) Por ejemplo: *Tito Andronico*, de una de las leyendas latinas de la Edad media, á las cuales era aficionado su maestro de latinidad; los *Dos caballeros de Verona*, de la *Diana* de Montemayor; *¿Cuántos afanes por nada!* de la historia de *Ariadote* y *Ginebra*, del Ariosto; la *Comedia de los yerros*, de los *Menecmos*, de Plauto; *Cimbelina*, de un cuento de Boccaccio; *Romeo y Julieta* y *Otelo*, de las historias de Giraldo Cyntio, Bandelli, etc.; *El mercader de Venecia*, de los cuentos de Giovanni Fiorentino, ardiente güelfo, llamado *Il Pecorone*, etc.

de comprender el hondo sentido de la historia, de las ideas y de los sentimientos humanos (1).

Los escritores que hemos citado, detractores de Shakspeare, eran también poetas dramáticos, y, como suele acontecer entre gentes de una misma profesión, sus enemigos y rivales. Pero otros escritores contemporáneos, que no abrigaban hostiles prevenciones contra el gran poeta, hablan de él, sin embargo, como de un ingenio adocenado, digno de mera estimación. Así dice uno de ellos, Tomás Nash, que escribió curiosísimas relaciones y anécdotas acerca del teatro y de las costumbres teatrales de aquella época: «El autor de la obra es un tal Guillermo Shakspeare, que há dos años se ha retirado al campo, y que no carece de ingenio.... Empezó por ser comediante, agradó al público, y hasta 1592 se contentó con refundir comedias y tragedias de sus antecesores. Suscitó envidia aquella fama fundada en raspaduras y en versos añadidos... No me negaría yo á admirar su talento de poeta si no hubiera compuesto dramas para vivir; los dramas lo han perdido. ¡Cuán bellos son sus poemas *Vénus y Adónis* y *El Forzamiento de Lucrecia*! No hay en Londres una dama galante que no los tenga sobre su mesa. Es primoroso petrarquismo; resplandecen los pensamientos y las palabras; nada está expresado con llaneza. Pero nuestro autor deseaba enriquecerse y se engolfó en el teatro, lo cual le ha privado de una parte de la gloria debida á su ingenio.»

Así juzgaban á Shakspeare sus contemporáneos más benévolos. ¡Rémora y estorbo el teatro para la gloria del incomparable poeta dramático! La reina Isabel de Inglaterra, que, aunque de índole aviesa y cruel, se pagaba mucho de la cultura literaria, escribía sonetos imitando á Petrarca, y sabía hablar latin como varias damas de su corte, admiraba y protegía á Shakspeare, y le defendía contra los puritanos, que odiaban al poeta y le causaban continuas vejaciones. El ilustrado conde de Southampton, gran soldado y estadista, no sólo le otorgó desde luego su protección abierta y generosa, sino que llegó á profesarle la más entrañable amistad. Otros magnates imitaron á Southampton; algunos literatos graves, muy contados, comprendieron que el actor poeta era hombre de maravilloso vuelo intelectual. Más adelante, preponderó de tal modo la literatura erudita y artificial sobre la literatura espontánea é inspirada, que ni el sublime Milton ni el brillante Pope vieron en Shakspeare sino un ingenio tan penetrante y vivo como desordenado y rudo.

A mediados del siglo XVIII, el sábio Samuel Johnson, dechado de filólogos y lexicógrafos, que hace una magnífica edición de las obras del eximio poeta de Stratford, declara con laudable lisura que no le es dado comprender el carácter de Hamlet. Voltaire no es tan circunspecto ni tan comedido; ciego con los *infalibles* principios de Boileau, y exasperado con el eco que empezaba á tener en Francia el renombre de Shakspeare, declara que el *Hamlet*, creación magistral de un filósofo, parece «obra de un salvaje borracho.»

Lo verdaderamente salvaje es aquí la bárbara soberbia de Voltaire.

¡Qué mucho que Moratin, que veía el arte en pequeño, y aplicaba al teatro del poeta británico dogmas convencionales, que no le eran en manera alguna aplicables, se confundiera, como se había confundido la Europa docta durante dos siglos, ante un estudio psicológico, llevado al teatro con una audacia desconocida hasta Shakspeare, y se atreviera á traducir de un idioma teutónico, intraducible en idiomas latinos, con frase atildada y acicalada y uniforme estilo, una de las obras literarias escritas con el mayor desenfado y variedad de entonación y lenguaje que ha producido el arte

(1) Schlegel y Philarète Chasles, entre otros ilustres críticos, han rechazado la nota de ignorante con que los adversarios del teatro inglés han querido desautorizar á Shakspeare.

Dice Schlegel: «Si era pobre en nociones de pura erudición, era rico en conocimientos vivos y aplicables. Sabía el latin y aun el griego. Su afición no le inclinaba al estudio de las palabras, sino al de los hechos. Estaba, en cambio, muy versado en la literatura inglesa, ya enriquecida con innumerables traducciones, y puede afirmarse que había leído cuanto existía en su idioma y podía servir para sus concepciones dramáticas. La mitología le era familiar. Había penetrado el espíritu de la historia romana. Shakspeare observaba la naturaleza con profunda atención. Poseía el idioma técnico de profesiones y oficios. Se informaba por medio de los navegantes de las cosas concernientes á las naciones extranjeras, y estaba instruido á fondo en las costumbres populares, opiniones y tradiciones de su país.»

Dice Philarète Chasles: «Il ne vivait pas à la taverne, comme Ben Jonson; il habitait un petit logement près de la rivière, et s'y retirait sans doute de fort bonne heure; sa vie était laborieuse... C'était un érudit pour son temps, un de ces érudits qui, sentant son ignorance fondamentale, essaient de la réparer le plus tôt possible et s'arment d'une infatigable curiosité. S'il n'avait pas le temps de devenir *fort en grec*, et de s'arrêter à l'écorce de l'érudition, il en cherchait la moelle et la sève; il lisait sans cesse et se mettait au courant de toutes choses... Tout génie qu'il fût, il étudiait; il s'était fait savant tout seul. Contes, histoires, drames, chroniques, œuvres théologiques, poésies, tout ce que la presse du XVI^e siècle imprimait, il le lisait; et ses drames sont encore une véritable encyclopédie de ce temps-là.»

escénico, libre y nacional, de Inglaterra y de España! (1)

La traducción está hecha de buena fé y con esmero. Moratin admiraba, si bien con grandes restricciones pseudo-clásicas, el ingenio de Shakspeare, aunque solo á medias le comprendía. Pero ¡triste efecto de los errores aprendidos! La versión del admirador parece la versión de un enemigo (2).

Quien nunca se equivocó con respecto á los dramas de Shakspeare fué el pueblo inglés. Ese crítico indocto, que, exento de prevenciones doctrinales ó personales, iba al teatro, no como ahora, á analizar y censurar, sino á gozar de las impresiones risueñas ó conmovedoras del arte, sentía y comprendía de lleno la energía, la gracia, la pasión, los fantásticos vuelos que rebosan en las inmortales obras de aquel grande hombre.

No sólo veía en ellas el movimiento eterno de los afectos de la humanidad, descubría además que la vista histórica ó leyendaria allí retratada era su propia vida, esto es, la existencia intrínseca y tradicional de la raza británica. Se han modificado, por la acción destructora del tiempo, idioma, costumbres, leyes, ideas. El pueblo inglés, fuera del período en que el fanatismo tiránico de los puritanos, que proscibió las Bellas Artes, interrumpió las representaciones dramáticas, no ha dejado nunca de acudir al teatro para rendir culto de admiración y entusiasmo á su autor favorito. Como en Esquilo y en Sófocles, en Calderon y en Tirso, en Corneille, en Molière, en Schiller, es en Shakspeare tan fiel, animada é intensa la pintura del fondo humano, que el hombre se reconoce siempre en ella, y por eso viven y vivirán, por más que la corriente de las edades y el cambio de idiomas, de pueblos, de civilizaciones las despojen de no escasa parte de su primitivo y genuino embeleso.

Necesario ha sido que los grandes críticos alemanes Lessing, Schlegel y Goethe hagan triunfar la estética de la razón y de la naturaleza de la estética de la convención y del artificio, para que la Europa aparte de sus ojos el velo con que estrechas poéticas le encubrían la verdadera belleza, y haya llegado á comprender que aquel vulgo ignorante, que admiraba á Shakspeare y á Calderon con incansable perseverancia, tenía más intuitiva ciencia crítica que los arrogantes filólogos legisladores que ponían al ingenio vallas que no le pusieron ni Dios, ni el buen sentido, ni la libertad de las artes y de las letras.

Shakspeare reina hoy día en el mundo literario como la más alta y esplendente lumbrera. Nosotros no titubeamos en declarar, sin hacer agravio á los mayores ingenios de los tiempos antiguos y modernos, que, á nuestro juicio, por la energía sublime de sus concepciones, por su carácter universal, por la nobleza y vuelo de su fantasía, por la viva penetración con que ve y analiza el corazón humano, por la variedad de sus facultades creadoras, por el alcance psicológico, por la fuerza y gala de la poesía, nos parece que ha estampado en la dramática más hondamente que otro alguno el augusto sello del génio.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

Deva 1.º de Agosto de 1881.

LOS SÁBIOS DE EUROPA

Y LOS BÁRBAROS DE AMÉRICA.

Hallándome en París cuando apareció la *Graziela*, de Lamartine, en momentos en que el nuevo Belisario pedía una limosna, la traduje, destinando el producto de la venta del pequeño libro impreso en español, á la suscripción iniciada en algunos puntos de América para responder al llamamiento del autor inmortal de *Jocelin*.

Con este motivo me escribió una preciosa carta, que figura entre las páginas de mi *album*, diciéndome, «que tendría placer en conocerme personalmente y hablar un poco sobre aquellos encantadores países de América, tan poco conocidos y tan peor juzgados en Europa.»

La invitación del gran poeta tenía para mí un doble encanto: el de verle en la hora de sus padecimientos, y el de oírle hablar sobre aquella América risueña, que bien pueden llamar *encantada* los que conozcan la majestad imponente de su naturaleza, lo maravilloso de su creación, la índole de aquellos pueblos, destinados con el andar del tiempo á realizar todos los ideales de la humanidad.

(1) Schlegel, que hizo en alemán admirables traducciones de las principales obras de Shakspeare, dice: «La imposibilidad de una versión fiel, impedirá acaso para siempre que el Mediodía de Europa haga justicia á este poeta.»

(2) En un estudio especial sobre la imposibilidad de reproducir á Shakspeare en los idiomas neo-latinos, dice el agudísimo escritor Philarète Chasles: «La traducción literal est plus trompeuse que l'infidélité: elle prétend être vraie, et elle ment... Tel est l'étrange dilemme qui obsède tout traducteur gallo-romain, italo-romain, hispano-romain, de chefs-d'œuvre dans lesquels respire l'essence de la vie teutonienne: ou draper à l'espagnole, à l'italienne, à la française le colosse ennemi; ou le montrer nu, d'une nudité sans grâce. La traduction littérale est un sacrilège; la transformation élégante, un mensonge.»

Asistí, pues, á la cita lleno de placer y curiosidad.

El anciano estaba materialmente postrado por las dolencias que poco despues le llevaron á la tumba; pero en sus ojos conservaba aquella dulzura angelical que hacian de su mirada tierna y expresiva algo como una fascinación irresistible.

Despues de hablar de *Graziela*, de su enfermedad, de su situación financiera, que tanto parecia preocuparle, me dijo:

—Pero dígame usted: ¿qué idioma hablan ustedes en *La Plata*? ¿No es el francés?!!!

Los que lean estas líneas comprenderán la sorpresa, y podrá decir el dolor, con que escuché la pregunta de Lamartine.

¿Cómo! ¿Un hombre de su talla, de su talento y estudios, ignoraba que en América se hablaba el español?

¿Cómo, un hombre que había sido en su patria ministro de Negocios Extranjeros, creía que en las Repúblicas del Plata se hablaba el francés?...

Fueron aquellas para mí, una advertencia y una lección, que me hicieron comprender, que á partir de aquel momento ya no debían ni podían sorprenderme, todos los absurdos, todas las injusticias, y aún las infamias, que en Europa pudiesen decirse ó escribirse sobre los pueblos de América.

Y en efecto: podría formar un volumen de quinientas páginas, con la colección de artículos que desde entonces he publicado en la prensa francesa, italiana, española y portuguesa, rectificando la série de inexactitudes que muchos sábios europeos han escrito sobre las Repúblicas americanas, sin exceptuar á Julio Verne, que en una de sus novelas, describiendo países que jamás ha visitado, convierte á *Santiago*, capital de Chile, en puerto de mar, y dá á un general el nombre de una ciudad.

A esta clase de sábios pertenecen unas palabras que voy á copiar, tomadas de *El Soleil*, diario de París, que aún cuando no tenga importancia ni significación ninguna en aquella prensa, no puedo pasar en silencio, para demostrar una vez más, que la ignorancia de Lamartine sobre las condiciones de vida de nuestra América, tiene herederos en su patria, y que á pesar de hacer Francia con la República Argentina un comercio de más de *trescientos millones de francos* anuales, y de existir en su territorio cerca de cien mil franceses, hay diarios que dicen absurdos de este calibre:

«En esta pequeña República de la América del Sur no existe, por decirlo así, gobierno; los impuestos no se perciben; no hay medios de comunicación; la población vive en la holgazanería, y, por otra parte, ¿qué encontraría ella que hacer en los pantanos Argentinos?»

«Todo está por hacerse en la República Argentina, y correrá tiempo antes que se haga algo.»

Estas son las palabras del dichoso *Soleil*, que más bien debiera llamarse *Ténébres*, pues no cuadra, por cierto, un nombre lleno de luz al diario que hace tan repugnante alarde de vivir en la más completa oscuridad.

Llama pequeña á la República Argentina, y su territorio es dos veces más grande que el de Francia, pues tiene más de siete millones de kilómetros cuadrados.

¡Y así se escribe la historia!

Agrega el *Soleil* que, por decirlo así, *no existe Gobierno en esa pequeña república.*

Esto es lo mismo que decir que no existe la luz, y que en el mundo no hay hombres.

Si por algo llama hoy la atención aquel país, si por algo la República Argentina ha conquistado las simpatías y el respeto de la Europa entera, y de la misma Francia, es precisamente por la estabilidad de sus Gobiernos y por la manera regular como se suceden.

Despues de la batalla de *Pavón*, que puso fin á las disidencias entre la provincia de Buenos Aires y el Gobierno del general Urquiza, la república ha tenido cuatro presidencias constitucionales.

La de Mitre.

La de Sarmiento.

La de Avellaneda, y actualmente la de Roca.

Cada presidencia dura seis años.

La renovación de estos poderes se ha hecho libremente, levantando cada partido sus candidatos, y verificándose las elecciones generales en nombre de la libertad, que ha tomado domicilio en la República Argentina, no como un viajero que va de paso, sino como el dueño de casa que vive en sus dominios.

Con estos presidentes han gobernado los hombres más eminentes del país, habiendo hecho administraciones constitucionales, y que, prescindiendo de las opiniones políticas de cada una, pueden citarse como ejemplo de moralidad, tanto porque ellas no han gastado un centavo de los dineros del pueblo sin ser votados por el Congreso, cuanto porque todas esas administraciones han obrado siempre dentro de los límites de la ley, como puede hacerlo la más perfecta de las administraciones europeas, y como seguramente no lo hacen muchas de ellas.

Entonces, ¿cómo puede haber un escritor—sea quien sea—que hablando de la República Argentina, pueda tener la audacia y el cinismo de decir: *que allí no existe Gobierno por decirlo así?*

¿Qué constituye un Gobierno en cualquier país civilizado?

¿No es la elección libre del jefe del Estado?

¿No es su posesión del mando, de acuerdo con los preceptos constitucionales?

¿No es la organización del personal del Gobierno, en la forma prescrita por la ley?

¿No es el ejercicio tranquilo del poder, sometido á los preceptos marcados por leyes generales y especiales?

¿No es la noble y legítima ambición de trabajar por el bien de la comunidad, haciendo de su justicia una verdad?

Pues todo eso ha existido en los Gobiernos, y todo eso han sido los Gobiernos de la *pequeña República Argentina*, dos veces más grande que Francia.

Sigue *Le Soleil*:

«Los impuestos no se perciben; no hay medios de comunicación; la población vive en el ocio, y por otra parte, qué haría ella en los pantanosos esteros argentinos?»

¿De veras, eh?

Oiga lo que le voy á contestar con una palabra más autorizada que la mía: la del presidente de la *pequeña República*.

En el notable Mensaje pasado al Congreso, en Mayo, hablando sobre esos impuestos que dice *Le Soleil* no se perciben, dice el general Roca:

«La renta recaudada en 1881 ha excedido de veinte y tres millones y medio de pesos fuertes, y lo percibido en el primer trimestre de este año garantiza que la de 1882 se aproximará á veinte y seis millones.

«El comercio internacional ha aumentado un quince por ciento sobre el año de 1880, figurando la importación por pesos 54.174.204, la exportación por pesos 56.896.194, y el despacho de mercaderías en tránsito por pesos 5.360.609, lo que da por una parte un total de pesos 116.431.007, y comparativamente entre 1880 con 1881, un exceso de pesos 14.245.169, en favor de este último año.

«Once mil seiscientos noventa y un buques entrados en nuestros puertos, han servido á un movimiento de 2.579.361 toneladas de productos de importación y exportación.

«En este tráfico se nota un aumento sobre el año anterior de 336.779 toneladas.

«En el presente año, el comercio de la República se inició aún bajo mejores auspicios, pues en el primer trimestre transcurrido se ha exportado un valor de 22.355.091 pesos de nuestros productos sujetos al pago de derechos, y se ha importado la suma de pesos 13.243.965 de mercaderías igualmente gravadas por derechos de Aduana; lo que da en el período de tiempo mencionado un comercio de pesos 35.599.056, sin que en esta cifra estén comprendidos el comercio de tránsito, ni las mercaderías que se importan ó exportan libres de derechos.»

Ya ve *Le Soleil*, ¡cómo no se perciben los impuestos en la *pequeña República Argentina*, en la que, según él, *no hay vías de comunicación!*!

Contesta el presidente en su Mensaje:

«La corriente de nuestras comunicaciones ha aumentado en proporciones considerables, excediendo á los cálculos que con prudente prevision se formaron en el año anterior.

«Así, mientras que en el año de 1880 se cambiaron con Europa y demás naciones dos millones trescientas noventa mil piezas de correspondencia, en el año de 1881 ha subido este número á tres millones quinientas setenta mil piezas, quedando un aumento de un millón ciento ochenta mil.

«La comunicación interprovincial presenta un aumento análogo en el año anterior, manifestando un progreso notable en las relaciones comerciales de nuestros pueblos interiores.

«En 1880 giraron por los correos nacionales ocho millones setecientas cuarenta y seis mil piezas, mientras que en el año 81 ha subido esta cifra á doce millones doscientas ochenta y cinco mil.

«Resultado de esta manera un exceso de correspondencia general en el año que acaba de transcurrir de cuatro millones seiscientas mil piezas.

«La comunicación telegráfica ha experimentado igualmente un incremento análogo, excediendo en ciento veinte y cinco mil los despachos telegráficos de 1881 sobre los de 1880.

«Existen en el territorio de la República actualmente siete mil ochenta y siete kilómetros de líneas de propiedad nacional, cuyos hilos alcanzan á catorce mil seiscientos veinte y siete kilómetros,—mil novecientos kilómetros de propiedad de la provincia de Buenos-Aires y dos mil quinientos treinta de propiedad particular, que hacen un total de once mil cuatrocientos ochenta y siete kilómetros.

«En este número figuran como recientemente agregadas las nuevas líneas tendidas sobre toda la extensión del Rio Negro hasta el Paso de los Indios sobre el Agrio, y la línea subfluvial y terrestre entre esta Capital y la Isla de Martín García.»

Y para probar que la *pequeña República* no tiene medios de comunicación, el presidente se permite continuar de esta manera:

«Cuenta al presente la República con diez líneas de ferro-carriles que recorren una extensión de dos mil quinientos noventa kilómetros. Tres pertenecen á la nación, otras tres están garantidas por ella, y de las cuatro restantes, una es de la provincia de Buenos Aires y tres de empresas particulares.

«Hay, además, en construcción y estudio diferentes líneas con dos mil setecientos setenta y siete kilómetros, pudiendo por consiguiente, asegurarse que en poco tiempo más la República tendrá una extensión de cinco mil trescientos setenta y siete kilómetros de vía férrea que la cruzarán en todas direcciones.

«Los trabajos de los ferro-carriles en construcción siguen con toda actividad. Llega ya la locomotora á San Luis, y los

terraplenes de este punto á la villa de La Paz, están prontos para recibir los rails en una extensión de sesenta kilómetros.

«Las líneas del Andino y Central Norte recibirán dentro de poco tiempo el nuevo tren rodante que exigen las necesidades del comercio, cada día mayores.

«Vienen destinadas para el primero 16 locomotoras y 200 wagoes, y para el segundo 12 locomotoras, 400 wagoes y los herrajes necesarios para 50 que se construyen en Córdoba.

«Las obras del ferro-caril del Norte han estado un poco retardadas á causa de las lluvias que en la estación del verano son tan copiosas en Tucuman, y por otros inconvenientes insuperables. Pero hoy quedan todos salvados, y los trabajos empiezan á recibir un poderoso impulso. Se han tomado medidas para aumentar el número de trabajadores, que á la fecha sube á novecientos, y se provee convenientemente á la Dirección de todos los elementos necesarios.

«Me es grato también anunciaros que en poco tiempo más se dará principio á la construcción del ramal que debe ligar la ciudad de Santiago con el Central Norte.

«La línea directa de Frias á Santiago comprende 131.265 metros, y su costo se calcula en 1.469.555 pesos.

«La longitud de la variante aproximándose á Loreto, tiene 162.247 metros y el presupuesto sube á 1.860.432 pesos.

«Por decreto de 7 de Febrero se ha dispuesto que el Departamento de Ingenieros haga practicar los estudios ordenados por la ley de 23 de Agosto de 1881 para la línea que debe unir la del Central Norte con las ciudades de Catamarca y la Rioja.»

Me parece que bastarían estas transcripciones para que los pocos que hayan podido leer el artículo del *Soleil* tengan una idea de los conocimientos de ese *sabio* europeo, al hablar de uno de los pueblos salvajes de América; pero como ese buen señor es francés, le diré que, según las últimas estadísticas oficiales de su Gobierno, la República Argentina *sola* hace un comercio con su patria, más importante que todas las demás repúblicas americanas juntas; que á aquella *pequeña* república *sin comunicaciones*, van de Europa como doscientos vapores mensuales; que un mes con otro entran allí de seis ú ocho mil inmigrantes; que el crédito de ese país, donde «puede decirse que no existe Gobierno», según la afirmación del *Soleil*, que un empréstito de veinte millones de duros, lanzado por los agentes del Gobierno Argentino al mercado de París, *fué cubierto diez y ocho veces!*

Y para que el citado periódico conozca la opinión de personas competentes, que hablan de lo que han visto, le citaré aquí algunas palabras de un hombre que tiene autoridad en toda Europa.

Hablando sobre las condiciones de vida que los que emigran encuentran en la *pequeña* república, dos veces más grande que Francia, el ilustre vizconde de San Juanario, que hace dos años la visitó, viniendo después á ocupar el puesto de ministro de la Marina en el vecino reino de Portugal, dice lo siguiente:

«Cuando la emigración se dirige hácia climas insalubres, cada habitante que sucumbe, representa un capital que se destruye y entonces hay una verdadera pérdida para la nación de su proveniencia, así conviene dirigir con inteligencia este gran movimiento social, de suerte que la corriente de las fuerzas se emplee con la más grande utilidad posible y no vayan á aniquilarse estérilmente. La República Argentina es un hospitalario y vasto país, donde el proletario del viejo mundo podrá recobrar con la ayuda de la abundancia de los recursos materiales la dignidad moral que la miseria oscurece; donde muchas llagas sociales sangrientas de las naciones europeas deberán ser curadas; donde el trabajo es acogido como el convidado de una fiesta y no como un concurrente odioso del que se desconfía y que se desea eliminar. Los portugueses que lo habitan, casi todos llegados del Brasil, de donde los ha arrojado el clima homicida, viven en una situación próspera y afortunada; ellos bendicen su nueva patria y están á la cabeza del comercio importante que debemos en un porvenir próximo, mantener con esta nación próspera. Adjunto á éste, envío la ley de colonización y de emigración que rige en este país. Esta ley ha sido dictada con la intención de impedir la explotación del colono ó del emigrante por las empresas de colonización ó por particulares ricos. Los ejemplos dolorosos de la esclavitud de blancos, dados por otros países americanos, son imposibles aquí; una justa libertad, garante á cada uno el libre ejercicio de sus facultades, y el trabajo que no ha sido jamás envilecido, conserva la alta nobleza que le pertenece.»

«Es así que la República Argentina progresa en la existencia gloriosa y afortunada de una nación verdaderamente libre, llena de la fuerza expansiva de la juventud y acogiéndolo en su seno las tristezas, las miserias y las opresiones de la Europa, para transformarlas en alegría, en riqueza y en libertad. En las riberas del Paraná los rusos, que huyen del Knout sienten que en estas fértiles provincias no están ya bajo el yugo de la tiranía; el socialista alemán llega á ser un agricultor tranquilo y amigo del orden, y por todo el país, los que han sentido el aguijón del sufrimiento social en las naciones donde la población encerrada en límites estrechos jime en una dolorosa anemia, son consolados por esta alegría serena que nace de la contemplación de la vida, de la fuerza, de la salud y de la confianza en el porvenir.»

Lo repito: el que esto dice en tan bello lenguaje, lenguaje que parece inspirado en las emociones por el viajero experimentadas al contemplar aquel cuadro espléndido de una nación que crece en el trabajo y la libertad, ha visto la República Argentina, la ha estudiado, y fruto de las observaciones desapasionadas son esas palabras, que ponen de relieve la ignorancia y la mala fé del que, quizás por *chantage*, ha tenido el cinismo de ha-

blar de un país que no conoce, ni sabe siquiera donde se halla situado, en los términos ridículos en que lo ha hecho.

Admito que cuando un escritor habla de un país que no conoce, ya sea por referencias, ya por lo que antes que él hayan dicho otros escritores, pueda cometer errores; pero, lo que no comprendo ni menos admito, es que un periodista—llamado por el sacerdocio que ejerce á ilustrar la opinión, y enseñar á los que no saben—tenga la audacia de falsear la historia, los hechos, y todo cuanto se relaciona con la existencia de una nación, como acaba de hacer el redactor del *Soleil*, á quien, para conocer lo que pasa en la República Argentina, me limito á pedirle, que lea lo que sobre ella escribe, todos los días, su colega el *Courrier de la Plata*.

HÉCTOR F. VARELA.

¿POR QUÉ NO SE DESESTANCA EL TABACO EN LA PENÍNSULA?

I

Hé aquí una pregunta que se oye con frecuencia, cuya respuesta parece difícil, si se atiende al poco aprecio que de la misma hacen los que por su posición y conocimientos debieran contestarla.

Creo llegado el momento de abordar la cuestión, de poner de relieve sus deformidades, el resultado que al Tesoro nacional proporciona y los males que produce á la riqueza pública y al provechoso fomento de las relaciones de la gran familia española.

No se harán esperar mucho las elecciones para Diputados aquí y en Puerto Rico. A los que tengan la honra de merecer la confianza de sus conciudadanos, van encaminadas mis razones. Para ellos es el trabajo que doy á luz, no porque no los considere inspirados por las más laudables intenciones, sino como recordatorio en el mar agitado donde van á entrar. Fíjense en la importancia del asunto, en la inmensa trascendencia que reviste, no solo para Cuba y su hermana de las Antillas, sino también para los intereses de la Metrópoli. No les arredre la lucha que tendrán que sostener: les sobrarán aliados que quieran compartir la gloria de la empresa, y sobre todo, confíen en el temple de sus armas y en la justicia de su causa.

Entremos desde luego en materia, y basta de exordio.

Desde hace muchos años tengo el hábito de indagar; mi espíritu, aficionado al análisis, ha hecho fijar mi atención en materias que suelen ofrecer poco interés á inteligencias superiores á la mía; pero que muchas de ellas entrañan problemas gravísimos, dignos de estudiarse por los primeros estadistas de la nación. Es cierto que no han quedado en abandono completo, pero también lo es, que nadie lo ha hecho con la perseverancia y valentía que son necesarias.

Antes de conocer las razones por las cuales se sostiene el estanco del tabaco en la Península y Filipinas, me preguntaba, como muchos: ¿Por qué subsiste esa aberración económica? ¿Por qué vive ese sistema, que empezando por atacar la propiedad, concluye por ser el envenenador de la salud pública? Causas insuperables debe de haber, razones de interés nacional que están muchas veces por sobre la ciencia y la justicia, cuando se suceden unas á otras las Administraciones, unos á otros los Gobiernos y ninguno se atreve á tocar, á poner sus manos sobre ese ídolo, que no es de oro, sino de barro grosero y deleznable, incapaz de resistir el más pequeño embate de la razón y del interés público.

Por el año de 1868, haciendo una visita á la fábrica de tabacos de Sevilla, me encontré con un ilustradísimo ingeniero que habia conocido en Madrid, y que hacia muy poco tiempo habia sido nombrado director general de estancadas.

Al exponerle los grandes bienes que á mi país natal (Galicia) reportaría el desestanco de la sal, dando impulso á la industria pecuaria y á la de salazon á la vez, le preguntaba qué razones habia para no hacer lo mismo con el tabaco. Le recordé lo que sobre la materia se habia escrito: le hice la observación de la justicia que envolvía el estanco del tabaco para nuestras colonias, pues tal producto era uno de los principales de su riqueza y, en fin, todos los males que yo veía como corolario del sistema. Su opinión estuvo conforme con la mía; pero todo se estrella ante el miedo y el *personalismo*, me contestó. Ya yo conocía esto de tiempo atrás. Habia leído á varios y respetables publicistas que tratando del asunto con datos estadísticos, hacían ver que la renta, en lugar de resentirse, ganaría considerablemente; no obstante, á pesar de mis propias observaciones y de la respetable opinión de otros varios, siempre vacilé. Porque, repito, me hacia siempre la misma pregunta. Cuando tantos Gobiernos se han sucedido y ninguno se atrevió á suprimir el estanco, algo importante, importantísimo, grave, gravísimo encierra; pero olvidaba que si bien ese criterio parece justo respecto á casi todas las naciones (con dolor lo digo) tratándose de los Gobiernos de España, parece ilusorio.

Allí donde los intereses más respetables de la patria se han subordinado á los intereses personales; allí donde hasta la exigencia de una individualidad política, para matar ó torcer la dirección del

comercio; allí donde caen Gobiernos por cuestiones personales y no por principios, era una obcecación de mi parte no haber visto hasta entonces la verdadera causa. Así vino á hacérmelo comprender dicho señor: sus autorizados labios, autorizados con guarismos que no dejaban lugar á duda, me demostraron la verdad del juicio que hoy me atrevo á hacer público.

Debiera ser la renta del tabaco fuente de grandes recursos, pero con el estanco, estos son en gran parte ilusorios.

El Estado es importador de la materia, fabricante y expendedor.

Como importador, lo hace de la manera siguiente:

Los doce millones de kilogramos de tabaco que prudencialmente se puede calcular necesita el Gobierno para el consumo del país, los adquiere en esta forma:

Filipinas da el mayor contingente, luego los Estados Unidos, y por último, Cuba y Puerto-Rico.

Filipinas, una de las más vastas é importantes colonias que conserva España, llave del mar de China, con una población de más de seis millones de habitantes, con ricos y variados productos, cuyo porvenir, si los gobiernos se inspirasen en una política levantada y progresiva, compensaría la pérdida del que fué su grande imperio colonial, á merced del espíritu rutinario, anti-económico que preside nuestros destinos, tenía allí el tabaco estancado. Aún se ejercía el derecho de *tasa* como si estuviésemos en el siglo diez y seis y se abrogaba la facultad de justipreciar el producto de aquellos agricultores que no tienen la emulación de la competencia; por consiguiente, no tenían interés alguno en mejorar sus cultivos: buenos ó malos, sabían que no tienen más comprador que el Gobierno, y este lo mismo aprecia su mercancía en unas ú otras condiciones, para fijarle su valor.

A parte de la injusticia que envuelve este procedimiento, vienen otra multitud de males cuya exposición excuso por no inferir un agravio á la ilustración de mis lectores. Basta señalar el vicio para verlo en toda su deformidad.

El segundo procedimiento de que hace uso el Gobierno para la adquisición del tabaco norteamericano y el de Cuba y Puerto-Rico, es el sistema de las contrataciones en licitación pública.

Para hacer frente á estas contrataciones son necesarios, ó grandes recursos propios, ó grande osadía. La experiencia nos ha demostrado, bien á costa de la fortuna pública, que suele privar más á menudo el último extremo que el primero.

Grandes fortunas hemos visto improvisadas con bien exiguos recursos, y á sus afortunados y valientes mantenedores llegar á las alturas de la riqueza y del valimiento.

No culpo yo á estos, sino á la ley que da lugar á tales escándalos. No hay árbol podrido, que dé sano fruto. Es ley de naturaleza.

No puede ser el Estado comerciante, industrial y agricultor á la vez, sin que á la larga no se corrompa. Cuando éste se separa de las funciones de regulador y viene con sus armas á hacer la competencia á aquello que es y debe ser de la iniciativa particular, se convierte en el mercachife más sin entrañas y en piedra de escándalo de los pueblos.

Por eso vereis lo que convendría ocultar aún á vuestras propias miradas.

Voy á citar un ejemplo, para que se pueda apreciar cómo ejerce el Estado sus funciones de importador.

Ya he dicho en la forma que contrata su tabaco de Virginia, el de Cuba y Puerto-Rico.

Pues bien: hace muy corto tiempo que se verificó en Madrid, y creo que simultáneamente, la contrata del suministro del tabaco que el Gobierno adquiere de los pueblos citados.

Voy solo á poner á la vista, lo que con una pequeña parte de este tabaco ocurrió.

No llegaba á tres millones de pesos su valor, y se obtuvo una diferencia de setecientos mil pesos de rebaja, comparado el tipo de esta contrata, con la que acababa de terminar.

Este resultado se debió al pique ó emulación que hoy existe, entre dos poderosas casas de España. El resto, ó sea el de la Vuelta-Abajo y Virginia, sufrió análoga diferencia.

¿No dice esto bastante? ¿No se pone bien de relieve, que el Estado, cuando se separa de sus funciones, cuando se mete á comerciante, lo hace siempre mal y dá origen al aumento de inmoralidad?

Ya lo vemos: como importador, le cuesta el doble que á la industria privada y le dan la mercancía que no quiere nadie.

No quiero ahondar más la llaga: basta con esta indicación, dejando por ahora de señalar otra porción de vicios y chanchullos, si bien todo buen ciudadano tiene el deber de denunciar á la opinión pública, los males y escándalos que conozca.

Ahora juzguemos el procedimiento industrial.

Existen para la preparación y laboreo del tabaco hasta ponerlo en condiciones de venta, diferentes establecimientos ó fábricas, en Madrid, Sevilla, Alicante, Coruña y Valencia. Allí, por medios rutinarios y en grandes galéras, se tuerce la hoja que va luego á envenenar al público, con diferentes nombres á cuál más gráficos; *Coraceros, Orovios, Tagarminas y Pitillos* que unido á su calidad infernal, cuestan un ojo de la cara. Pasan años y más años y si se ve alguna alteración y cambio, es para hacerlos más malos y caros.

Su expendio, repartido en todos los pueblos y aldeas de la Península, está al cargo de personas que la mayor parte de las veces lo obtienen por los servicios electorales que prestan al Gobierno, y es causa, como es consiguiente, de perpétua inmoralidad. A estos estancos se les abona una comisión de un tanto por ciento.

Uno de los defectos que tiene este sistema de expendio consiste, en que como los estancos se ven escudados por los elementos oficiales, suelen ser poco atentos con el público, y al cambiar su mercancía las hacen lo más de las veces como si hicieran un favor, y no como un cambio remunerado, siendo frecuentes las disputas entre comprador y vendedor.

El primero exige se le dé lo que le gusta, y el segundo pretende dar lo que se le antoja. Y como el comprador no tiene el recurso de ir á otro lado para buscar en la competencia la mejora del artículo, tiene siempre que resignarse con lo que al Estado le place vender.

Ahora, para completar el cuadro de todo este sistema, complicadísimo en extremo, y que pasa por tantas y tan diferentes manos, nos falta juzgar su administración, que se halla organizada como sigue:

Administración de estancos, cuya residencia está en Madrid; administraciones de provincia; administraciones en cada una de las fábricas, numeroso personal de carabineros para las costas y puertos; multitud de barquitos del resguardo, cuyo objeto principal consiste en perseguir el contrabando que se hace con el tabaco, y por último, los innumerables abusos que se cometen á la sombra de la impunidad, por lo difícil que es vigilar una máquina tan vasta y complicada.

Toda esta exposición de hechos la traigo para demostrar, que si bien parece que el Estado tiene un manantial de recursos en el monopolio del tabaco, deduciendo el costo del artículo, su fabricación y administración, resulta que el líquido no llega á la tercera parte del producto.

Es innecesario demostrar con guarismos la absoluta verdad de este juicio, porque basta conocer las premisas para sacar sus consecuencias. Además, los señores diputados que vayan por Cuba y Puerto-Rico, pronto estarán en aptitud de conocer la justicia de mi crítica.

Tendrán ocasión de ver cuán numeroso personal existe, y parece que se necesita, para desenvolver ese ramo de la administración pública, y comprenderán la exactitud del juicio de aquel Director de Estancos que cité al principio de mi trabajo, que sintetizaba en esta fórmula la causa del tabaco: «El miedo y el personalismo.»

Lo que detiene á muchos en la resolución del problema, es el temor de no poder cubrir por el momento el déficit que suponen en la transición del uno al otro sistema. Los que han sido más propicios á favor de este cambio, no pudiendo acometerle á causa de su cortísima estancia en el Poder, pero siempre el motivo más poderoso viene siendo lo que llamaba mi amigo el «Personalismo.»

No puedo apreciar con exactitud los miles de personas que viven y están interesadas en que ese sistema siga, pero son muchos, y los hay de todas clases y categorías. Contrabandistas, Contratistas, Estancuqueros, resguardo marítimo y terrestre, empleados de hacienda de todas categorías, cigarreras, pueblos que monopolizan esta industria, y otros caballeros que excuso citar, porque ya los conoce demasiado la opinión pública.

Pues bien; con todo ese ejército tienen que luchar nuestros diputados independientes. Ya he dicho que el combate será rudo, y la defensa del mal que deploramos muy tenaz, por estar atrincherado detrás de una administración rutinaria y poco aficionada á novedades, pero no les arredre la aparente desventaja: yo les indicaré las armas de que tienen que valerse, y que serán motivo de otro artículo.

II

Al terminar mi primer artículo sobre el desestanco del tabaco, le decía á los diputados de Cuba y Puerto Rico: «Yo les indicaré las armas con las cuales herirán de muerte ese monopolio;» pero creo conveniente, antes de entrar de lleno en la materia, hacer un análisis previo de la situación en que se encuentra Cuba, por lo que á ella importa la resolución favorable del asunto, demostrándole cuánto interesa á su porvenir, y principalmente á uno de sus más ricos productos.

Los dos elementos productivos que constituyen las fuerzas vitales de esta isla, son el azúcar y el tabaco. Figura el primero muy principalmente, no solo por lo que en sí representa, y que es mucho, sino también porque hasta el día ha sido casi el único que ha preocupado la atención pública.

Todas las fuerzas morales y materiales con que cuenta el país están constantemente en juego, á fin de evitar su visible decadencia, y no he sido yo de los que menos se vienen ocupando desde 1867 de este vital asunto; al efecto, me remití á un opúsculo que con el título de *La política de España en sus provincias ultramarinas*, publiqué por el mes de Julio del año pasado, donde creo haber dicho todo lo que á él interesa.

El tabaco, cuya importancia para esta isla me propongo hacer conocer, no mereció tanta atención, como si no fuese digno de consagrarle nuestros desvelos.

No se puede decir que en absoluto se le haya olvidado; pero cuando se han ocupado de él, ha sido tan tímidamente, como si se tratara de asunto muy secundario.

Conviene, lo mismo á los poderes públicos que al país, conocer que, para el porvenir, el tabaco es de tanta importancia en Cuba como el azúcar, y me atrevo á asegurar que aún más.

La producción azucarera en esta Isla lucha, no solo con la falta de mercados, sino con lo que es aún peor, el costo que demanda la fabricación. Además, el desarrollo que fuera de aquí ha tomado esa industria, alcanza tales proporciones, que puede pasarse sin nuestro concurso.

Mientras fuimos de los muy pocos países que producían azúcar y á muy poco costo, fué manantial de prosperidad creciente, pero luego que se han hecho negativas aquellas ventajas por la competencia que sufrimos, en lugar de defendernos, reduciendo el costo de producción, único medio que nos queda, no solo para luchar, sino para matar á nuestros competidores, por la inversa, son tales y tan agotadores los gastos, que esterilizan esta riqueza.

Se puede objetar que esta situación debe ser considerada como pasajera, y que á merced de leyes protectoras y equitativas se conseguiría evitar su cercana ruina. No seré yo quien lo niegue; por el contrario, creo firmemente que si se realizan estas esperanzas, ayudados de nuestra ventajosa posición geográfica y que al fin aquí está ya todo hecho, no solo no perezca, sino por el contrario, adquiera lo que ha faltado siempre: estabilidad.

Pero este juicio mio no implica que confiemos demasiado, y que no estemos atentos á las evoluciones que puedan traer consigo los tiempos.

Ahora, pues, conviene pensar seriamente en ir variando nuestros cultivos, en razón de que no seremos jamás industriales en la acepción legítima de esta frase.

Debemos tener presente que aquí el añil, el cacao, el té, el café y otros ricos productos de la agricultura tropical, si no viven y prosperan, es por el abandono en que se les ha tenido, y no por que la tierra no nos devuelva generosamente los esfuerzos que hagamos por fecundizarla.

Ahora bien; la situación difícil por que atraviesa nuestra producción azucarera, es más nacida de causas artificiales ó hijas de una legislación viciosa y poco meditada, que de causas reales y legítimas.

Si el azúcar vive muriendo, si el azúcar, que ha sido la miel de esta colmena, si el azúcar se ha vuelto acibar para tantos, ¡qué diremos del tabaco! Con una simple demostración basta para aquilatar su penosa existencia.

En tres categorías se divide esta rica planta, cuales son: el de la Vuelta Abajo, el de Partido y el de Gibara. La diferencia de calidad es tan visible, que así como hay quintal del primero cuyo valor importa hasta trescientos pesos, el último creo que no pasa de diez.

Si tener en cuenta esta enorme diferencia, lo mismo paga por derechos de exportación una clase que otra. Es decir que al uno se le carga por ese concepto el cincuenta por ciento de su valor, y al otro el uno y tres cuartos escasamente. Y como las clases inferiores y medianas son las que se destinan á la exportación, y éstas pagan próximamente cinco pesos quintal, resulta que se nos van cerrando todos los mercados, y vendremos á parar en que teniendo un tabaco que no admite competencia por su bondad, si sigue ese sistema tendremos que abandonar su cultivo.

Si pudiésemos admitir un solo momento, ni aun en hipótesis, el monstruoso y absurdo derecho de exportación, ¡á cuán justas reflexiones no se prestaría lo que acabo de exponer!

Al llamar la atención del país y de sus representantes sobre este importantísimo ramo de nuestra riqueza, es para hacerles comprender que quizás dependa de dicha planta nuestra prosperidad en el porvenir; pues así como el azúcar, puede considerarse hoy para esta Isla como los cereales para los pueblos de Europa; es decir, el pan nuestro de cada día. El tabaco cubrirá nuestras necesidades de lujo y á la vez será nuestro fondo de reserva.

Aquí, si no tememos la competencia, si se le quita el peso enorme que le agobia, en la bondad de nuestro tabaco de la Vuelta Abajo está nuestra supremacía. Allí, pues, debe encaminarse nuestra actividad; hácia aquella parte de la Isla debe dirigirse la corriente de emigración. El Gobierno no debe escasear los medios que faciliten seguras y rápidas comunicaciones, de que hoy carece, sin que por eso desatienda á otras regiones propicias á dicho cultivo. En él es donde está el más seguro porvenir de la Isla de Cuba; no descansen hasta no ver doblada ó triplicada su producción; debemos aspirar á que su importancia sea de tal naturaleza, que eclipse la importancia que hasta ahora ha tenido el azúcar, y si logramos realizar este feliz propósito, la suerte de nuestra próxima generación no estará tan llena de sobresaltos y temores como la nuestra.

Al Gobierno le corresponde hacer de su parte todo aquello que contribuya á que estos deseos no se malogren, empezando por suprimir el insostenible derecho de exportación y procediendo rápidamente á la construcción de caminos, y también auxiliando á las vías férreas construidas ó por construir. Por su parte, la iniciativa privada debe

contribuir poderosamente al mismo fin. Bueno es que digamos cuál es su esfera de acción, y al efecto empezaré por llamarles la atención sobre lo que voy á revelar.

Oigo hace tiempo lamentarse amargamente á los que se ocupan de la elaboración del tabaco, de falta de mercados para su, no hace mucho tiempo, floreciente industria.

No sin razón se quejan, puesto que ántes no sólo tenían todos los mercados del mundo, sino que á la vez tenían el norte-americano, que era uno de los más importantes y seguros; pero este les cerró sus puertas, y si bien es cierto que aún algo consume, es de tan escasa importancia, que no alivia el perjuicio. Los de Europa van retrayéndose cada día más de ser nuestros tributarios, sin que vean nuestros industriales ni encuentren la causa del mal que deploramos. Entre las diversas opiniones que se oyen, no es la menos frecuente atribuirlo á que nuestra rica planta ha perdido mucho de su especial calidad, y por consiguiente, ser más fácil á muchas de sus similares hacerle la competencia en aquellos mercados. Acusan al guano del Perú de este decaimiento, sin que á mi juicio haya fundamento para ello.

Yo no puedo admitir juicio tan temerario; sería preciso que científicamente se me demostrara por quien sea competente, la verdad de esa sospecha; y digo sospecha, porque hasta ahora no ha llegado á mi noticia que se haya comprobado lo que á muchos oigo decir. Además, que en oposición á ese juicio vienen los hechos á contradecirlo.

Hace ya mucho tiempo que se hace uso de ese abono en nuestras vegas, y sin embargo, hemos tenido años en que la calidad del tabaco no ha dejado nada que desear, v. g., el actual. Si fuese cierto que el guano perjudica la calidad, este hecho se repetiría sin interrupción, y vemos que no es así; por consiguiente, debemos buscar en otra parte las causas de nuestro mal.

Estudien nuestros fabricantes, mediten un poco nuestros buenos industriales, las observaciones que me voy á permitir hacerles.

Hace poco más de treinta años, no se conocía un fabricante de tabaco cuyo capital traspasase los límites de la modestia. De entonces acá tomó gran vuelo el desarrollo de esa industria, por el creciente pedido que de su rico producto se hacía, y al compás de su desarrollo, hemos visto improvisarse fortunas considerables aun en aquellos que no hace muchos años eran simples operarios.

Yo les celebro su fortuna, y tanto más, que nadie puede negar lo honroso de sus medios, si bien con dificultades para el porvenir, pues á medida que crecieron sus recursos, y por consiguiente sus elementos de acción, así crecieron sus exigencias para con el consumidor.

Se estableció un pugilato en la alza de precios, como en la competencia para la adquisición de la rica planta, dando por resultado todo esto que casi solamente los príncipes y potentados de la tierra sean los únicos que puedan fumar nuestro tabaco de la Vuelta Abajo. Y como toda esta exageración trae consigo aparejado el correctivo, sucedió que la industria alemana particularmente, falsificando todas las marcas que gozan de algún crédito, suplantó en todos los mercados al tabaco que, cuando era posible comprarlo, por lo asequible de su precio, les dábamos nosotros.

Tengan presente estas observaciones los señores fabricantes, y que si bien es cierto que no sólo en esto estriba la causa de la decadencia de su industria, reconozcan que tiene mucha parte.

No creo de más esta exposición de hechos para el objeto de mi trabajo. Bueno es procurar el remedio; pero bueno es también conocer los vicios y males fundamentales del cuerpo social para no proponer á ciegas aquel remedio.

Ahora bien; con lo dicho basta para reconocer cuán importante es el ramo de tabaco en esta isla, y cuánto conviene, no sólo desarrollar su producción, sino también buscarle nuevos é importantes mercados.

Debiera ser la madre patria su más seguro y vasto consumidor, pero á causa del estanco, es negativo el consumo.

Nada más injusto, nada más impolítico que este hecho, y á que desaparezca deben concurrir todas nuestras fuerzas y las de los diputados que vayan por Cuba y Puerto Rico.

Creo, pues, que una de las primeras mociones que dichos señores en unión con muchos de las demás provincias, deben presentarse á las Cámaras, es pedir el desestanco del tabaco: teniendo presente que si aquí hay interés en que se abra ese mercado para nuestro segundo ramo de riqueza, ese interés sube de punto en la Península al tratarse de destruir ese monopolio tan contrario al desenvolvimiento de la riqueza pública y á la moral.

El Gobierno que tenga el valor de llevar á cabo esta medida, puede contar con el aplauso incondicional de esta generación y las bendiciones de la posteridad.

He dicho que si para Cuba tenía importancia esta medida, subía de punto para la Península.

Aparte de las razones ya expuestas, veamos otras también fundamentales y que serán un gran auxiliar para lo que pretendemos aun respecto á aquellos que parecen antagonistas de la isla por razones de interés.

Hay una pequeña región en la Península, que no por su pequeña importancia relativa, ha dejado

de influir de una manera poderosa en la suerte de la isla de Cuba y Puerto-Rico. Esta región es una parte de la provincia de Málaga.

Causas que no puedo traer al concurso de este trabajo, pues lo harían interminable, llevaron á la ruina uno de sus principales ramos de riqueza.—La industria de la *pasa*. Por el año 1866 empezaron algunos capitalistas de Málaga á fomentar la producción azucarera, en vista del poco resultado que ofrecía aquel fruto, y como para el desarrollo de la caña dulce les favorecían los crecidísimos derechos que pagaban los azúcares de Cuba y Puerto-Rico, fueron extendiendo su cultivo en vista de su buen resultado.

Es decir, que antes de nacer, y en su estado incipiente, se encontró ya protegida; de ahí el vuelo que relativamente tomó.

Al amparo de la injusticia con que se trataron casi siempre en la madre patria los productos de sus colonias, nació y creció esa exótica industria azucarera en Málaga; es decir, á expensas del mal de sus hermanas de este lado del Atlántico. Pero aún no creyéndose hartos,—y en lo de pedir nunca lo están,—aprovechándose de la circunstancia de que dos de los hijos de aquella provincia eran dueños del país. No satisfechos con el antiguo beneficio, y viendo con envidia que aún Cuba mandaba algunos azúcares á la madre patria, consiguieron que se aumentasen los derechos, proscribiendo de esta suerte de aquellos mercados á sus hermanos.

Y, ¡cosa singular! al poner hoy de manifiesto los interesados de Cuba esta sin razón, este inaudito atentado contra sus intereses, dicen ellos, ó sus apoderados, que son derechos justamente adquiridos y á los cuales no debe tocarse sin manifiesta injusticia. Yo pregunto: ¿Tuvieron ellos esos escrúpulos para pedirlos, y sus amigos para otorgarlos, cuando se trató de las Antillas, cuya producción existía dos siglos antes que ellos la hubiesen establecido? Bajo ese punto de vista, jamás debió haberse consentido cultivar la caña de azúcar en aquella provincia, en vista del daño que podría hacerle al de las colonias. Y con tanta más razón, que allí tienen otra clase de productos á que pueden consagrar sus capitales sin perjuicio de las provincias hermanas; y aquí ese cultivo es lo único, con el tabaco, á que se pueden estos consagrar. Dejemos este camino, porque esta serie de razonamientos pudiera conducirnos á los mismos extremos que nuestros hermanos los malagueños, y ¡librenos Dios de tales errores!

Seguramente que ellos no conocen el alcance del mal que han ocasionado política y económicamente á la Metrópoli y á estas provincias con el absurdo privilegio de que gozan.

¿Qué dirían si en Cuba y Puerto-Rico, gozando de las ventajas que aquellos han tenido cuando nació su industria del azúcar, se les ocurriese dedicar sus tierras y capitales á producir iguales frutos que tenía la provincia de Málaga, y por la misma razón en que ellos se apoyan se les gravase aquí con un derecho que fuese imposible su consumo? Contesten con lealtad. ¿Qué dirían? ¿Tendría defensa á sus ojos pretensión tan absurda? ¿Creen esos señores, si la pasión del interés no los ciega, que sea sostenible un orden de cosas tan impolítico? ¿Creen que puede existir sin peligro para las relaciones que deben reinar entre los miembros de una misma familia, excepciones hechas tan notoriamente injustas? Contéstense ellos mismos. Y por último, si aún esto no fuese bastante á convencerlos, sería preciso tomarlo, á no ser tan grave, como una burla sangrienta ó un bofetón dado al rostro del sentido común.

(Continuará.)

MANUEL ORTEGA Y MACETTY.

LA CERVÁNTICO-MANÍA.

Singular entusiasmo háse despertado en el último tercio del siglo XIX hácia todo lo que directa ó ya indirectamente con el escritor, gloria de nuestra patria, Miguel Cervantes Saavedra, y con su concepción inmortal se relaciona, dando la mayor parte de la familia *cervántica* (1) en la manía de creerse los más perspicuos apreciadores del admirable libro de entretenimiento que se titula *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, obra que corre de mano en mano, hallándose lo mismo sobre la pobre mesa del artesano, que colocado en la rica estantería de ébano del banquero; que ya la hojeara un adolescente que cursa la primera enseñanza, ó bien la estudia profundamente el hombre encanecido en la ciencia, con la risa en los labios, con el gozo en el pecho, con la admiración en el alma (2).

Imposible es hallar una obra, exceptuando la *Biblia*, que sea tan comentada, ni que logre al-

(1) Séanos permitido usar esta palabra, sin embargo de no haber recibido aun carta de naturaleza en el diccionario de la Academia. Mucho nos alegraríamos de verla incluida, así como sus derivadas, en la próxima duodécima edición, hoy que abunda el estilo *cervántico*, el gusto y aficiones *cervánticas* y el hombre *cervántista*.

(2) La literatura *cervántica* aumenta de día en día. El empeño de encontrar en el *Quijote* todo lo encontrable, indujo á multitud de diligentes escritores á estudiar á fondo la vida de su famoso autor, y de esta suerte, un propósito vano y temerario, á nuestro juicio, presta indirectamente un verdadero servicio á la cultura.

canzar más popularidad y fama. La crítica moderna la ha mirado con una atención y diligencia verdaderamente inusitadas, y asombra observar el famoso anhelo con que trata de escudriñar sus más recónditos secretos, y hasta los más sencillos é inocentes pasajes (1), lo que ha dado lugar á controversias animadísimas y á suposiciones tan contradictorias como absurdas, que de seguro harían desternillar de risa, si le fuera dable hacerlo, al que, valiéndonos de un neologismo muy usado hoy, aunque no admitido por la Academia Española, en sentido indeterminado, llamaremos el gran *géneo* de nuestra literatura.

Los adeptos á esa nueva creencia que denominamos *cervantolatría*, esprimiendo las frases, torturando los pensamientos, sometiendo á críticas inacabables el *Don Quijote*, han pretendido probar que Cervantes es un maestro en las diferentes ramas de los conocimientos humanos, un sábio, una enciclopedia de todas las ciencias y artes (2), cuando los mismos antecedentes del egrejo novelista denotan y confirman que no hay tales sabidurías, que su educación científica y literaria tuvo que ser incompleta y que sabían bastante más que él y eran más eruditos, Tirso, Lope, Calderon y otros poetas españoles, prescindiendo de los teólogos, jurisconsultos y filósofos que por aquella época florecieron (3).

Lo cierto es que se ha desvariado de lo lindo apreciando la admirable novela, y nada más que novela, mal que pese á la turba multa que se solaza desnaturalizando—con la más sana intención, por supuesto, pero al fin desnaturalizando—el carácter de Cervantes, y dando lugar á que resulte del todo rebajado el mérito de la civilización española (4).

Unos han supuesto que en el *Quijote* trató de describir su autor el infinito y perpétuo combate de la parte poética con la prosaica del alma, entre el heroísmo y la generosidad por un lado, y el egoísmo y el interés por otro, representando en esta lucha la realidad y verdad de la vida humana.

Otros dicen que hay un sentido oculto político y aún religioso, mientras que no falta quien afirme que quiso retratar á la humanidad; éste supone una sátira contra las empresas de Carlos V, aquél una semi-biografía del mismo Cervantes, quién una venganza contra los vecinos de Argamasilla y quién una sátira alegórica contra el Duque de Medina-Sidonia, ó burla dirigida á su enemigo Blanco de Paz... La interpretación y la cavilación, como asevera un renombrado publicista, han ido en pos de lo satírico, y han llegado hasta el punto de que personas dotadas de nada común inteligencia y de poderosa fantasía hayan consumido tiempo, registrado archivos, revuelto códices y compulsado documentos, para averiguar quiénes eran los carneros que convierte Don Quijote en príncipes y capitanes.

Imposible parece que se desconozca que el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo, fué desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, Fray Luis de León, Malon de Chaide y otros, los habían ya censurado seriamente; y sin embargo, al grande ingenio estaba reservada la gloria de acabar con ellos por medio de la burla. No llevaba otro fin, repetimos, al escribir su *Quijote*: en varios pasajes de este libro ingeniosísimo se declara franca y abiertamente (5).

Pintanos también los *cervantistas* ó *cervantómanos* al inmortal Cervantes perseguido por la ingratitud y la envidia, y muriendo en la miseria y el abandono, cuadro que nos parece más patético que veádrero, ya que por confesión propia el éxito de las obras de este preclaro escritor—exceptuando sus últimas comedias—fué verdaderamente extraordinario. Como que se hicieron del

(1) Nada ménos que una alegoría del estado del pueblo español y de la aspiración del ideal de Cervantes, encuentra cierto *cervantófilo* en el escudo que Juan de la Cuesta puso en la portada de la edición primera del *Quijote*.

(2) Entre otros encomiadores harto hiperbólicos, citaremos á M. de Fuentes, que llamó á Cervantes «el ilustrador del género humano.»

(3) Tratando estas disquisiciones un entendido y malogrado crítico, afirma que «su educación científica y literaria (la de Cervantes) no pudo ser muy completa. Que en edad temprana abandonó los estudios (que no consta cuáles fueran ni dónde los hizo) y no es posible que los ampliara mucho en sus profesiones de camarero del cardenal Aquaviva, soldado, alcahalero y agente de negocios, ni que tuviera mucho tiempo y sosiego para estudiar en el cautiverio de Argel y en los constantes afanes de su azarosa existencia, etc.»

(4) Téngase en cuenta que el XVII, fué el siglo de Newton, de Copérnico, de Descartes y de Leibnitz, y que los eruditos españoles habían resucitado, por decirlo así, la ciencia antigua.

(5) Clara y terminantemente dijo Cervantes, al finalizar la segunda parte de su novela: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de caballerías, que por las de mi *Don Quijote* van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna.» En el *Viaje del Parnaso* (capítulo IV, tercio 8.º) afirma dicho Cervantes:

«Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo Al pecho melancólico y mohino En cualquiera sazón, en todo tiempo.»

Parece imposible que un espíritu de crítica alambicado é impertinente se haya atrevido á poner en duda la palabra honrada de un grande hombre, dos siglos despues de su muerte.

Quijote, en vida de su autor, nueve ediciones, y á doce mil ascendieron, según el mismo Cervantes, los ejemplares que de la más valiosa de sus novelas se tiraron.

¿Pues qué diremos de la manera que tienen otros cervantómanos de estimar el *Quijote*? Las incorrecciones y distracciones, las faltas gramaticales, los barbarismos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto ha sido desapiadadamente sacado á la vergüenza. Con razón escribe un insigne literato y académico, que el prolijo comentador Clemencin, despedazó el *Quijote* como las Bacantes á Orfeo. No le ha valido á Cervantes que el manuscrito de su obra fuera defectuoso: que en la primera edición se hallaran muchos errores—que fueron corregidos en la segunda y en la tercera impresión de Juan de la Cuesta, primer editor del *Quijote*,—lo cual pone de manifiesto, como opinó el sagaz y docto Hartzenbusch, que el original no hubo de ser muy legible, ó los que lo compusieron en la imprenta no lo sabían leer.

Este empeño de encontrar ciertos símbolos y alegorías trascendentales en la sencilla cuanto admirable fábula de Cervantes, ha dado pié á varios escritores para sostener peregrinas tesis. Don Vicente de los Rios, en su *Análisis* que precede á la edición de la Academia de 1780, acomete la empresa de defenderlo, fundándose en la autoridad de los antiguos, como si el *Ingenioso hidalgo* fuese un poema escrito á imitación de la *Odisea*. Muy seriamente quiso hacernos creer que el *Don Quijote* es para los españoles lo que para los griegos la *Iliada* y para los latinos la *Eneida*.

Pellicer siguió el mismo camino: al fin del tomo V de su edición de 1797 inserta lo que él llama con suma gravedad «Descripción geográfico-histórica de los viajes de D. Quijote,» acompañada de un mapa, como si la mitad de la geografía de Cervantes no fuese de absoluta imposibilidad y gran parte de las localidades que menciona enteramente ideales é imaginarias.

D. Antonio Eximeno, en su «Apología de Miguel de Cervantes,» (1806), excusa y defiende todo el *Quijote*, atacado por D. Nicolás Pérez, escritor valenciano, en su *Anti-Quijote*, cuyo primer tomo se publicó en 1805, sosteniendo, entre otras cosas harto singulares, que Cervantes hizo vivir á su héroe en todas épocas, con intención de confundir á los lectores curiosos, y para que se fijase un periodo imaginario, una época ideal á las hazanas del caballero manchego.

También el erudito historiador de la medicina española, D. Antonio Hernandez Morejon, no encontrando varón ilustre que en nuestra patria se hubiese dedicado á escribir sobre las enagenaciones mentales, acudió á la fuente universal de los literatos y críticos: al libro de D. Quijote. En una disertación quiso probar que Cervantes en esta obra demuestra un gran talento médico, y que en la descripción de la demencia del ingenioso hidalgo, nada absolutamente hay que revele interioridad en el novelista español con respecto á los más afamados autores extranjeros que han tratado de la locura. Hasta dice que Hanneman tomó del *Don Quijote* su sistema homeopático.

No acaba aquí el catálogo de cuanto encierra el referido libro: para que la medida resulte colmada y la paciencia se vaya acabando, es necesario todavía considerar á Cervantes teólogo, y que D. José María Sbarbi se encargue de demostrarlo; filósofo, con la mira de que nuestro conterráneo D. Federico de Castro, patentice la armonía que existe entre el pensamiento del ilustre alcalaino y la filosofía española; en concepto de moralista, para que D. P. Gatell se ocupe en probárnoslo; como jurisperito, con el propósito de que D. Antonio Martín Gamero recabe para el cautivo de Argel la gloria de haber poseído en alto grado la idea de la justicia y del derecho; cual geógrafo, para que D. Fermín Caballero escriba un librito en que se pruebe que es competente en esa ciencia; en calidad de marino, con la idea de que D. Cesáreo Fernandez Duro y D. Florencio Janer pongan de relieve su pericia en este punto; imaginado político y economista, para que D. José España y Liedó y D. José M. Piernas se encarguen de exponer las ideas políticas y económicas que profesa; como músico, con el fin de que en el *Calendario histórico musical*, escrito por D. Mariano S. Fuertes, lo coloque entre los cultivadores de tal arte; y sin duda para que la pepitoria crítica sea completa y puedan los estómagos de los cervantómanos mostrarse confortados, otro publicista, de cuyo nombre no puedo acordarme, porque firma sus lucubraciones con iniciales, nos lo ha dado á conocer—era lo único que le faltaba al sin par novelador—como insigne cocinero!

¡Oh, alabada una y mil veces la cervantomanía, que tales prodigios ha estado descubriendo!

ANTONIO M. DUIMOVICH.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

NUOVA TEORÍA SOBRE EL CALOR SOLAR.—Hace poco tiempo, el doctor Siemens ha leído en la *Royal Society* una Memoria sobre la conservación de la potencia calorífica del sol, que ha de llamar poderosamente la atención y ser causa de gran controversia en el mundo científico.

El problema de saber donde toma el sol su ca-

lor, ha ocupado por muchos años á los astrónomos y físicos, sin venir á un acuerdo, y según todas las apariencias, la masa central de nuestro sistema está irradiando continuamente en el espacio enormes cantidades de calor, sin recibir más que raras veces algún notable aumento de potencia del exterior para reparar sus pérdidas.

Si se considera el sol como una inmensa estufa, por ejemplo, claro está que el combustible que necesitaría consumir sería muchísimo, gastándose con una enormísima rapidez, por lo que se exige que sea aquél reemplazado continuamente, existiendo un depósito desconocido, que por precisión se consumirá enteramente todo con el tiempo. La teoría de que el calor solar proviene de la combustión de su misma materia, ha sido rechazada por los sabios más eminentes, fundándose en que sería necesaria una numerosísima cantidad de combustible para producir tan sólo un día de consumo, y son muchos los miles de años que el sol irradia su calor con igual energía, debiéndose tener en cuenta, que una esfera de carbon del tamaño de la tierra, únicamente produciría el necesario para treinta y seis horas de calor. Algunos han insinuado también que el calor solar puede ser debido á la constante contracción de la materia de que está compuesto por la influencia de la gravitación; pero son muchas é importantes las dificultades mecánicas y geológicas que se oponen á esta suposición. Mayer y Sir William Thomsson, han indicado asimismo en alguna ocasión, que el sol podría deber su alta temperatura al choque de una lluvia infinita de meteoritos; pero si esto fuera posible, el enorme y siempre continuo crecimiento de la materia solar, traería consigo el desequilibrio de los demás planetas, por lo cual el mismo distinguido físico escocés ha desistido de su hipótesis.

El doctor Siemens ofrece ahora una nueva teoría evidentemente sugerida por el calor que se gasta y recobra en los hornillos de gas, presentando una novísima é inesperada solución al problema. Sería presunción nuestra el tratar de dar una opinión definitiva sobre tal asunto; pero, sin embargo, son interesantísimas las consecuencias que se deducen de tales principios y las indicaciones que se desprenden para dejar de consignarlas, aun cuando no satisfagan completamente á todo lo que debe de exigirse de una hipótesis cierta.

Supone el doctor Siemens, que el espacio donde giran los astros está ocupado, no por un eter desconocido, sino por una atmósfera estremadamente tenue y gaseosa de hidrógeno y sus compuestos, y que alrededor de cada planeta flota otra algo más densa de oxígeno, nitrógeno y ácido carbónico, atraída por la gravitación. El espacio interplanetario poseería, pues, una atmósfera interna ediaría, ménos densa que la que rodea á los planetas inmediatamente, y más que la que llena el espacio astral. Ahora bien, el sol girando rápidamente en aquel océano de tenuísima interplanetaria materia, efectuaría una impulsión separando y ocupando un lugar en aquella masa que cede arrastrando grandes cantidades de hidrógeno, de hidro-carbonos y de oxígeno en su superficie polar, al mismo tiempo que los proyecta, despidiéndolos hacia el espacio en su ecuador.

Y aquí viene lo nuevo y original de la teoría del doctor Siemens. Estos gases, mientras existen en el espacio interplanetario, deben conservarse fríos, pero según se aproximan á la foto-esfera, se calentarán por compresión, y por fin se inflamarán produciendo llama, exactamente como el gas común de carbon cuando se une con el oxígeno del aire en un mechero ordinario. El resultado de la combustión ó combinación de los hidro-carbonos, con el oxígeno, será como sucede en el ejemplo citado, vapor acuoso y ácido carbónico, que bajo la influencia de la corriente aventadora ó de separación centrífuga, refluirá hacia el ecuador del sol y se proyectará formando un enorme disco en la masa de alrededor, que cederá á su impulso. En esta posición dichos gases, estarán incapacitados de sufrir otra combustión, mientras que su fuerza y potencia según la teoría actualmente admitida, se irradiaría como luz y calor en el espacio interplanetario, perdiéndose así por completo para el sistema de nuestro globo, si bien una fracción infinitesimal sería interceptada por nuestro planeta y por otros, pudiendo conservarse ó almacenarse bajo la forma de madera ó carbon, al paso que la mayor parte se gastaría ó emplearía, en elevar ó igualar la temperatura del inmenso espacio vacío.

El doctor Siemens presenta una hipótesis ingeniosa, según la cual se fija inmediatamente aquella materia, haciendo capaz al sol de continuar ardiendo por un tiempo ilimitado, sin disminuir su intensidad. Supone que toda la potencia lumínica y calorífica, irradiada diariamente de la foto-esfera, puede no ser consumida ó empleada del modo ordinariamente admitido, pero si utilizarse al atravesar el espacio interplanetario, en descomponer el ácido carbónico y el vapor acuoso que produjo la combustión, volviéndolos á las anteriores condiciones de eficaz combustible para el sol, bajo la forma de oxígeno por un lado, é hidrógeno y carbonato por otro. Sabido es, que tal regeneración tiene lugar actualmente en nuestro globo, bajo ciertas especiales circunstancias.

Un trozo de madera es evidentemente una masa de hidro-carbono disgregada del oxígeno por la influencia de los rayos solares, que caen sobre las

plantas durante su crecimiento y desarrollo, en la forma sólida; y si la quemamos en el suelo, obligamos á su carbono é hidrógeno á combinarse otra vez con el oxígeno que estaba antes libre, resultando de ello ácido carbónico y agua. Los otros árboles que están cercanos, descomponen al momento estos pocos enérgicos compuestos bajo la influencia de la luz solar, produciéndose más madera para quemarse, al mismo tiempo que el oxígeno se desprende para arder otra vez con ella. El doctor Siemens cree que una cosa semejante puede ocurrir al atravesar los espacios interplanetarios los rayos solares; el poder calorífico producido por la combustión de los gases libres atraídos por la potencia del sol durante su camino á través de la enrarecida atmósfera de ácido carbónico y vapor acuoso que hipotéticamente ocupa los límites de nuestro sistema, obra sobre las moléculas de estas sustancias disgregando el oxígeno del hidrógeno y carbono, y produciendo por consiguiente un nuevo repuesto de combustible para el futuro consumo del sol.

El profesor Tyndall ha probado ya que interceptan el calor radiante del sol vapores acuosos y otros compuestos gaseosos, en gran cantidad, y el mismo doctor Siemens ha mostrado como admisible, que la acción disgregante puede obtenerse por medio de los rayos luminosos del arco eléctrico; de manera que nada tendría de extraño, que la separación del oxígeno é hidrógeno de las otras sustancias por efecto de la influencia de la luz solar en los espacios interplanetarios, se verifique del mismo modo que como se lleva á cabo, por efecto de la misma influencia, en las hojas de las plantas.

Siendo exactos estos principios, el espacio comprendido dentro de los límites de nuestro sistema, estaría realmente ocupado por ténues gases compuestos, que continuamente sufrirían descomposiciones por efecto de la potencia de los rayos solares. Los gases fríos que quedasen libres, serían atraídos hacia los polos del sol por la gravitación y por las corrientes inducidas para proveer á la corriente ecuatorial.

Allí unidas, y quemadas unas y otras, dichos productos serían arrastrados hacia el ecuador por la impulsión centrífuga, y además lanzados en el espacio, formando un ancho río de gases, obligándoles el estado de incandescencia á que se vieran reducidos á ascender ó retroceder, y por fin lanzarse por sí mismos sobre las más elevadas regiones interplanetarias, al mismo tiempo que la potencia ó esfuerzo que han necesitado para quedar en libertad principiaría en el acto de la combinación á disgregarlas otra vez; y libres los gases ya enfriados, darán comienzo de nuevo á precipitarse hacia los polos del sol. «Así, dice el doctor Siemens, que el vapor descompuesto hoy en el espacio, será arrojado hacia la superficie polar del sol mañana, calentado despues por el aumento de densidad, y arderá con llama en cuanto su densidad y su temperatura se hayan elevado lo necesario para producir la combustión. De esta manera tendremos un infinito número de cambios, sin que resulte pérdida alguna de potencia; y conforme con esta hipótesis, nuestra región del espacio puede considerarse como formando sistema completo, quemándose continuamente los gases libres en el centro, y quedando otra vez libres en sus combinaciones en la periferia.»

Fácil es comprender que no podemos dar en estas cortas líneas otra cosa que una ligera noción de la idea culminante y principal de la teoría del Dr. Siemens, habiendo de omitir los poderosos argumentos que aduce para probarlo; pero debemos consignar que el método que emplea para explicar tan misterioso fenómeno, así como para explicar la luz radial y la naturaleza de los cometas, es sumamente ingenioso, y al mismo tiempo parece que aumenta las probabilidades de sus principios capitales. Si la teoría del Dr. Siemens puede eludir la crítica que se ha hecho á la de sir Williams Thomson, sin que por otra parte se le considere sujeta á la ley de disminución de potencia calorífica, se la deberá mirar como superior á todas las anteriores teorías cósmicas de perpetua potencia, que despues de todo es lo que verdaderamente viene á ser aquella.

EL ECLIPSE DEL 17 DE MAYO.—La Academia de Ciencias francesa ha recibido ya detalles de las observaciones hechas en Egipto acerca del eclipse de 17 de Mayo último. Hacia fines de Enero de este mismo año, el Observatorio de Niza pensó enviar á orillas del Nilo una comisión que estudiase el fenómeno; Mr. de Rischoffsheim ofreció inmediatamente subvenir á los gastos de la expedición que desde entonces se decidió llevar á cabo.

Tres meses escasos faltaban para la época en que debía hacerse la partida, y en estos tres meses era preciso trazar un programa y preparar los aparatos necesarios. A pesar de esto, utilizando los instrumentos que había en Niza y añadiendo otros que se procuraron en Argel, todo estuvo pronto para la fecha marcada.

Mr. Thollon fué encargado de ir á Egipto, acompañado por Mr. Puiseux, hijo del sabio matemático de este nombre, y Mr. Trépiéd. Un inglés, Mr. Ranyard, muy conocido por sus trabajos sobre los eclipses, enterado por los periódicos de los preparativos que se hacían en Niza, pidió permiso para formar parte de la expedición, que

se componia, por lo tanto, de tres franceses y un inglés.

Durante este tiempo, Mr. Puiseux, padre, calculaba el punto preciso en que la línea recorrida en la tierra por el centro del eclipse encontraría el Nilo. Este punto debía calcularse con tanta más exactitud cuanto que la línea de sombra total proyectada por la luna sobre la tierra describía una banda muy estrecha, y una diferencia de algunos kilómetros hubiera colocado á los observadores en condiciones poco satisfactorias. Haciendo entrar en sus cálculos las últimas correcciones hechas respecto á los movimientos de la luna, Mr. Puiseux encontró que la línea central del eclipse debía atravesar el rio 3 kilómetros al Norte de un lugar llamado Menchiet-el-Nideh.

Después de haber remontado el Nilo en ferrocarril hasta Siout, la expedición se embarcó en un navío que el virey había puesto á su disposición. Mahmoud-Bajá, astrónomo distinguido, hoy ministro, y el general Stone, jefe de E. M. del ejército egipcio, se apresuraron á dar todas las noticias útiles para la misión, que resolvió establecerse á alguna distancia de Menchiet, en los alrededores de Souhag. En efecto, no bastaba colocarse en la línea central; era preciso, además, satisfacer condiciones físicas difíciles de realizar en Egipto; era preciso ponerse al abrigo del viento, es decir, del polvo, fatal para los espejos de los instrumentos.

En la noche del 1.º de Mayo se detuvieron á un kilómetro al N. de Souhag, y la misma noche dieron comienzo á sus observaciones destinadas á comprobar la posición geográfica, hallando que respondía perfectamente á la determinada en 1860 por Mahmoud-Bajá. Después de esto empezó la instalación, mientras en el Cairo tenían lugar los graves acontecimientos que aún no han hallado solución, y que ejercieron cierta influencia sobre los expedicionarios que, contra su deseo, no pudieron establecer, como pensaban, un hilo telegráfico entre su estación y el Observatorio del Cairo.

Durante la instalación, llegaron á Souhag MM. Lockyer y Schuster, y más tarde MM. Tacchini y el mismo Mahmoud-Bajá. Pero desde el primer día reinó la más perfecta cordialidad entre los observadores, y unos y otros convinieron en que debían formar una sola misión. A consecuencia de esto, la ante-víspera del eclipse celebraron un gran Consejo bajo la presidencia de Mahmoud-Bajá, y, después de una profunda discusión sobre el conjunto de observaciones que se debían hacer, cada cual propuso su programa introduciendo en él las modificaciones que parecieron convenientes. Después del eclipse todos se comunicaron mutuamente lo que habían observado, y por la vía diplomática se expidió un telegrama á los ministros de las naciones representadas en Souhag.

Según los cálculos de M. Puiseux, padre, la duración de la totalidad en Egipto no debía pasar de 72 segundos. Solo, pues, podía contarse con este pequeño espacio de tiempo para observar la *corona* esa zona abrasada que envuelve el disco del sol y que, cuando éste está oculto por la luna, da esa claridad tan extraña que asombra á los hombres y á los animales.

Las observaciones que había que hacer se dividían en tres puntos: existencia de una atmósfera en torno de la luna, relación de los rayos oscuros del espectro solar con los rayos brillantes de la atmósfera solar, y, por último, configuración de la *corona*.

El espectro del sol, es decir, la imagen que dan sobre una pantalla sus rayos descompuestos por un prisma, presenta una serie de rayos negros; el origen de estas rayas se debe á que algunas de las radiaciones que componen el haz de luz blanca que da el espectro son detenidas al paso, por sustancias que deben atravesar antes de llegar hasta nosotros. Así es que una parte de las radiaciones del sol es absorbida por la atmósfera terrestre. El espectro obtenido en lo alto del Mont-blanc tiene menos rayas negras ó rayas menos intensas que el obtenido á orillas del mar. De aquí se ha deducido que estas rayas eran debidas á la acción absorbente de la atmósfera y se las llama rayas telúricas. Entre las más importantes de ellas debe contarse un grupo designado por la letra B, que se encuentra en la parte anaranjada del espectro.

Los observadores de Souhag se propusieron observar si, en el momento en que el disco lunar se proyectase sobre el globo luminoso del sol, aumentaba ó no la intensidad de las rayas B. El hecho fué claramente demostrado á la vez por Mr. Trepied, durante una parte de su observación, y por MM. Thollon y Puiseu, con otro instrumento, durante toda la duración del fenómeno. Esta diferencia puede consistir en que los instrumentos no estaban dirigidos en el mismo sentido, pues mientras uno era paralelo al disco lunar, el otro era perpendicular á este mismo disco.

La consecuencia de estas observaciones que, por otra parte, habrán de ser confirmadas en observaciones posteriores, es que existe alrededor de la luna una atmósfera cuya acción, unida á la de nuestra atmósfera, produce esa mayor intensidad en las rayas negras del grupo B. Tratando de determinar la altura de esta atmósfera, Mr. Trepied estima que puede extenderse á cinco segundos en torno al disco de la luna.

Hechas estas afirmaciones, preparáronse los expedicionarios para las observaciones que debían llevarse á cabo durante el eclipse total. Estas eran de otro orden. Si algunas rayas del espectro solar son atribuidas á absorciones telúricas, hay

otras que tienen su fuente en el sol mismo ó, por lo menos, en su superficie. El espectro de un cuerpo sólido incandescente, como una bola roja, es continuo, carece de rayos. Si se le pusiese á larga distancia en la atmósfera, se vería evidentemente dibujarse las rayas telúricas sobre este espectro continuo. Pero si se interpone entre esta bola roja, colocada á gran distancia, y el prisma algunos vapores metálicos como el del *sodium* ardiente, por ejemplo, al punto se verá aparecer sobre el espectro continuo, al lado de las rayas telúricas, una raya negra, llamada, á causa de esto, «raya del *sodium*», respondiendo á radiaciones de nuestra bola roja absorbidas en su paso á través de los vapores de este cuerpo. Si, cambiando el experimento procedemos de otro modo, y en lugar de dirigir nuestro espectroscopio sobre un cuerpo sólido incandescente separado de nosotros por el vapor del *sodium*, suprimimos el cuerpo incandescente para observar solo este vapor, veremos una sola raya brillante, de un amarillo deslumbrador y nos será fácil probar que responde precisamente á la raya negra que antes teníamos á la vista en el espectro continuo emanado de la bola incandescente. El vapor del *sodium* incandescente nos dá, pues, una raya brillante; este vapor interpuesto ante un cuerpo sólido elevado al rojo, absorbe las radiaciones correspondientes y nos dá inmediatamente una raya negra.

Ahora bien, se sabe hoy que el cuerpo sólido del sol está envuelto por una atmósfera incandescente que contiene una porción de metales en estado gaseoso, y que obran como nuestro vapor de *sodium*; de donde se deduce que las radiaciones emanadas del cuerpo mismo del sol presentan rayas negras muy conocidas; pero que si se observan por el contrario el disco del astro, en la proximidad y fuera de su disco no hay más que rayas luminosas de los cuerpos gaseosos incandescentes, y como estos se sustituyen con otras tantas rayas negras, se asiste á lo que se llama la inversión de las rayas: cada raya oscura deja su sitio á una raya luminosa mientras el espectro continuo desaparece.

Tratábase de comprobar una vez más que las rayas luminosas de la envoltura gaseosa del sol se sustituyen, en efecto, con las rayas oscuras del espectro comunmente observado. Para esto se sigue atentamente el disco del sol en el momento en que éste va á desaparecer. Hasta el último instante el espectro conserva su aspecto ordinario, con sus rayas oscuras. Cuando el globo desaparece, la atmósfera gaseosa se halla sola, fuera del disco lunar, y entonces las rayas cambian y dan lugar á otros tantos rayos brillantes, cuya correspondencia con las rayas oscuras ha sido una vez más demostrada con exactitud. Mr. Trepied insiste sobre la magnificencia del fenómeno. La aparición de las líneas brillantes es instantánea, y su número considerable. Es una verdadera lluvia de rayos de fuegos políromos.

Al cabo de tres segundos todo ha desaparecido: la luna oculta á su vez la atmósfera luminosa del sol, y fuera de aquel astro solo queda la *corona*, cuyos caracteres era urgente precisar. Esta presentaba tres crestas rectilíneas, que se extendían muy lejos, á una distancia igual, lo menos, al diámetro del sol. En cambio no se distinguía ninguno de los rayos curvos vistos en otros eclipses, particularmente en el de 1871. El aspecto observado en 1882, se aproxima al del eclipse de 1871. Es posible que esta apariencia coincida con una gran abundancia de manchas en el sol. Así pasó en 1871, y los observadores de Souhag contaron 23 manchas el día anterior.

Observando la *corona* cuando la totalidad estaba en la mitad de su duración, Mr. Trepied se asombró al distinguir á la derecha del sol un rayo encorvado ligeramente hacia abajo, de un efecto singular y en evidente discordancia con el resto de la corona. No se le ocurrió por entonces que pudiera ser un cometa, y solo una hora después del eclipse, comparando su cróquis con una fotografía obtenida por el Dr. Schuster, determinó la naturaleza de aquel hecho que de tal modo habíale llamado la atención. Este astro cabelludo era el cometa de que hemos hablado en nuestros números anteriores, y cuyos elementos han sido ya calculados.

Al terminar su comunicación á la Academia de Ciencias los observadores del eclipse del 17 de Mayo, exponen su deseo de que no se deje escapar la ocasión excepcionalmente favorable que va á ofrecer á los astrónomos el eclipse de sol anunciado para el mes de Mayo de 1883. Ya Mr. Dumas, secretario perpetuo de la Academia, ha tomado la iniciativa y se ha dirigido al Gobierno con el fin de organizar para esta época una nueva serie de observaciones.

MISION FRANCESA AL CABO DE HORNOS.—Consecuente con lo que sobre estaciones meteorológicas polares adelantábamos en nuestras anteriores *crónicas*, Francia prepara en estos momentos una misión científica al cabo de Hornos. El envío de esta misión constituye un gran acontecimiento, y hay motivos fundados para esperar que después de una estación de más de un año en las tierras magallánicas, los expedicionarios, cuya partida está muy próxima, traerán una abundante colección de documentos y riquezas científicas de todas clases. Como nuestros lectores saben, esta misión forma parte de un plan de estudios emprendidos por las diversas naciones civilizadas. Se

trata de recoger una serie continua de observaciones magnéticas que permitan determinar las condiciones esenciales del fenómeno. Inglaterra, Noruega y Rusia han elegido en el Norte sus puestos de observación; Francia y Alemania han resuelto enviar al extremo Sur sus expediciones.

Los alemanes han partido ya. Van á instalarse en la Georgia austral; una isla aislada al Sur del Atlántico, hacia la costa africana. La expedición francesa debe salir en breve, y será mandada por el capitán Martial, que el año último condujo el *Coligny* á los mares de Laponia. Organizada especialmente por el ministerio de Marina, todos sus miembros son marinos. Aún no está fijado con exactitud el punto en que ha de establecerse. Probablemente se instalará en alguna de las islas situadas al sur de la Tierra del Fuego, en la proximidad del cabo de Hornos, si encuentra una bahía en que el buque que debe conducir y avituallar la expedición, pueda resguardarse del mal tiempo.

Este punto, aunque situado en la extremidad de la tierra habitable en el hemisferio Sur, está, no obstante, muy lejos del polo Sur, tanto, próximamente, como el Norte de Escocia dista del polo Norte. Pero en el hemisferio austral los hielos tienen mayor extensión que en el nuestro; y mientras en Europa se encuentran ciudades como Yammartart, Vadso, más allá del círculo polar ártico, y aun fortalezas á lo Vauban, como la de Vardo, con rara excepción han podido los navegantes en el hemisferio Sur franquear el círculo polar antártico; y si algunos lo han hecho, ha sido para verse casi en seguida detenidos por muros de hielo que delante de ellos se elevan á altura de 200 á 400 piés. Desgraciadamente la expedición francesa no se adelantará tanto. Hubiera sido arriesgado ir á invernar en la tierra Graham, por ejemplo, enfrente del cabo de Hornos, á 250 leguas al Sur próximamente.

Como quiera que sea, aun en la Tierra del Fuego, no faltan materiales que recoger. Por primera vez podremos saber los cambios periódicos que cada estación causa en la población animal de estas distantes regiones.

Varios miembros de la Academia, MM. A. Milne-Edwards, Blanchard, han llamado la atención de sus colegas sobre el interés y la importancia de las pesquisas que podría emprender la expedición mandada por el comandante Martial. Los numerosos navíos que doblan el Cabo de Hornos temen aproximarse á él y por lo general pasan de largo. Los que han permanecido algún tiempo en aquellos parages perseguían principalmente estudios geográficos ó hidrográficos, y la historia natural solo podía ocupar su atención de una manera secundaria. Algunas preciosas noticias son debidas á los pescadores de ballenas y cazadores de focas, que guiados por intereses comerciales han registrado en todas direcciones estas altas latitudes consignando en su narración una porción de hechos muy importantes para el estudio de la zoología.

Aquel es, por excelencia, el país de los grandes marinos. Las focas y las otorias eran antes muy numerosas; pero desaparecen rápidamente. En 1880, un marino, que visitaba las islas de la Georgia actual, vió un buque que había recogido 14.000 pieles de focas; él mismo se procuró 57.000, y calculó en 112.000 el número de estos animales, muertos en las pocas semanas que duró la caza en aquella estación.

En 1862, otro americano, Weddet, afirmó que los productos de la caza de focas no habían disminuido. Evalúa en 1.200.000 el número de pieles que había dado la localidad. También abundaban en las Falkland, situadas no lejos del estrecho de Magallanes, en el Atlántico. Pero perseguidas sin tregua por los pescadores, han desaparecido ya casi por completo.

También abundan los cetáceos en la proximidad de las tierras australes, y aun los pájaros acuáticos, hasta en las tierras más distantes á que los navegantes han llegado en sus exploraciones. Particularmente, allí es donde se encuentran los *mancos*, cuyas alas, guarnecidas de pequeñas plumas semejantes á escamas, forman anchas palas colgantes que se parecen asombrosamente á las natatorias del delfín. La marcha por tierra le es muy difícil y es probable que pasen la noche en las olas, con el pico al viento como las gaviotas. Sin embargo, en la época de la postura se establecen en tierra en número incalculable para encubar sus huevos y criar á sus pequeñuelos. Se arrojan en tropel sobre las raras islas de estos mares lejanos, y fácilmente se concibe las multitudes que resultarán de esta población marina momentáneamente amontonada sobre algunas rocas.

En Paul, en Campbell, cuando las expediciones que fueron á observar el paso de Vénus se establecieron en aquellos puntos, los *mancos* ocuparon á veces las chozas de los marinos franceses hasta llegar á incomodarlos. A pesar de su abundancia, estos animales no son aún bien conocidos. Las diferencias que se notan en los que se han cogido, dependen de la edad, del sexo, ó marcan especies diversas? Como ha hecho notar Mr. Milne-Edwards, sería muy curioso reunir una serie numerosa de individuos elegidos cuidadosamente.

Por su parte, Mr. Blanchard insiste sobre la importancia de buscar pequeños mamíferos en las islas á que se aborde. Siendo incapaces de franquear algunos brazos de mar, de la presencia de estos animales pueden hacerse deducciones interesantes para la geografía. Por último, también

puede sacarse gran partido para la ciencia llevando á esas islas ciertos animales, como conejos, ratas y ratones, y observando despues las modificaciones que pueden sufrir estas especies trasladadas á aquellos climas.

P. RUIZ ALVISTUR.

HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

CAPITULO PRIMERO.

EL MARUSO.

Sin duda no dejará de admitirse, aun por los más optimistas, que haya hombres naturalmente propensos al mal; pero tambien es forzoso convenir en que nadie aspira á ser malvado sin algun móvil de interés, que se aparece á la conciencia bajo un aspecto de bien relativo; aun cuando para concebirlo así, haya error en la mente, y aunque para obtenerlo, consienta el sujeto en la trasgresion, no sólo de las leyes morales, sino tambien de las leyes positivas.

Es seguro que se disminuiría notablemente el número de crímenes, si en la balanza de las probabilidades el agente viese que en todo caso pesaba siempre la seguridad del castigo más que la eventualidad del éxito, supuesto que entonces el bien aparente y transitorio, porque es mundanal y no definitivo, del lucro, de la venganza y de otras malas pasiones, quedaría tan superiormente contrabalanceado por la íntima convicción del fracaso inevitable, que, aun dado el utilitarismo más feroz, ansioso y desatentado, y precisamente por esto mismo, ninguno se atrevería á labrar su propia desventura, pérdida y ruina.

Tal vez en alguna ocasion me haya manifestado severo contra la falta de celo y tino de las autoridades para garantizar con eficacia práctica la vida y hacienda de los ciudadanos; pero á fuer de imparcial y justo, debo decir tambien que muchas veces la autoridad pública en nuestro país se encuentra poco ménos que imposibilitada de cumplir satisfactoriamente con su alta mision, á causa del aislamiento en que se halla, no ya para perseguir y castigar los crímenes, sino hasta para descubrirlos.

La autoridad, en efecto, sin agentes aptos, ni bien retribuidos, aun suponiendo que sean probos, siente en torno suyo un vacío inmenso cuando los ciudadanos se apartan de ella, dejándola sin apoyo, informes ni auxilios, para que desempeñe acertadamente su cometido, y en este caso, dicho se está que hasta parece injusto el exigirles, en tales condiciones, que haga imposibles.

No se comprende bien en nuestro país, á causa de pasadas opresiones, que la autoridad pública es y debe ser completamente solidaria con los ciudadanos, en cuyo concurso y accion debe encontrar aquella su más constante, eficaz y saludable complemento.

En vano la ley concede á todos el derecho de perseguir á detener á los criminales, pues que el instinto general de los españoles, aparte alguna rara excepcion, los lleva frecuentemente á abrir calle y paso para que los delinuentes consigan sustraerse á la accion de la justicia, llegando la perversion de ideas en este punto hasta el extremo de creerse que así se liberta una víctima de un verdugo, un oprimido de la tiranía de su opresor; consecuencias desastrosas que ha producido en nuestro país la gestion insensata de los Gobiernos, que siempre han considerado el poder como instrumento de odiosa tiranía, en vez de considerarlo como el medio que la sociedad pone en sus manos para conseguir los altísimos fines de la prosperidad pública, del bien general, del progreso y de la justicia.

Resultado de aquí un obstáculo de incalculable fuerza para la autoridad, y al mismo tiempo un estímulo poderoso para los malhechores, á quienes, con razon, se califica de enemigos de la sociedad, por más que luego estos mismos socios se apresuren por una parte, á darles abrigo y proteccion, mientras que por otra, se niegan á decir lo que saben, y áun preguntados, rehusan el suministrar los informes que se les piden, y que, en infinito número de casos, podian ser de eficacia decisiva para la más pronta captura y justo castigo de los facinerosos más renombrados, y, por consiguiente, más repugnantes y temibles.

Tales costumbres son por desdicha generales en nuestro país; pero en algunas provincias de Andalucía llegan hasta el extremo inconcebible de que pueden vivir y pasearse muy seguros y bien mirados de todos, no ya los malhechores que aún no han caido en manos de la justicia, sino aquellos que, famosos por sus fechorías y sentenciados por los tribunales, consiguen escaparse de los presidios y se presentan en sus pueblos con inexplicable descaro, y sin tomar otras precauciones que las estrictamente necesarias para sustraerse á la Guardia civil.

Uno de estos desgraciados, y á la vez odiosos tipos, era José Carrascoso Gamboa, natural y vecino del pueblo del Arahál, provincia de Sevilla, y generalmente conocido en aquella comarca por el mote del *Maruso*, y al cual ya mis lectores conocen, por haber tomado parte en vários secuestros, y principalmente en el del jóven Reina, segun queda referido en la *Narracion* precedente.

Contaba el *Maruso* á la sazón, es decir, en 1870, unos treinta y ocho años de edad, y era mediano de estatura, redondo de cara, moreno claro de color, robusto y muy fornido. Su nariz, hundida en su nacimiento, era gruesa y ancha, y denotaba instintos sensuales; su boca regular, cuyos labios replegábanse con frecuencia, revelaban penetracion y astucia, y sus ojos grandes, negros y saltones indicaban á la vez la vivacidad de su imaginacion y la constante inquietud de su ánimo. Su barba era poblada y negra, como sus cabellos, y toda su persona inspiraba más bien simpatía que repulsion, á las gentes campesinas de la comarca, las cuales veían en el *Maruso*, no tanto un criminal, como una especie de héroe, lleno de bravura, generosidad y rumbo, y además, como allí se dice, con muy buena sombra.

Así, pues, el *Maruso* era el rey en la taberna y en el campo, convidando con largueza á todo el que se presenta-

ba, y dando generosamente á todo el que le pedia, añadiendo á todo esto esa graciosa é insinuante familiaridad, que basta y áun sobra, para atraerse la afecion de gentes rústicas, sin sentido moral, sin instruccion ninguna, dotados de imaginacion ardiente y vanidad inexplicable, pues que se lisonjaban y áun engreían porque el escapado de presidio los llamase por sus propios nombres, apellidos ó apodos.

Con tales condiciones el *Maruso*, además de sus compañeros de crimen, contaba con el concurso y ayuda de todos los campesinos, á quienes les daba órdenes y encargos, que aquellos cumplian con admirable fidelidad y con una solicitud, gusto y eficacia, que de seguro no habrian desplegado para hacer cosas buenas ó mandadas por sus amos.

Es verdad que el *Maruso* no perdonaba medio alguno para atraerse á los moradores de los campos, entre los que solia reclutar algunos de sus cómplices, á los cuales convidaba en los cortijos y chozas de pastores, celebrando allí grandes merendonas, llevando mozas del partido y divirtiéndose á sus anchas, despues de lo cual, llamaba aparte á cada uno y les comunicaba sus encargos, con arreglo á su capacidad respectiva, ignorando muchas veces ellos mismos los fines y propósitos del que les daba sus órdenes, entre convites y obsequios.

Resultaba de aquí, que el *Maruso*, no sólo encontraba en cada campesino un criado suyo que de mil diferentes modos le ayudaba para la perpetracion de sus delitos, sino tambien un agente eficaz que en muchas ocasiones le prestaba grandes servicios, áun sin él saberlo, para sustraerse á la persecucion de que fué objeto, pues que extraviaban á la Guardia civil con falsos informes y señalándole una direccion inversa á la que seguía el desertor de presidio.

El *Maruso*, despues de su fuga, se habia puesto en relacion con los diversos jefes de malhechores de las provincias de Andalucía, manteniendo constantemente inteligencias con ciertos farautes de Benamejí, Casariche, Campillos, Alameda, Sierra de Yegua, Málaga, Sevilla, Jerez de la Frontera y otros puntos, los cuales, así lo utilizaban á él para llevar á cabo sus criminales empresas en sus respectivas comarcas, como tambien suministraban agentes, cómplices, y noticias para que él, á su turno, diese en su terreno buenos golpes.

En virtud de tales medios y auxiliares, el *Maruso*, desde su evasion de presidio, se habia hecho uno de los más temibles secuestradores.

A la sazón meditaba el apoderarse de un hijo de don Manuel Rubio, vecino del Arahál, y labrador del cortijo denominado del Pilar, sito á media legua de dicho pueblo.

Para conseguir su propósito, anduvo algunos dias tomando informes y preparando el negocio, así en el pueblo del Arahál, como en el campo, es decir, poniéndole los *espantos* á uno de los hijos de dicho señor Rubio.

Es de advertir que el *Maruso* entraba y salía cuando le agradaba en el Arahál, esto es, en el pueblo de su naturaleza, donde vivía su mujer, María del Carmen Martín y Minguet, con su hijo Antonio, de edad de once años, y del cual me ocuparé más adelante con el debido detenimiento, pues que el tal Antonio desempeña un papel harto interesante en la *NARRACION* presente.

En las primeras horas de la noche del 7 de Julio de 1870, el *Maruso* y otros dos malhechores, cada uno en su caballo, vagaban por las cercanías del cortijo del Pilar, haciendo sus observaciones para llevar á cabo su intento.

De vez en cuando, el *Maruso* se adelantaba algunos pasos de sus compañeros para inspeccionar el terreno y determinados sitios, en donde ya él de antemano habia dispuesto se colocasen sus espías.

Unas veces pasaba de largo, y otras deteníase para cambiar algunas palabras en voz baja y misteriosa con el vigía, que súbitamente se presentaba, saliendo, ya detrás de un paredon, ya de un barranco, ya de entre unos árboles, como un fantasma evocado por un conjuro.

Entre tanto, los compañeros del *Maruso* hablaban entre sí muy recatadamente, y manifestando uno de ellos no poca desconfianza de que el golpe que meditaban les saliese á medida de su deseo.

—No tengas duda en que saldrá bien; decia uno de los bandidos; que era pequeño de estatura, moreno y hoyoso de viruelas.

—Es menester no olvidar que hay allí una caterva de hombres, y que en un instante se puede armar la de Dios es Cristo; replicó el otro, que era alto, ceniceo, algo canoso y con ojos azules.

—¿Y qué remedio? Para eso tienen los hombres las asaduras.

—Te digo que tres hombres somos muy poca gente.

—Cuantos ménos bultos más claridad; y, por otra parte, ya lo tendrás bien arreglado el que lo dirige.

—En fin, Dios quiera que orégano sea.

—Además, que la gente que hay allí no tiene armas; que los podemos sorprender fácilmente, y que ellos, al ver á tres, no saben si detrás tendremos treinta.

Estas razones parecieron convencer al desconfiado, que por otra parte, no pudo insistir en manifestar sus dudas, porque en aquel momento volvió á incorporárseles el *Maruso*, diciéndoles:

—Dentro de poco tendremos la pieza en el zurrón.

—¿Y has pensado en que hay allí una turba de ereros? preguntó el hoyoso de viruelas, aprovechando la ocasion que el *Maruso* le ofrecía para manifestarle su desconfianza.

—Lo tengo muy bien pensado. Hay una docena de hombres.

—¿Y no te parece que somos pocos?

—No; porque en aciguatando al guarda de la era, que es el único que tiene escopeta, lo demás es liso como la palma de la mano. En fin, cuando yo os diga el pretexto con que vamos á entrar y lo que hemos de hacer con los trabajadores de la era, lo que ahora se os antoja un monte, os parecerá la cosa más llana del mundo.

—Entonces no digo nada.

—Aquí sabemos encontrar el coco á la *jaba*; pues para eso estamos de *retorno*; tenemos las espaldas bien guardadas, y todo está preparado á pedir de boca.

Y mirando á las estrellas, añadió:

—Ya se acerca la hora; estarán durmiendo como lirones; y para que os convenzais de que mi plan no tiene falencia, escuchad lo que tenemos que hacer con mucha decision y brío.

El *Maruso*, metiendo su caballo en medio de los de sus compañeros, comenzó á caminar á paso muy lento, refiriéndoles en voz muy baja el modo y forma que debían dar el golpe.

Cuando hubo terminado su relato, el hoyoso de viruelas exclamó:

—Te digo que eres un mozo avisado de veras, de pelo en pecho y además con mucho caletre, y que merecias ser capitán general de todos los *caballistas* de la tierra de María Santísima.

—¿No te lo decia yo, escamon? Déjalo tú marinear, añadió el otro bandido, que ya él nos sacará adelante.

—Pues qué, ¿desconfiaba éste? preguntó el *Maruso*.

—Creía que éramos pocos, respondió el alto.

—¿Qué tontería; donde yo echo las redes no se escapa ningun pez. ¡Vamos!

Y así diciendo, el *Maruso* picó á su caballo, y los tres se dirigieron resueltamente y á buen paso hácia el cortijo del Pilar.

CAPITULO II.

DE CÓMO EJECUTARON SU PLAN EL MARUSO Y SUS COMPAÑEROS.

El hijo de don Manuel Rubio, que en la citada noche del 7 de Julio de 1870 se hallaba en el cortijo del Pilar era un jóven de diez y ocho años; llamado Enrique, y que á la sazón dormía tranquilamente en la parva, rodeado de los trabajadores, los cuales, como es costumbre, hacen de la mies su lecho.

Serian como las once de la noche, cuando llegaron hasta la misma era tres hombres á caballo, los cuales dirigiéndose á los carreteros que aprovechaban el fresco de la noche para la barcina, preguntaron:

—¿Dónde está el guarda de la era?

—Por ahí anda, respondió uno de los carreteros.

—Pues avísale, que le esperan los guardias rurales.

Pocos momentos despues presentóse el guarda de la era, que se llamaba Antonio Lozano Ruiz, el cual armado con escopeta, se acercó á los tres recién venidos, que ya habian echado pié á tierra, y le preguntaron:

—¿Ha visto usted pasar por aquí dos hombres con capas ó mantas al hombro?

—No, señor.

—¿Conque usted tambien, dijo uno de los tres, se niega á darnos noticias de esos tonantes?

—Caballeros, no los he visto.

—Pues entonces, ¿qué es lo que usted guarda aquí? preguntó en tono de reconvenccion otro de los recién llegados.

—De manera es, respondió el guarda confuso, que mientras uno va por un lado, no puede ver la gente que pasa por otro; pues sólo Dios dicen que puede estar en todas partes.

—¡Gandules! exclamó el tercero de los recién llegados, que aproximándose mucho al guarda, como ya lo habian hecho sus dos compañeros, añadió:

—¿De qué le sirve á usted esa escopeta?

Y así diciendo, se la cogió briosamente por la culata, mientras que los otros dos, poniéndole las bocas de sus revolvers sobre el pecho, le dijeron:

—Suelta la escopeta, si no quieres arder.

El pobre guarda intentó forcejear para valerse de su arma; pero dos manos de hierro le arrancaron la escopeta, y cogiendo uno de ellas una horca de la era, le dió por añadidura una gran paliza, sin que á todo esto dejasen los gañanes de dormir y roncar de lo lindo.

Enseguida, el *Maruso* y sus compañeros, pues fácilmente habrá reconocido el lector que ellos eran los fingidos guardas rurales, mandaron echar boca abajo al desarmado guarda, quedándose uno para custodiarlo, mientras que los otros dos bandidos, apuntando con sus retacos á los gañanes de la era, á quienes despertaron á puntapiés, los antecogieron y encerraron en un cuarto de la casa, así como á los carreteros, al apaleado guarda y al jóven don Enrique Rubio.

Verificada esta operacion, con tanta facilidad como presteza, los bandidos mandaron salir luego al hijo del amo, el cual se presentó solo, y ya fuera, el *Maruso* echó la llave en la puerta de la habitacion, dejando allí encerrada á toda la gente del cortijo.

Los bandidos le pidieron á Rubio cebada para los caballos, y habiéndoles aquí dicho en dónde la encontrarían, hicieron provision de ella.

Inmediatamente le vendaron los ojos, y montándole á las ancas del caballo del *Maruso*, los bandidos desaparecieron al galope con el secuestrado.

Toda la noche marcharon al trote y á la carrera, sin prestar atencion á las quejas y lamentos del jóven Enrique Rubio, que se creía víctima de una espantosa pesadilla.

En efecto, el jóven se hallaba profundamente dormido, cuando tan bruscamente fué despertado, y despues, apenas tenia clara conciencia de lo que acababa de sucederle.

Con los ojos vendados, en medio de las tinieblas de la noche y arrebatado en vertiginosa carrera por aquellos desconocidos, la confusion de sus ideas se aumentaba, y el estado de su ánimo era tan indeciso, angustioso y fantasmagórico, que tenia en él tanta parte la inquietud, el temor y la fatiga, como el delirio y la fascinacion fantástica de aquellas figuras siniestras, que apenas habia entrevisto, y que se lo llevaban en incesante y frenético galope.

Por fin, poco despues de amanecer se detuvieron en su marcha, y lo bajaron, entrándolo en un caserío, en el que subió unas escaleras hasta un aposento, en donde lo dejaron algunas horas, sin destaparle los ojos.

A eso de las diez de la mañana le quitaron la venda, ordenándole que escribiese una carta á su padre, pidiéndole por su rescate diez mil duros, cuya carta escribió sentado en un celemin, mientras que detrás del secuestrado uno de

los ladrones con puñal en mano, le amenazaba de muerte si volvía la cabeza.

En esta disposición, el bandido le dictó la carta, que el joven Enrique escribió impasible y sin hacer objeción alguna.

Terminada esta operación, volvieron á venderle los ojos, dándole de comer pan y queso, y enseguida le obligaron á que se acostase en un jergon, dejándole solo y cerrando la puerta con llave.

Entonces el secuestrado, aprovechando la ocasión de que nadie lo vigilase, bajó un poco el pañuelo que le cubría los ojos, y vió que se hallaba en un granero de unas seis varas de largo y tres de ancho, bajo de techo y medio ruinoso, pues que se hallaba apuntalado.

En un rincón de dicha estancia había una peca de cebada, y en una de las paredes veíase una ventanilla de las dimensiones como de dos ladrillos puestos de plano, á la que no se atrevió á asomarse, porque en el momento en que pensó hacerlo, se oyeron pasos junto á la puerta, que abrieron inmediatamente, habiendo tenido apenas lugar para subirse otra vez el pañuelo.

Ya desde entonces no se apartó el vigilante del lado del cautivo, permaneciendo así todo el día, hasta que, al oscurecer, volvieron á bajarlo, apretándole el pañuelo que le vendaba los ojos, y colocándole sobre una caja matalona con una albarda por demás incómoda.

Uno de los bandidos iba delante, llevando el roncal de la jaca del secuestrado, mientras que los otros dos malhechores cerraban la marcha, yendo todos á caballo.

Así caminaron como unas dos horas al paso y trote por montes y valles, hasta que se detuvieron, porque la jaca que conducía al secuestrado andaba muy poco y hacia muy mala reata.

Entonces le entregaron el roncal de la jaca que montaba al joven Enrique, á fin de que éste pudiera arrear con él á su cabalgadura.

Por último, poco antes de amanecer llegaron á un espeso monte, en donde los bandidos bajaron al cautivo, é hicieron allí su rancho.

El joven Enrique se quedó tendido en el suelo casi exánime de fatiga; mas no por esto dejó de aperebirse que á sus tres conductores se reunieron otros varios compañeros, con los cuales estuvieron departiendo largamente á cierta distancia, sin duda para que él no se enterase de la conversación, quedándose uno vigilándolo.

Al fin, oyó el cautivo pisadas de caballos que se alejaban en distintas direcciones.

Después de un rato, el bandido que le custodiaba, le dijo:

—Ponte de pié.

El joven obedeció en silencio, sintiendo en seguida que el bandido le rodeaba la cintura con su faja, hecho lo cual le mandó que se acostase.

Así lo hizo Enrique sin replicar palabra.

Luego el bandido se tendió junto al secuestrado, el cual sintió que tiraban de él por la cintura.

La causa de aquella tracción era que el bandido se ataba á su cuerpo fuertemente las dos puntas de su faja, con objeto de que el cautivo no pudiera hacer movimiento alguno sin que él al punto lo sintiese.

En esta forma se entregaron al descanso.

CAPITULO III

EL GUARDA DEL PAGO.

Como ya el lector sabe, toda la gente del cortijo del Pilar se quedó encerrada por los bandidos, los cuales hicieron á los presos las más terribles amenazas, para que permaneciesen allí encerrados y sin moverse.

Sucedió, pues, que durante largo rato ninguno se atrevió á romper el sepulcral silencio que guardaban, porque en efecto, no sabían si los bandidos se habían ausentado ó aún permanecían en el cortijo.

Poco á poco fuerónse disipando las impresiones del miedo y entablándose algunos diálogos en voz baja, respecto al inesperado lance y á la prolongada encerrona que habían tenido á bien recetar á toda aquella gente los fingidos guardas rurales.

Cada uno, con este motivo, decía su opinion y su chiste, conviniendo todos en que aquellos guardas rurales no eran ni podían ser otra cosa que ladrones de tomo y lomo.

Tal vez se extrañe que tres hombres consiguiesen tan fácilmente encerrar á tantos trabajadores sin resistencia alguna, y sin que se les ocurriese siquiera salir ni en defensa de su amo, ni ménos en la suya propia.

Este hecho y otros análogos podrán parecer muy singulares al observador superficial; pero si atentamente se consideran no podrá ménos de reconocerse que existen sobrados motivos para que se verifiquen allí con lastimosa frecuencia.

Desde luego hay que conceder mucho á la súbita impresión de gente dormida, que se despierta azorada por un suceso que no se espera; y en este sentido, el triunfo de los agresores es tanto más seguro, cuanto es mayor su audacia.

Pero también es necesario conceder aún más á la absoluta indiferencia del pobre jornalero, que puede temerle todo ménos que lo roben, á lo cual debe añadirse otra consideración de la más alta importancia social, como es la que se refiere á los vínculos y relaciones que median allí entre los propietarios y los trabajadores.

Creo firmemente que existen vicios y virtudes en todas las clases de la sociedad, y que los pobres, por serlo, no dejan de ser muy capaces de la más respetable honradez; así como también entiendo que los ricos, por el mero hecho de serlo, no presentan una demostración indiscutible de virtud acendrada.

Sin embargo, fuerza es convenir en que las relaciones establecidas en Andalucía entre los hacendados y los jornaleros no están basadas ni en la estricta justicia, ni en aquellos miramientos de afecto recíproco y desinteresado que deben existir entre todas las clases sociales, sin que por esto se entienda de ningún modo que yo no sea el primero en reconocer y lamentar los muchos defectos y preocupaciones

que aquejan en nuestro país á las clases indigentes y desvalidas.

Esto no obstante, debe tenerse muy en cuenta que la culpa no es toda de los indigentes y desvalidos, cuya primera pobreza y principal desdicha consiste en la ignorancia lamentable en que yacen; ignorancia que las clases superiores debían tener el interés más vivo y humanitario en que desapareciese por todos los medios que la sociedad tiene en su mano, entre los cuales debo contar predominantemente la instrucción pública, en el sentido colectivo de la palabra, y el buen ejemplo y la generosa y recta conducta de los superiores, en el sentido particular del concepto.

Quéjense con mucha frecuencia los individuos de las clases más elevadas, lanzando censuras, no siempre injustificadas, contra las clases inferiores; pero tales gentes privilegiadas desconocen por completo el poderoso influjo que pueden tener los particulares en la vida social, enseñando con la elocuencia más irresistible, que es la del ejemplo, que la pobreza no es una deshonra y que la virtud ni es un nombre vano, ni deja de estar al alcance de los más humildes y desgraciados.

Pretenden, por el contrario, los que así piensan y proceden, que todo debe exigirse á la acción de los Gobiernos, sin advertir que nada hay comparable en eficacia regeneradora como la acción de los individuos en su trato diario y en sus relaciones privadas con las clases indigentes y trabajadoras.

Estas y otras causas que sería muy prolijo enumerar, suministran la explicación de la absoluta indiferencia y desvío que los jornaleros manifiestan para con sus amos, los cuales recogen así el obligado fruto de su insensata conducta, por el desvío é indiferencia que ellos, á su turno, demuestran también á sus servidores.

Volviendo ahora á mi relato, diré que cuando los trabajadores encerrados en el cortijo iban gradualmente perdiendo el miedo y animándose en su conversación, comentando el percance á su modo, volvieron súbitamente á guardar silencio, á consecuencia de haber oído pasos junto á la puerta.

Los pobres cortijeros se imaginaron que de nuevo tornaban sus encerradores para jugarles alguna otra mala pasada ó para imponerles silencio á garrotazos.

Pero lejos de suceder lo que se imaginaban, oyeron con sorpresa indecible que daban golpes en la puerta, á la par que una voz conocida preguntaba:

—¿Dónde se ha metido esta gente?

Los gañanes concocieron al punto que el recién llegado era el guarda del pago, que, habiéndose ido, como de costumbre, á hacer su ronda, solía regresar al romper el alba.

—Aquí estamos; pero no por nuestro gusto, respondió uno de los carreteros.

—Pues, ¿qué ha pasado?

—Un estrupicio muy grande, repuso el guarda de la era; pero dínos si estás solo y si hay por ahí todavía alguna *pantasma*.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo, digo.

—Pues tú te entenderás.

—No; que me entienden muy bien todos éstos que están aquí conmigo. Dínos de una vez si no hay por ahí nadie.

—Hombre, yo acabo de llegar y no he barruntado por estos alrededores bicho viviente.

—Pues anda y mira, y vé con cuidado, no sea que te vayan á quitar la escopeta, y te den encima una paliza.

—¡A mí! exclamó furioso el guarda del pago.

—A tí; porque á otros tan bravos como tú les ha pasado esta noche lo que te digo, respondió el guarda de la era, que en breves palabras le refirió á su compañero todo lo acaecido.

—Pues me has dejado como caldo de pata; pero en seguida vuelvo, que voy á dar un vistazo, no sea que estemos vendidos.

Y así diciendo, el guarda del pago, montando su escopeta, salió de la casa é inspeccionó con gran recato y esmero todos los alrededores del cortijo; pero no habiendo visto á nadie, regresó diciendo:

—Pues esa gente se ha ido.

—¿No has visto por ahí al hijo del amo?

—Repito que no se ve por aquí ni un alma.

—Pues entonces se lo habrán llevado.

—¡Demonio! Eso es ya cosa muy gorda.

—Sabe Dios lo que habrán hecho con él; pero abre la puerta.

—Sí, sí, busque Vd. la llave y abra la puerta, añadieron á la par una porción de voces dentro.

—Amigos, lo que me habeis contado puede traer muchos dimes y diretes con la justicia, y yo no quiero nada con escribanos, porque no quiero que me armen un alzapicé que me tronchen.

—Abre, y déjate de escribanos y de justicia, replicó el guarda de la era.

—¡La justicia! exclamaron por lo bajo los gañanes, que aunque estaban encerrados y deseosos de salir de su reclusión, no dejaron de comprender toda la fuerza del argumento, que se le había ocurrido al guarda del pago.

En efecto, la palabra *justicia*, que por su concepto debía ser el ideal más bello y la permanente aspiración de todos los hombres, produce todavía en España una especie de terror, análogo al que antes producía el tribunal del Santo Oficio, de donde vino aquel antiguo refrán, que dice: *Con la justicia y la Inquisición, chilton*.

—Os digo que no abro.

—Pero busca la llave, que estará ahí.

—Aunque la encontrara, no abriría.

—¿Nos vas á dejar aquí enchiquerados?

—Yo no quiero responsabilidad, y lo que voy á hacer es ir al pueblo y avisarle al alcalde y á la Guardia civil y al amo lo que pasa. ¡Hasta la vuelta!

Y sin hablar más palabra, se alejó del cortijo en dirección al pueblo del Arahál.

CAPITULO IV.

QUE TRATA DE LA CRÍTICA SITUACION EN QUE SE HALLABA EL PADRE DEL SECUESTRAO.

A consecuencia del aviso del guarda, presentóse inmediatamente en el cortijo del Pilar la Guardia civil, que habiendo buscado en vano la llave de la estancia, derribó la puerta para poner en libertad á los reclusos, á quienes tomó las declaraciones correspondientes, para extender las oportunas diligencias, que en tales casos se acostumbran.

Los trabajadores del cortijo declararon el hecho que había tenido lugar la noche precedente, en los términos que ya queda relatado.

La Guardia civil no dejó de sorprenderse de la extraordinaria é incomprensible audacia de los criminales, precisamente en los mismos días en que la persecución se había extremado hasta el último límite de la posibilidad humana, contra los malhechores de la misma provincia.

Respecto á D. Manuel Rubio, padre del secuestrado, diré, que nada supo hasta que el referido guarda del pago le dió cuenta del lamentable suceso.

Desde luego, comprenderá el lector la dolorosa impresión que tal noticia produjo en el ánimo del desdichado padre.

Era don Manuel Rubio un hombre de muy buenas costumbres, entregado exclusivamente á cuidar de sus labores, de estado viudo, de edad de sesenta y un años, y que vivía pacífica y sosegadamente en el dicho pueblo del Arahál, con sus cinco hijos, tres hembras y dos varones.

Al día siguiente, el señor Rubio recibió la carta que su hijo le había escrito en el granero, según ya el lector sabe, en la que se le exigían diez mil duros por el rescate del cautivo.

Aquella carta vino á sacarle de la cruel incertidumbre que le abrumaba, respecto á la suerte de su hijo; pero á la incertidumbre, por sí misma tan dolorosa y aflictiva, siguió la evidencia terrible de su espantosa situación, tanto más triste para el afligido padre, cuanto que se hallaba en la imposibilidad absoluta de reunir la importante suma que los bandidos le reclamaban.

En el indescribible tumulto de ideas y sentimientos desgarradores y contradictorios, que asaltaban á la vez el corazón y la mente del viejo labrador, decidióse al fin por marchar á Moron, en donde tenía familia, para consultar con ella con gran reserva y sigilo el medio más asequible de salir de aquel conflicto.

Una vez resuelto, partió inmediatamente para Moron, y después de haber conferenciado con sus parientes, al regresar á su pueblo se encontró al gobernador de Sevilla y al comandante de la Guardia civil de la misma provincia, con los cuales habló y se puso de acuerdo, respecto al modo de conducirse en aquel triste negocio, quedando concertados en comunicarse recíprocamente y de la manera más reservada, cuantas noticias se adquiriesen por una y otra parte.

Cuando el señor Rubio se halló en su casa, mandó llamar á un tal Rodrigo, hombre muy conocido de todos los terrenos de aquella comarca, dotado de cierta discreción y seso y persona de la más íntima confianza del padre del secuestrado.

Habiéndose presentado Rodrigo, don Manuel Rubio encerróse con él en una habitación y le dijo:

—Ya sabes lo que me pasa.

—Sí, señor; ya sé lo que se dice por el pueblo. ¡Pobre chico!

—¿Y serás tú, hombre que sabrás desempeñar un encargo muy delicado?

—Ya sabe usted que siempre le he querido á usted bien y á toda la familia, y que haré cuanto me mande con buena voluntad y conforme á mis alcances.

—Ninguno es más á propósito que tú para el caso, y además de nadie me fio, tanto como de tí. Oye esta carta, y retén en la memoria las señas del terreno, que tú debes conocer, como los dedos de tus manos, y todas las demás advertencias que en ella se hacen.

Y en seguida el señor Rubio leyó á Rodrigo la carta que había recibido de su hijo, en la que los secuestradores le pedían diez mil duros, indicando el clase de bestia en que había de ir el encargado de llevar el dinero, la ruta que había de seguir, las paradas que había de hacer y las contraseñas á que había de atenerse.

Terminada la lectura de la carta, Rubio preguntó:

—¿Te has enterado bien?

—Sí, señor; pero no tengo la ropa á propósito, como ahí se pide.

Es de advertir, que en la carta del secuestrado había una nota de los bandidos, en la que se ordenaba que el portador del rescate, llevase una mula roja y aparejada con una albarda, y que aquél fuese vestido con pantalon, chaleco y chaqueta de lienzo aplomado, sombrero calañés, zapatos blancos, y en lugar de faja, un pañuelo encarnado, ceñido á la cintura y otro blanco en el bolsillo de la chaqueta, de modo que se viese.

—No te ocupes de eso, Rodrigo, que ya está todo previsto y arreglado.

—Pues bien, don Manuel, cuando usted quiera, estoy dispuesto.

—Ya sabes las contraseñas con que te han de salir al camino, para que entregues el dinero.

—Descuide usted, que no se me irá de la memoria nada de lo que usted me ha leído, y que no le daré un real, sino á quien deba entregarlo.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará).

Recomendamos con interés la *Biblioteca democrática*, cuyo anuncio va inserto en otro lugar. La publicación de libros populares redactados por distinguidos publicistas de nuestra comunión política, es digna de encomio por las ventajas notables que ofrece.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.
Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5 de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.
NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).
Se expenden tambien billetes directos para
MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.
Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que os correspondientes ó de gran lujo.
Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.
Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.
Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañia, Barcelona.—A. Lopez y Compañia, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañia, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMON DE CAMPOAMOR
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS
Y
CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.ª derecha.
Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.
Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.
Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.
Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.
En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE
TOLEDO

POR
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.
Los Sres. Montoya y Compañia, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.
Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, prévio pago adelantado.

OBRA EN PRENSA

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Lóndres en 1877.
Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

BANCO DE ESPAÑA.

Situación del mismo en 30 de Junio de 1882.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	48.207.402'40	
Pastas de plata.....	3.201.661'01	
Caja. Casa de Moneda, pastas de plata.....	5.363.079'47	82.942.739'88
Efectos á cobrar hoy.....	26.170.597	
Efectivo en las sucursales.....	56.746.525'65	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	9.446.240'38	66.497.766'03
Idem en poder de conductores.....	305.000	
Cartera de Madrid.....	149.440.505'91	
Idem de sucursales.....	576.268.742'12	
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	107.389.581'77	
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	384.638'71	
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	4.975.919'31	
Tesoro público: por amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	105.362.600	
	386.076'90	
	944.208.064'72	

PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	156.660.325	
Idem id. en sucursales.....	161.412.325	318.072.650
Depósitos en efectivo en Madrid.....	27.621.921'08	
Idem en id. en las sucursales.....	17.047.942'69	
Cuentas corrientes en Madrid.....	141.510.865'83	
Idem id. en sucursales.....	62.406.614'16	
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	9.097.842'58	
Dividendos.....	2.525.305'28	
Ganancias y Realizadas.....	38.049.403'30	
pérdidas.) No realizadas.....	687.402'27	38.736.805'57
Amortización é intereses de billetes hipotecarios.....	1.081.637'65	
Amortización é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas y bonos del Tesoro.....	2.137.482'65	
Amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	10.753.745	
Tesoro público, su cuenta por resultados de la emision de Deuda al 4 por 100.....	75.368.783'03	
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	105.311.429'49	
Contrato de crédito en el extranjero de 30 de Mayo de 1882.....	16.497.303'59	
Diversos.....	6.037.736'12	
	944.208.064'72	

Madrid 30 de Junio de 1882.—El Interventor general, Benito Farina.
—V.º B.º—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de Junio último, ha acordado repartir la cantidad de 90 pesetas por accion, deducida ya la contribucion correspondiente, á cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el sábado 15 del corriente, de diez de la mañana á tres de la tarde, y por el órden que se expresa á continuacion, pueden presentarse los señores accionistas en el Negociado de Acciones de la Secretaría, con los respectivos extractos de inscripcion, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo:

Sábado 15.

Letras de registro del extracto: H, I, J, y S.

Lunes 17.

Letras del registro del extracto: T, U, V, Z y las inalienables.

Martes 18.

Letras del registro del extracto: A, L y Ll.

Miércoles 19.

Letras del registro del extracto: B, y M.

Jueves 20.

Letras del registro del extracto: C, N, y O.

Viernes 21.

Letras del registro del extracto: D, E, F, P, Q, y K.

Sábado 22.

Letras del registro del extracto: G, y R.

Se advierte que los pagos se verificarán en los días que quedan señalados, y que desde el lunes 24 en adelante se harán indistintamente.
Madrid 3 de Julio de 1882.—El Secretario, Juan de Morales y Serano.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortización varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Aduite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

BANCO DE CASTILLA.

La administracion, como consecuencia del resultado de las operaciones ya realizadas, y á cuenta del dividendo que por los beneficios del actual ejercicio corresponda á sus acciones, ha acordado repartir 8 por 100 sobre el capital desembolsado de las mismas, ó sean 20 pesetas á cada accion.

El pago se realizará desde el miércoles 5 del corriente, por la Cajas del Banco en Madrid, de once de la mañana á dos de la tarde todos los días no feriados, y por los delegados del establecimiento en las provincias, contra el coupon núm. 3 de las acciones, presentado con facturas que se facilitarán gratis.

Madrid 1.º de Julio de 1882.—Por acuerdo de la Administracion, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

LA AMERICA

Año XXIII

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª
Caños, 1.